



**BECCA  
DEVEREUX**

**SMS: SOLTERA MUY  
SELECTIVA**

# SMS

# SOLTERA MUY SELECTIVA

Becca Devereux

Queda prohibida, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de la obra sin la autorización expresa del titular del copyright.

© Por el texto: Becca Devereux

*A todos los tercios y cabezotas a los que el amor termina encontrando.*

## Índice

1. [Puedes llamarme Tana](#)
2. [Derechita al paro](#)

3. [La familia](#)
  4. [El cretino](#)
  5. [Un poquito de vodka para entrar en ambiente](#)
  6. [Dr. Amor](#)
  7. [Mi primera clase de ruso](#)
  8. [Máxima](#)
  9. [El equipo](#)
  10. [Nuevo compi de piso](#)
  11. [Cruella de Vil ataca de nuevo.](#)
  12. [No entiendo nada](#)
  13. [No pienso limpiar el baño](#)
  14. [Lo que tú digas](#)
  15. [Que nadie te subestime](#)
  16. [Misión imposible](#)
  17. [Un héroe sin capa](#)
  18. [Me vengo arriba.](#)
  19. [No te entiendo](#)
  20. [Dudas](#)
  21. [La inauguración](#)
  22. [¡¡Llama a la politsiya!!](#)
  23. [Cree en ti.](#)
  24. [Malena.](#)
  25. [Me lo tengo merecido](#)
  26. [Un domingo asqueroso](#)
  27. [Mi amigo invisible](#)
  28. [En las nubes](#)
  29. [El Dr. Amor ataca de nuevo](#)
  30. [No me llames.](#)
  31. [El ruso](#)
  32. [La verdad](#)
- [Epílogo](#)
- [Sobre mí](#)

## 1. Puedes llamarme Tana

Me llamo Aitana, Tana para mis amigos. Así que supongo que puedes llamarme Tana. Oye, no creas que estoy loca por hablar en voz alta. Un día leí en internet que las personas que hablan consigo mismas son unos genios. Pero... vayamos al grano.

Tengo veinte años, mi trabajo es un rollo y no me encuentro a mí misma. O lo que es lo mismo: soy una veinteañera como las demás con demasiados problemas existenciales. Hasta hace poco fui una niña de papá, pero un día me harté de que todos me trataran como una tonta y me fui a vivir con Tessa, mi hermana mayor. Empecé a trabajar en su cafetería, un lugar horrible en el que no consigo que mi manicura sobreviva durante más de veinticuatro horas. Ahora hago malabarismos para llegar a fin de mes (mi padre me cortó la tarjeta de crédito cuando me independicé, ¡menudo agarrado!), mientras intento encontrar un empleo que me guste y malcrió a Gucci, el chihuahua más adorable sobre la faz de la tierra.

Hace unos meses mi hermana me abandonó para irse a vivir con su novio. Lo sé, qué hermana más malvada. Así que tuve que compartir piso con Nati mientras ponía de mi parte para llevarnos bien. Ella no, por supuesto. ¿Te puedes creer que Nati no me presta esa falda tan chula sin estrenar? Uf, es una egoísta.

Ahora me he convertido en una SMS: Soltera Muy Selectiva. Entre tú y yo, una pringada que no se come un colín. En Tinder solo encuentro salidos, y en las demás redes sociales pelmazos que van a saco. Y sinceramente, no lo entiendo. ¡Con lo mona que soy! Abuela no me hace falta, por cierto. Pero tampoco es culpa mía. Mis padres me malcriaron demasiado, y por su culpa, ahora nadie espera nada de mí.

Para papá y mamá soy un caso perdido. Para Tessa, una hermana pequeña que siempre se sale con la suya. Para Nati, una pija insoportable. Para mi familia, una cría estúpida. Y para Gucci, una diosa. Pero mi perro no cuenta, obviamente.

Por no hablar de Max, ese maldito egocéntrico que un día decidió que yo no valgo la pena. No lo soporto, te lo juro. Excepto cuando me mira con esos ojazos verdes y me doy cuenta de que estoy coladita por sus huesos. Físicamente hablando, oye. Porque Max es como un modelo de calzoncillos por el que cualquier mujer babearía. Pero esa es otra historia, porque yo no lo

soporto y él se empeña en demostrar que es mucho mejor que yo. Un cretino en toda regla. De la cabeza a los pies.

Ay... ¿dónde estará mi príncipe azul? Ojeo el catálogo que tengo en mis manos. ¿En las rebajas? Se me iluminan los ojos. Necesito un bolso nuevo. ¡Y unos zapatos! Me muero por estrenar un bralette. Ay... ese pintalabios rojo de Chanel me vuelve loca... hasta que caigo en la cuenta de que no tengo un duro y suspiro. Qué vida tan injusta.

Bueno... siempre puedo echar mano de la tarjeta. Me siento momentáneamente culpable porque lo único que tengo en el frigorífico son dos yogures y un paquete de salchichón. Pero... ¿acaso tengo yo la culpa de tener ojos en la cara? ¡No! La culpa es de la persona que ha dejado la propaganda en el buzón. De esos empresarios codiciosos y ruines que se hacen de oro gracias a las pobres incautas como yo.

Como administradora de finanzas soy pésima, pero poniendo excusas soy la mejor. Paso media hora delante del espejo, como la gran adicta a la moda que soy. Cuando me convenzo de que voy ideal de la muerte, meto a Gucci dentro del bolso y nos vamos de tiendas.

—¿Puede haber algo más maravilloso que un par de zapatos nuevos? — le pregunto entusiasmada al perro.

Gucci se hace un ovillo dentro del bolso y empieza a roncar. No es muy hablador, pero es tan mono que se lo perdono todo. ¡Rebajas, allá vamos! Salgo de casa con una sonrisa radiante y la certeza de que hoy va a ser un gran día. Porque hace sol, estoy en la flor de la vida y me voy a comprar ropa. Materialista, ¿yo? Bah.

## 2. Derechita al paro

—Tarjeta denegada.

La dependienta me devuelve la tarjeta con desdén. Me quedo *ojiplática*. Sostiene la tarjeta delante de mis narices. No puede ser. Es la de crédito, la misma que fundo inconscientemente una y otra vez porque soy una compradora compulsiva.

—Prueba otra vez —insisto enfurruñada, y la obsequio con la mejor de mis sonrisas—. Debe de ser un error.

Ella lanza un suspiro lánguido.

—Denegada —repite con frialdad.

—¿Estás segura? No puede ser. Prueba otra vez.

Pone la tarjeta encima del mostrador.

—Bonita, no estoy aquí para perder el tiempo. Mira la cola que hay detrás de ti.

No me atrevo a hacerlo. En lugar de ello, fulmino con la mirada a esa pretenciosa y me largo de allí. Uf, menuda humillación. Ya sé que soy una tiesa, pero que te lo restrieguen por la cara es peor que no tener nada que estrenar este mes.

Denegada. Una palabra, ¡cuánto dolor! ¿De verdad he excedido el límite de crédito? Me tiemblan las piernas. Miedo me da cuando me venga la factura. ¿Y si le pido dinero prestado a Tessa? No, ni hablar. Acaba de ser madre y me pondrá a parir. No voy a rebajarme a pedírselo a papá, porque entonces entornaría los ojos y me echaría una de sus charlitas que empiezan así: *¿lo ves, cielo? ¿Por qué no vuelves a casa? No eres más que una cría que no sabe administrarse. Si te parecieras un poco a tu hermana...*

*Grrrr* mi orgullo es incapaz de soportar otra de sus broncas. Ya sé que lo he decepcionado. Constantemente. Él ya se encarga de recordármelo cada vez que nos vemos. Por eso me fui de casa. Para demostrarle que no soy la niña mimada que no sirve para nada. *¡Soy una mujer hecha y derecha!*, le grité, antes de dar un portazo y exigirle a Tessa que ejerciera de hermana mayor. Y vaya si lo hizo, porque me obligó a ser su esclava en ese infierno donde todo el mundo te pide las cosas gritando. ¿Autocrítica yo? Va a ser que no.

—Tana, llegas tarde —me recrimina en cuanto cruzo la puerta.

—Cómo te pones por cinco minutitos de nada...

—Una hora y media —responde irritada mi hermana.

Me hago la inocente.

—¿Hoy no entraba a las seis?

—Sabes que no.

Me ofrece la bandeja con ademán furioso. Cuando se pone así es mejor no llevarle la contraria, así que me limito a recoger las mesas. Un crío pasa corriendo por mi lado y está a punto de derribarme. Lo fulmino con la mirada. Los niños son un encanto. Después de atender a un grupo de universitarios que hablan a toda voz, y a la chupipandi de las octogenarias, como las he bautizado, llego a la conclusión de que ya estoy estresada. ¡Esto no es lo mío! ¿Por qué todo el mundo tiene tanta prisa? ¿Por qué no pueden pedir las cosas con educación? ¿Por qué no me puede tocar la lotería?

Dejo la bandeja sobre la encimera. Nati está poniendo cafés a cámara rápida. Me ve llegar y frunce el ceño.

—Hombre, pero si ya está aquí la reina de la casa. No trabajes demasiado, no te vayas a partir una uña.

Ignoro sus recriminaciones porque sé que en el fondo me adora. Me la he ganado. Lo mío me costó, porque se gasta un carácter de tres pares de narices. En fin, soy una santa. Me apoyo sobre la cámara frigorífica y me seco el sudor de la frente. Uf, esto va fatal para el acné.

—Ay... Nati, me siento como Cenicienta. Qué vida tan dura. Al menos ella tenía ratoncitos que la ayudaban a limpiar. No soporto este trabajo... ¿tú no te deprimes?

—Tengo facturas que pagar —responde enojada—. Para la mesa cuatro, para la dos y para la trece. Tana, ¡espabila!

—Ay... qué sí. No se puede una tomar ni un respiro.

Coloco las bebidas sobre la bandeja. Hasta que la veo a ella: Cruella de Vil. Esa... horrible... mujer. Es una señora de unos cincuenta y tantos, que siempre va vestida con abrigos de pieles y me mira por encima del hombro. Es altiva e insoportable.

—Jopetas, ve tú —le suplico a Nati.

Sabe a quién me refiero sin necesidad de echar un vistazo.

—No.

—¡Por fa! —insisto, juntando mis manos y haciendo un puchero.

Nati no se deja influenciar por mi encanto natural. Vaya... creo que ya he utilizado demasiado este truco con ella.

—Tienes que aprender a tratar con los clientes.

—Es una víbora.

—Sí, pero en la vida no solo te vas a topar con personas amables y educadas. Los hay de todo tipo, y cuanto antes aprendas a poner la otra mejilla, mucho mejor.

Traducción: que me deje pisar por semejante arpía. Lo reconozco, no soy ninguna santa. No tengo la templanza de mi hermana ni el pasotismo de Nati. Yo soy... yo. Y eso de que el cliente siempre lleva la razón no va conmigo. Yo soy más de: Tana siempre se sale con la suya.

De mala gana, voy hacia Cruella de Vil con mi sonrisa más falsa. Ella ni siquiera levanta la vista de su teléfono cuando coloco el café sobre la mesa. Siempre pide lo mismo: un café con leche y sacarina y un vaso de agua con media rodaja de limón. Estoy a punto de largarme cuando dice con el mismo tono pedante de siempre:

—Está demasiado caliente.

Ni lo ha probado.

—En seguida se lo cambio —respondo solícita, y me trago la respuesta que ya tengo preparada.

*Cálmate, Tana. Solo es un café.*

Voy hacia la barra y le pido a Nati que enfríe el café de la discordia. Cruella siempre se comporta igual. Nunca consigo servirle un café sin que me lo devuelva. Me la tiene jurada y no son imaginaciones mías. A Nati y a Tessa jamás les ha puesto una pega. Pero como la atiende yo todos son exigencias. Con esa cara de amargada que se gasta... grrr...

—Su café. Qué le aproveche —le digo, con toda la educación que puedo reunir.

—Esta cuchara tiene una huella dactilar —se queja, y la mira como si fuese un objeto sumamente contagioso—. ¿No esperaras que meta ese nido de infecciones en mi café?

Respiro profundamente. *Tranquila, Tana. Solo intenta sacarte de tus casillas.*

—No, señora.

Tu boca sí que es un nido de infecciones, pienso para mis adentros. Pero no se lo digo porque soy una señorita educada y hoy voy a portarme bien. Para que luego mi hermana diga que no sé tratar a los clientes. ¡Santa paciencia!

Regreso con una cuchara impoluta. La cuchara de las cucharas. Está tan limpia que me veo reflejada en ella. Se la tiendo envuelta en una servilleta, como si estuviéramos en un restaurante cinco estrellas michelín. Sonrío para

mis adentros. Ella me contempla con gesto avinagrado. *¡Ja, ya no tienes nada que recriminarme, eh, Cruella!* Tana 1, Cruella O. ¡Tres hurras por mí!

—Ahora mi café está helado. Has tardado demasiado.

Se me desencaja la mandíbula. Cruella señala la taza con un dedo, como si fuese imbécil y no la hubiera entendido. Aprieto las manos. Es una mujer odiosa.

—¿Me lo cambias o te vas a quedar mirándome con cara de pasmarote?

Tiemblo de impotencia. Una parte de mí se muere de ganas de tirarle el café encima del abrigo. Seguro que entonces gritaría que está muy caliente. En vez de eso, me limito a recoger el café y regreso a la barra sin decir nada. Nati me mira y se muerde el labio, consciente de que estoy al borde de mi paciencia. Decido dejarla impresionada y tragarme mi orgullo. Dejo a un lado mi instinto asesino y acaricio a Gucci, que está dormidito dentro del bolso.

—Pequeñín, lo que tiene que hacer mamá para que lleguemos a fin de mes —le digo en un susurro.

Abre los ojos y me contempla como si me entendiera. Entonces me siento un poquito mejor, recojo el café y se lo llevo a Cruella. No he conseguido que el platillo toque la mesa cuando me suelta:

—¿De verdad te crees que me voy a tomar ese café? He visto como acariciabas a ese chucho. Ni siquiera te has lavado las manos.

Esa es la gota que colma el vaso. Dejo el café sobre la mesa con tanto ímpetu que se derrama un poco.

—¿A quién has llamado tú chucho? —estoy gritando.

Cruella da un respingo. No se esperaba que enseñara los dientes. Pero estoy harta de sus desplantes. Puedes insultarme a mí, pero jamás de lo james insultes a mi perro, o te las verás conmigo.

—A ese animal que tienes dentro del bolso. El chucho ese.

Ya van dos veces.

—Mi perro tiene más pedigrí que usted, señora.

Se ríe en mi cara.

—¿Esa cosita insignificante? No pienso beberme este café hasta que me lo cambies por otro —chasquea los dedos como si fuera su sirvienta—. Niña, no tengo todo el día.

—Está... acabando... con... mi... paciencia... —digo, con los dientes apretados.

Ella resopla.

—Paciencia la que tengo que tener yo contigo. ¿Servir un café es algo

demasiado complejo para tu cerebro? Menuda inútil.

—¡La educación sí que es demasiado compleja para ti! —estallo, y automáticamente todos los clientes se vuelven hacia nosotras. Ya está, se acabó lo de poner la otra mejilla. Ahora me va a oír—. Que te crees que eres mejor que nadie por llevar un abrigo de piel. ¿Sabes cuántos pobres animalitos tienen que morir para que tú te vistas? Por no hablar de que tienes un estilo pésimo. ¿A quién se le ocurre conjuntar unos pantalones de pata de elefante con unas botas tan horteras? Ah, y ese bolso es de imitación.

A Cruella acaba de desencajársele la expresión.

—¿Cómo te atreves a hablarme así? —le tiembla la voz.

—Has empezado tú, Cruella.

—¡¿Cómo me has llamado?!

Uy.

Juro que se me acaba de escapar. En serio, no lo he hecho a propósito.

Se levanta hecha una furia. Doy un paso hacia atrás. Vaya, no me había dado cuenta de que es una mujer enorme. Parece una jirafa.

—Eres una niña insolente. ¡Quiero la hoja de reclamaciones!

Me señala con un dedo y lo zarandea en mi dirección. Entonces todo sucede a cámara rápida. No tengo ni idea de cómo Gucci consigue escapar del bolso, pero cuando parpadeo por segunda vez, lo veo ladrando como un desquiciado. Como si fuese un mini chihuahua poseído por un demonio. Se abalanza sobre Cruella y le muerde el bajo de los pantalones. Es Guccinator. Cruella comienza a chillar como una verdadera histérica.

—¡Agresión! ¡Socorro! ¡Quitádmelo de encima!

—¡Gucci, para! —le ordeno desesperada.

Solo consigo avivar al perro, que se agarra al trozo de tela como si le fuera la vida en ello. Algunas personas lo graban todo con sus teléfonos móviles. Consigo agarrar a Gucci antes de que Cruella se lo quite de encima con una patada.

Para cuando Tessa y Nati llegan hasta nosotras, la cafetería se ha convertido en un caos y todas las miradas acusadoras se centran en mí. Abrazo a Gucci contra mi pecho y pongo cara de circunstancia.

\*\*\*

—Estás despedida.

Me quedo mirando a Tessa como si me estuviera gastando una broma. Porque debe de ser una broma.

—¿Qué?

—Que estás despedida.

Ah, pues sí. La he oído bien.

—No me puedes despedir, ¡soy tu hermana! —monto en cólera.

—Precisamente por eso. Lo estoy haciendo por tu bien.

—¿Por mi bien? —alucino.

Asiente con expresión seria.

—No puedes seguir comportándote como una niña. ¿Qué clase de profesional trata así a su clientela?

Me llevo una mano al corazón, fingiendo que me va a dar un infarto.

—No me lo puedo creer. ¿Lo dices en serio? ¡Ha sido culpa de esa vieja hurraca! ¿Tienes idea de todos los desplantes que he tenido que aguantar hasta que he explotado? —me quejo a voz en grito.

Tessa no se deja impresionar. Su gesto es severo.

—Me da igual quién tuviera la culpa. No es la primera vez que lo digo, Tana. Todos aguantamos a clientes maleducados en nuestro día a día, pero nos contenemos y lo soltamos todo cuando llegamos a casa.

—Guardarte las cosas es malo para la salud. Lo leí una vez en algún sitio...

—Tana.

—¡Tessa! ¿Cómo puedes hacerme esto? Eres mi hermana, ¿de qué lado estás?

—Del tuyo, aunque todavía no lo entiendas —me pone las manos sobre los hombros—. Ya sé que ahora mismo piensas que esto es una injusticia, pero te mereces que alguien te ponga los pies en la tierra. ¿No decías que este trabajo no te gustaba? A lo mejor va siendo hora de que encuentres algo que te llene...

—No, si encima te voy a tener que dar las gracias por despedirme. ¿Qué va a ser de mí?

—Imagino que tendrás unos ahorrillos para ir tirando —me evalúa con la mirada—. Es lo que haría cualquier persona adulta cuando se independiza.

—Ahorros —la palabra me suena extraña, como si fuera la primera vez que la escucho.

Me vuelvo hacia Nati en busca de un poco de ayuda. Ella se encoge de hombros. La muy traidora no piensa intervenir.

—A mí no me metáis en esto.

—¡Muchas gracias a las dos! —les grito, y cojo al perro en brazos—.

Gucci es el único que me quiere. ¡Menos mal que lo tengo a él!

Me voy directa a mi habitación y cierro de un portazo. Dejo a Gucci en el suelo, que va directo hacia un cojín. Comienza a gruñirle y acto seguido lo mordisquea.

—Ya sé que tú solo intentabas protegerme —le digo apenada.

Suelta el cojín y ladea la cabeza para prestarme atención.

—Pero la próxima vez no muerdas a nadie. Morder a la gente está mal. Cruella de Vil se lo merecía porque es una bruja, pero ahora me he quedado en el paro.

Gucci se acerca a mí y le rasco detrás de las orejas. Mi único amigo de verdad. No como la judas de mi hermana. ¡Dónde se ha visto una ultranza semejante! Estoy sin un duro. No tengo trabajo. ¿Qué va a ser de mí? Pienso en todas mis posibilidades hasta que llego a una triste conclusión: soy un caso perdido.

### 3. La familia

Reunión familiar. Oh, sí, qué gozada, nótese la ironía. Seguro que mi honorable hermanita ya le ha ido a mi padre con el cuento de que me he quedado sin trabajo. Mamá pondrá el grito en el cielo y me ordenará que vuelva a casa. Mi padre me mirará decepcionado y no hará falta que diga nada.

Estamos podridos en dinero. Bueno, yo no. Ellos. Papá. Reconozco que nunca me ha faltado de nada, y puede que esa sea la razón de que ahora ande tan perdida. De pequeña, si quería algo solo tenía que abrir la boca. De adolescente no fui muy buena estudiante, y me saqué el bachillerato a regañadientes. Cursos a medio acabar, clases de inglés a las que dejé de asistir... No tengo vocación. Y ahora tampoco oficio. Ni experiencia para que me consideren en algún empleo, porque me descartan en todas las ofertas de internet.

—Nunca cometes los mismos errores que tu tía —le digo a la niña.

El bebé tiene quince días. Lo llamo así porque me niego a creer que mi hermana tenga tan mal gusto.

—¿Estás lista? —me grita mi hermana desde el pasillo.

Me miro por última vez en el espejo. Ni siquiera sé para qué me esfuerzo. Da igual que sea un hacha conjuntando la ropa, porque me van a criticar de todas formas. Se irán turnando. Primero papá, luego la abuela, después mis tíos... siempre tienen algo que opinar sobre mi vida. Todos, sin excepción. Como si fuera un experimento al que aconsejar constantemente.

Tessa abre la puerta y me mira con aire impaciente.

—Tana, venga ya. Vamos a llegar tarde.

—Qué sí, pesada. Que ya estoy.

Cojo a la niña en brazos y la lleno de besos. No me gustan los bebés, pero mi sobrina es la gran excepción. Es una niña morena y de ojos verdes que es toda una preciosidad. Excepto por esa aberración de nombre con el que van a bautizarla.

—¿Ya habéis decidido cómo la vais a llamar?

—Ya te he dicho que se llama Manuela —responde irritada mi hermana. No es la primera vez que tenemos esta conversación.

—Manuela... pobre criatura —la acuno como si fueran a lanzarla por un precipicio—. ¿No te da penita? Con la cara de buena que tiene, ¿qué te ha

hecho para que le pongas ese nombre?

—Es un nombre precioso.

—¿En qué siglo? Porque en este te aseguro que no.

Mi hermana resopla. Está perdiendo la paciencia, pero yo no pienso dejarlo estar.

—Aún estás a tiempo de cambiar de opinión. Todavía no tiene memoria. No es como los perros. Ya sabes, una vez que se acostumbran a un nombre no puedes cambiárselo...

Tessa me fulmina con la mirada, pero yo continuo.

—No puedes llamarla Manuela. Es una recién nacida, no una octogenaria. Ya me puedo imaginar a sus compañeros de clase: *ahí viene Manuela, la que tiene nombre de abuela* —dramatizo.

—Manuela es un nombre con personalidad y muy español —zanja mi hermana.

—Claro. Y Juanita, Paca o Antonia... ¡ya de paso ponle Agustina!

—¿De verdad no tienes problemas más graves que preocuparte por el nombre de mi hija?

Pues... ahora que lo dice...

—El nombre es algo para toda la vida. Intento detener una decisión que la traumatizará de por vida...

—Como, por ejemplo, ¿ponerte a buscar trabajo? —me acusa.

Hago como la que no la ha oído. Lo que no sabe es que he estado buscando trabajo. Pero no encuentro nada. Y me estoy empezando a desesperar. Gucci y yo vamos a tener que hacer la dieta del aire como siga por este camino. Pobrecito, ¡con lo poquita cosa que es!

—O quizá estás un pelín preocupada por lo que pueda pensar papá... —deja caer como si nada—. Venga, vámonos ya. No es el fin del mundo, Tana. Ya encontrarás algo.

La sigo de mala gana.

—Cora, Daniela, Chloe, Isla, Noa... —enumero, y ella se echa a reír—. ¡No hay color! Si quieres sigo.

—No, gracias.

—Abril, Sofía, Nura, Bella...

\*\*\*

En cuanto llegamos a casa de mis padres, Gucci sale del coche y comienza a correr por el césped. Aunque en lugar de casa debería llamarla

mansión. Es como las que salen en las películas. Con más habitaciones y cuartos de baños que personas, y una piscina en la que se podrían organizar unas Olimpiadas. Vale, reconozco que una parte de mí echa un poquito de menos mi enorme vestidor. Pero no voy a flaquear, ¡lo juro por Prada! A Dios pongo por testigo que de esta salgo yo solita. Ya veré cómo, por cierto.

Camino decidida hacia el porche, donde toda la familia está reunida en el comedor exterior. De lejos veo a mamá, con sus enormes gafas de sol y sus rayos uva. Nunca me hace caso, pero ese tono anaranjado no le favorece en absoluto. Zipi y Zape, mis primos, están intentando atrapar a Gucci, que huye despavorido. Mis tíos me saludan a lo lejos. Papá se levanta para recibirme.

—Mi niña pequeña... —me estrecha entre sus brazos y me da dos besos.

—Ey, qué ya no soy ninguna niña... —me quejo, aunque aflojo una sonrisa.

—Para mí siempre serás mi princesita —me revuelve el pelo como cuando era una cría.

Mamá abre los brazos y se abalanza sobre mí como si lleváramos tres meses sin vernos. No hace ni ocho días que nos vimos por última vez, pero de alguien tuve que sacar mi vena teatral.

—Bomboncito, ¿estás comiendo bien?

—Perfectamente, mamá —respondo como una niña buena.

Ella me pellizca un michelín.

—Ya lo veo, bomboncito. Estás más gordita. Tienes mala cara, ¿por qué no vuelves a casa? Podemos ir juntas al salón de belleza —me guiña un ojo en plan cómplice—. A que te hagan uno de esos tratamientos que tanto te gustan.

—Mamáaaaaa... —pongo los ojos en blanco. Nunca cambiará.

—¿Qué? —pregunta con inocencia—. Solo me preocupo por ti. Podemos estar juntas, como en los viejos tiempos. Ir de compras, a la peluquería, al club de campo, tomar el sol...

No espera nada de mí. Como siempre. Quiere que me convierta en un clon de ella. Sin embargo, a Tessa siempre la han respetado. Nunca le pidieron que volviera a casa cuando se emancipó y montó su propio negocio con Nati.

—A Tessa nunca le pides que te acompañe —le recrimino, sin poder evitarlo.

—¡Tessa y tú sois tan distintas! —se echa a reír, como si fuera lo más evidente del mundo—. Ella está hecha de otra pasta.

Le falta decir; *ella es mejor que tú*. Pero eso ya lo sabemos todos, no hace falta que nadie lo diga. Tessa es la trabajadora. La independiente. La que es capaz de abrir una cafetería sin ayuda de nadie. Y aquí estoy yo, en el paro y sin tener donde caerme muerta. La diferencia es abismal.

—Eres tan parecida a mí... —me acaricia la mejilla con ternura—. ¿Quieres que te presente a uno de los hijos de los amigos de tu padre? Son muy buenos partidos.

Me guiña un ojo.

—¡Mamá!

Eso es lo que se espera de mí. Que me case con alguien que pueda mantenerme. Sí, triste pero cierto. Para todos soy un caso perdido. La niña mimada de la familia que no sabe sacarse las castañas del fuego.

La rabia me carcome por dentro mientras me hago una promesa a mí misma: voy a demostrarles que soy capaz de salir adelante yo solita. No tengo ni idea de cómo, pero ya se me ocurrirá algo. A medida que el pensamiento cala en mí me voy sintiendo mucho mejor. Me lleno de una energía que me invade por completo. De un entusiasmo que me desborda. ¡Puedo hacerlo! ¡Sí!

¡Puedo...!

Hasta que lo veo. Me fallan las piernas. Me cuesta respirar.

Es... él.

Ojos verdes, sonrisa socarrona. Está mirando en mi dirección. Una mirada burlona y provocativa. Me estremezco por completo.

Él.

El insoportable... el odioso... el repugnante... el... uf... condenadamente atractivo... Maximiliano Ortiz.

Y mi mundo se detiene por completo.



## 4. El cretino

Me acabo de esconder en el baño. Lo sé, muy maduro por mi parte. Huyendo de mis problemas como hago siempre. Pero ¿por qué nadie me ha avisado de que él iba a venir? Me agarro al lavabo e inspiro con fuerza. No me lo esperaba. Llevo casi un año sin verlo, y nuestro último encuentro fue un desastre. Yo lo llamé *estirado cenutrio de pacotilla*. Muy en mi línea. Pero no fue culpa mía, lo juro. Él empezó primero cuando me dijo: *niña de papá*.

Max.

Nos conocemos desde que éramos unos niños. Max es el ahijado de papá. Y mi padre siente debilidad por él. Nunca lo dice, pero sospecho que Max es el hijo que papá siempre quiso tener. Un triunfador nato graduado con honores en Yale. Sus padres murieron en un accidente de avión cuando él era un adolescente, y desde entonces papá se encargó de pagarle sus estudios. Max sabe que se lo debe todo y se esforzó al máximo para que mi padre se sintiera orgulloso de él.

Oh, sí, El gran Max.

No sé cuándo empezó nuestra eterna enemistad. Lo conozco desde que tengo cuatro años y creo que entonces ya lo odiaba. Max siempre se mete conmigo. Es un experto burlándose de mí. Logra dejarme en evidencia delante de todo el mundo con una facilidad increíble. Si existiera una carrera para meterse conmigo, Max la aprobaría con matrícula de honor. Un día le solté que me tenía envidia porque yo era la hija de mi padre y él un simple invitado que se esforzaba en caerle bien. Su mirada fría me indicó que no iba mal desencaminada.

Todo iba bien hasta que llegó a la pubertad. De pequeña lo odiaba con todas mis fuerzas y nos hacíamos las típicas perrerías de críos. Hasta que él dio el estirón. ¡Y de qué manera! Me saca seis años, así que cuando aquel verano lo vi convertido en un adulto a medio hacer... bueno, mis sentimientos se volvieron de lo más confusos.

Ni yo misma me aclaro a estas alturas, para qué engañarnos. Max es como todo lo que hay en mi vida. Caótico. Desconcertante. Con él tengo una relación de amor- odio. Por su parte sé que solo hay odio. Pero por la mía.... a veces...

¡No!

O sea... a ver... es solo que Max está más bueno que comer con los dedos, ¿vale? Y él lo sabe. Es el típico egocéntrico que reconoce sus encantos. Y para colmo, es el único amigo de mi padre que no solo no me hace la pelota o intenta conquistarme... si no que me deja muy clarito que yo soy poca cosa comparada con él.

Me gustaría aclarar que es una atracción limitada al físico. Sí, ¿a qué mujer no le resultaría atractivo un hombre como Max? Y punto. Por todo lo demás... es un cretino de los pies a la cabeza. Un soso que no sabe divertirse (excepto si es a costa mía). Y lo detesto con toda mi alma. Él lo sabe. Yo lo sé. Los dos lo sabemos. Dicho lo cual... será mejor que salga de aquí antes de que todos empiecen a preguntarse dónde estoy.

Abro la puerta del baño con la esperanza de que hoy me deje en paz. Le responderé con monosílabos cortantes e intentaré no estar a la defensiva. Dos no se pelean si uno no quiere, ¿no? Pues eso.

—Me parece que esto es tuyo.

Gucci aparece delante de mis ojos sujeto por una mano enorme. Tengo que mirar hacia arriba para encontrar los ojos de Max. Qué alto es. Me cuesta respirar.

—Esto... es mi perro —se lo arrebato con ademán indignado.

—¿Esta rata?

Ya empezamos. Lo fulmino con la mirada, pero solo consigo que su sonrisa de pretencioso se ensanche. Tienes unos dientes perfectos. Se le marca un hoyito en la mejilla izquierda. Tiene un remolino de rizos castaños en el flequillo. Y viste como un maldito modelo de catálogo. Traje gris de rayas y corbata azul. Es de esa clase de hombres que llaman la atención allá donde van. Y por su eterna sonrisa fanfarrona, es evidente que él lo sabe.

—Se llama Gucci. A no ser que te refieras a ti mismo, yo no veo aquí a ningún roedor.

Su sonrisa se esfuma de un plumazo.

—Gucci... viniendo de ti no me extraña ese nombre tan ridículo.

—Viniendo de ti no me extraña ese insulto velado —le guiño un ojo.

Donde las dan las toman. Agacha la cabeza y me estudia de arriba abajo con un brillo divertido en los ojos.

—Olvidaba lo fácil que es sacarte de tus casillas —se jacta, y a mí se me llevan los demonios. Se da la vuelta y se mete una mano en el bolsillo—. Aitana.

*Aitana.*

Nadie me llama así. Aprieto los dientes. Solo él. Como si tuviera algún derecho a apropiarse de mi nombre. Eso lo hace especial y me molesta.

—Para ti soy Tana —le espeto, y paso por su lado.

—¿Lo ves? Demasiado fácil...

Lo oigo reírse cuando me alejo. Cre- ti- no.

\*\*\*

Consigo que me acorralen en cuestión de minutos. No sé cómo lo hacen, pero de buenas a primeras me veo recibiendo consejos de todo el mundo. Ya se ha corrido la voz de que mi propia hermana, ¡sí, esa vil traidora!, me ha despedido. No puedo con la mirada guasona de Max, que obviamente está disfrutando con mi humillación pública.

—No me ha despedido —les aclaro, demasiado furiosa como para admitir la verdad—. Lo he dejado yo porque no me llenaba. Me estoy reinventando.

—Reinventando —repite mi padre con tono escéptico.

No se fía de mí. Hace unos minutos se ha enzarzado en una conversación soporífera con Max sobre negocios. Max lleva un año al frente de una empresa de publicidad que va viento en popa. Y papá lo escuchaba fascinado y con una mirada de adoración (justo la expresión contraria que me dedica a mí en este momento). Oh, sí, ¡El gran Max!

—¿Y en qué campo te estás reinventando esta vez? —quiere saber mi padre.

La mesa se llena de risas. Uf, los odio a todos.

—¿En el de la estética? Como ese curso que dejaste a medio acabar... —me recuerda papá con tono acusador.

—¿Cómo iba a saber que no me gustaba hasta que no llegué a la parte práctica? —me defiende airada—. Yo no tengo la culpa de que mi primer trabajo fuese tan... escatológico.

En cuanto tuve que depilar aquel matojo de pelos supe que aquello no era lo mío. Todos se echan a reír. A mi costa, obviamente. El primero Max, que está haciendo un gran esfuerzo, nótese la ironía, para no llorar de la risa. Lo odio.

—¿Y qué hay del curso de peluquera canina?

—En mi primera vez tuve que cortarle las uñas a un Rottweiler. Lo pasé fatal, por cierto. Gracias por preguntar. —respondo entre dientes.

Jo, ¿es que no ven que no es culpa mía! Siempre que me intereso por algo termino dándome cuenta de que no es lo mío.

—El curso de secretariado, el de inglés, el de jardín de infancia... — enumera mi padre, para dejarme todavía más es evidencia.

Me cruzo de brazos. Necesito que esto acabe ya. Todos se ríen excepto Gucci, mi único aliado.

—Los niños no son lo mío... —musito por lo bajini.

—¿Cómo se llamaba ese negocio que querías montar? —se acuerda Tessa, y le hago señas para que se calle. De repente se le ilumina la expresión —. Ah, ¡sí! *Perrilandia*. Era una especie de parque para mascotas que pretendías construir en mi propia casa.

Todos se parten de risa. Excepto Max. Por primera vez me contempla anonadado. Sé lo que está pensando: *¿se puede ser más ridícula que la pobre Tana?* Pues no. Al parecer, a toda mi familia le resulto un mono de feria.

—No era un parque para mascotas —respondo entre dientes—. Era un lugar en el que los dueños pueden dejar a sus mascotas cuando se van a trabajar... o ese tipo de cosas. Para que lo sepáis, los animales sufren con la soledad. Se llama ansiedad por separación, listillos. Es un trastorno de comportamiento perruno de lo más común.

Se oyen más risas. Cualquiera diría que estoy haciendo un monólogo. Así es mi vida, nadie me toma en serio.

—Tu problema es que siempre te justificas. En tus propias palabras: nunca es culpa tuya —me suelta mi padre.

Gracias, papá. Muchísimas gracias. Decírmelo delante de toda la familia, y sobre todo delante de Max, es un gran aliciente para mi orgullo. Ejem.

—Tienes razón. No es culpa mía que me malcriaras. Has criado a una niña mimada que no sirve para nada, ¡cuánto lo siento!

Todos se quedan en silencio. Mi padre me mira asombrado. Disimuladamente, el resto de la familia comienza a poner alguna excusa y nos dejan a solas. Me pican los ojos. Me siento fatal. A lo mejor me he pasado, pero no soporto que todos se rían de mí.

—Cariño...

—No digas nada, por favor —le pido apesadumbrada—. Ya he tenido suficiente por hoy, ¿no crees?

—Pero hija... no era mi intención criticarte delante de todo el mundo. Simplemente me preocupo por ti.

—Ya...

—Cuando te marchaste de casa, lo hiciste porque te pedí que acabases el curso de ruso que te empeñaste en empezar.

—Es un idioma muy difícil.

—No lo pongo en duda, pero siempre lo justificas todo con alguna excusa. Sé que hay mucho talento dentro de ti, pero...

—Adolfo, siento interrumpirte —Max aparece de improviso, con esa educación exquisita que solo reserva para mi padre—. Me acaban de llamar del trabajo y tengo que irme. Ya me he despedido de Piluca

Mortificada por la interrupción, por sus comentarios mordaces y por la humillación de hoy, no consigo contenerme cuando suelto:

—Como te iba diciendo, papá, antes de que nos interrumpieran... —digo, y miro por el rabillo del ojo a Max—. Aunque difícil, el ruso es un idioma que ahora domino a la perfección.

Mi padre me mira extrañado, como si estuviera decidiendo si creerme o no. Max frunce el ceño y yo disfruto de mi pequeña victoria. Sí, es una mentira, pero ellos no lo saben.

—Cuando algo me interesa soy plenamente capaz de llevarlo a término —me limpio una pelusilla inexistente del jersey.

Me regodeo en sus caras de póker. Papá me contempla impresionado. Max aprieta la boca, como si le fastidiara el hecho de que sea mejor que él en algo.

—¿Hablas ruso? —pregunta, y siento que me está poniendo a prueba.

—¡Da! —exclamo, ni corta ni perezosa. Y a continuación digo lo más ruso que se me viene a la mente, que gracias a Dios no es ensaladilla—. Kalashnikov, Matrioshka, vodka, Vladimir Putin...

Los dos se quedan a cuadros. Papá carraspea incómodo y Max me estudia con detenimiento, como si tratara de discernir si estoy mintiendo. Empiezo a ponerme colorada como un tomate.

—Hija, ¿te estás quedando con nosotros?

Hago acopio de valor y le echo morro al asunto. De algo me van a servir las diez clases de teatro que recibí cuando a los dieciocho años decidí que quería ser la próxima Penélope Cruz. Me llevo la mano al corazón y pongo cara de consternación.

—Papá... me ofende que pienses eso de mí. Me ofende profundamente...

—Hija... lo siento, es que se me ha hecho... raro.

Entorno los ojos. Max parece furioso. Papá no para de disculparse. ¡Se lo han tragado! Ja, ya sabía yo que lo mío era un talento desaprovechado. Con esta labia que tengo podría conseguir cualquier cosa. Señoras y señores, ¡el Óscar es para Aitana Guzmán por la interpretación del año!

—Enhorabuena, porque es un idioma muy difícil —me elogia orgulloso mi padre.

Hasta Max parece impresionado. Soy una máquina, je, je, je ¿quién se ríe ahora, listillo?

Tres hurras por mí. Sí, tengo mucha cara. Sí, no tengo vergüenza. Sí, soy una mentirosa. Pero ver la cara de Max en este momento no tiene precio. Me siento la Irina Shayk de la familia. Él hablará inglés con total fluidez, pero ¿qué tiene que hacer contra mí? ¡Nada! El ruso es un idioma mucho más complicado, donde va a parar. ¡Chúpate esa, Max!

—Uhm... así que hablas ruso... —empieza a decir.

No voy a permitir que estropee mi momento de gloria. Estoy harta de que siempre sea el centro de atención. Esta vez mi padre se va a sentir orgulloso de mí.

—Te diría algo más en ruso... pero no quiero dejarte en evidencia con mi aplastante dominio de la lengua de Tolstoi... —digo con un suspiro lánguido, como si hablar con él fuese una pérdida de tiempo.

Max se rasca la barbilla, pensativo. Sé que es la maldad personificada. Está buscando la forma de dejarme en ridículo, pero esta vez no lo va a conseguir.

—Hablas ruso... y estás en paro... —insiste, sacándome de mis casillas.

—Sí, Max. Ser políglota no te asegura un empleo hoy en día —respondo irritada.

—Pues hoy es tu día de suerte.

Lo miro sin entender. No sé a qué se refiere, pero intuyo que lo que está por venir va a ser catastrófico. Los ojos de Max brillan con malicia. Una parte de mí se aferra a la posibilidad de haberlo engañado. De que lo que vaya a decir solo sea una treta para desenmascaramme.

—Dentro de un mes y medio tengo una reunión con un cliente potencial...

Hay un brillo perverso en sus ojos verdes. Me contempla con una media sonrisa lobuna muy peligrosa. Trago con dificultad.

—... y justo estaba buscando...

No... por favor... no...

—A alguien... —su sonrisa se ensancha como si fuese un lobo hambriento—, que hablase ruso. Un traductor. Pero me complace saber que por fin has conseguido hacer algo de provecho. Estás contratada.

Mierda.

Se me cae el alma a los pies. Mi padre aplaude entusiasmado. Para él debe ser una bendición: su ahijado y su hija trabajando juntos. Para mí, es lo más parecido al infierno.

Max observa mi reacción. Lo sabía, ¡está utilizando la situación para ponerme a prueba! ¿Y si el ruso solo forma parte de mi imaginación? Puede que solo sea una vulgar treta para que yo tenga que admitir que no entiendo ni papa de ruso. Uf, es un hombre despreciable. Nunca me deja ganar. El muy...

¡Odio a Maximiliano Ortiz con todas mis fuerzas!

—Aitana, estás contratada. Empiezas la semana que viene.

—¿La semana que viene? Pero si el ruso ese no llega hasta... ¿has dicho el mes que viene?

¿Me dará tiempo a aprender ruso en un mes?

—En un mes y medio —responde, y siento que está disfrutando de lo lindo con la situación—. Pero también necesitamos un ayudante en la empresa. Estamos hasta arriba de trabajo. ¿No decías que habías dejado sin acabar un curso de marketing? A lo mejor trabajar en una agencia de publicidad te refresca las ideas...

—¿No crees que si lo dejé sin acabar fue porque el mundo de la publicidad me resulta soporífero? —le espeto, con un destello de ira.

Nos miramos tensamente. Él sabe que yo lo sé. Yo sé que lo sabe. Ninguno de los dos va a ceder. Me conozco y lo conozco. Sus ojos verdes se clavan en los míos. La tensión se puede cortar con un cuchillo.

—¿No dices que no sabes si algo te gusta hasta que lo pruebas? —me contradice el muy desgraciado.

Papá nos mira alternativamente. Quiero ganar esta partida. Quiero demostrarle que no soy un caso perdido.

—Ay... es que somos casi familia. ¿Verdad, papá? —busco una salida, y miro a mi padre con mi expresión más dulce—. No me gustaría meterte en un problema con el resto de los trabajadores. Ya sabes... que crean que eres un blando que contrata a la gente por enchufe. Eso hablaría fatal de ti, y como te gusta tanto que te respeten...

En los ojos de Max hay un destello de rabia. Casi imperceptible para

cualquiera que no lo conozca como yo, pero allí está. Le he dado donde más le duele. Je, je, je.

—Visto así... —murmura mi padre.

—Es mi empresa y hago lo que me da la gana —zanja Max, y me guiña un ojo—. Y si quiero contratar a la hija de un buen amigo, nadie contradecirá mi decisión.

—Max tiene razón —decide mi padre, para mi consternación—. Será estupendo que trabajéis juntos.

—¡No lo será! —no logro contenerme—. Es decir... seguro que vas a tener muchos favoritismos conmigo. Cómo me aprecias tanto...

Noto que él hace un gran esfuerzo para contener una sonrisa. ¡Maldito canalla!

—No, no... de ningún modo puede haber tratados de favor. No sería justo —dice mi padre.

—En fin... tendrás que buscarte a otro intérprete. De verdad que me hubiera gustado trabajar para ti... —finjo una pena que no siento. Casi estoy a punto de gritar de felicidad por haberme librado de esta. Uf, por los pelos —. ...otra vez será, Maximiliano... otra vez será...

Se tensa por completo al escuchar cómo lo llamo. Sé que lo detesta con todas sus fuerzas. Si para él soy Aitana, para mí él es Maximiliano. Donde las dan las toman.

—Descuida. Si lo que te preocupa son los tratos de favor, te aseguro que no pienso pasarte ni una. Seré muy duro contigo —me promete. Y es una advertencia.

Lo miro boquiabierto. Él sonrío de oreja a oreja. Mi padre nos mira satisfecho, como si fuera la mejor noticia que le podían dar en la vida. Tengo ganas de vomitar. Yo... trabajando para semejante cretino.

No consigo reaccionar cuando Max me tiende una mano. La miro como si quemara. Aterrorizada. Temblando de la cabeza a los pies. Él la deja extendida con una seguridad innata que solo lo hace más atractivo. La estrecho de mala gana, y una corriente de electricidad me recorre todo el cuerpo. Me siento incómoda y desconcertada e intento apartarme, pero él sostiene mi mano con firmeza y se acerca a mí. El corazón me da un vuelco cuando su boca me acaricia la mejilla.

—Bienvenida a *Máxima*.

Bienvenida al infierno, Tana. Entro en modo pánico. No hablo ruso. Voy a trabajar como traductora rusa. Me va a dar algo. Dios. Dios. Dios. Por

favor, Buda, Dios, Alá o Jehová... ¡sácame de esta!

## 5. Un poquito de vodka para entrar en ambiente

—¿Qué has hecho qué? —pregunta incrédula mi hermana.

Tessa, Nati y Héctor, mi cuñado, me miran boquiabiertos. Estoy dando vueltas por el salón mientras ellos me observan atónitos. Necesito salir de esta, pero no tengo ni idea de cómo hacerlo. Y en un ataque de pánico se lo he confesado todo. Pero lo último que necesito en este momento son sus miradas censuradoras.

—En serio, Tana... —Nati sacude la cabeza, como si lo mío fuese digno de Cuarto Milenio—. ¿Para qué te metes en semejante berenjenal?

—Solo quería que papá me admirase como lo hace con ese...

—Papá admira a Max porque él se lo ha ganado. Ha estudiado y trabajado muy duro para llegar hasta donde está —me interrumpe mi hermana con aspereza.

—Oh, en serio, ¿tú también?

—¿Quién es Max? —se interesa Nati.

—El ahijado de nuestro padre. Un gran amigo de la familia —le explica Tessa.

—Lo será tuyo... —digo con desgana.

—Tana y él no se llevan bien desde... —Tessa entrecierra los ojos y trata de hacer memoria—. Supongo que desde nunca.

—¿Por qué? —insiste Nati, que hoy está preguntona.

—Porque es un cretino integral. Un soso de mucho cuidado, un competidor nato, un estirado y un prepotente insoportable —enumero, quedándome muy a gusto.

Nati abre los ojos de par en par.

—Vaya...

—Ni caso —le dice Tessa—. Max es un encanto.

Me rio en su cara. ¡Un encanto! Lo será con ella, porque en lo referente a mí...

—Ayudadme, ¡por favor! —les pido agobiada—. ¿Qué hago?

Los contemplo alternativamente, pero todos se encogen de hombros.

—¿Qué quieres que te digamos? —interviene Héctor con suavidad—. Tana, ¿por qué no admites la verdad? No hay nada que podamos hacer por ti. En cuanto se lo digas a Max te quitarás un peso de encima.

—¡Ni muerta! Eso es lo que él quiere. Demostrar que soy una impostora e irle con el cuento a mi padre...

—Es que eres una impostora... —murmura Héctor.

Lo fulmino con la mirada.

—Si no vais a servir de ayuda, tampoco hace falta que me pongáis las cosas más difíciles. Hay muchas personas que tuvieron en contra a todo el mundo antes de triunfar: J.K Rowling, Oprah Winfrey, el fundador de Mc Donald, Gandhi...

—¿Te acabas de comparar con Gandhi? —Nati se empieza a reír.

—¡A Dios pongo por testigo que puedo aprender ruso en un mes y medio! —prometo solemnemente.

—Tana... el ruso es un idioma muy complicado... —insiste mi hermana.

Me subo encima de la mesa y la ignoro. A ella y a todas las personas que no creen en mí. Me he propuesto muchas metas que no he conseguido, pero esta vez va a ser distinto. Puedo prometer y prometo que voy a dejar a Maximiliano Ortiz con dos palmos de narices. Y Tessa, mi familia y todos los demás se tendrán que tragar sus palabras. Soy mucho más que una niña mimada sin oficio ni beneficio.

—A Dios pongo por testigo que no podrán derribarme —alzo la voz, y Gucci me mira aterrorizado desde el sofá. Me tiemblan las aletillas de la nariz y estoy llena de emoción—. Sobreviviré, aunque sea sin zapatos nuevos ni bolsos de marca. Y cuando todo haya pasado, miraré a la cara a los míos y les diré que triunfé sin que creyeran en mí. Aunque tenga que mentir, estudiar, esforzarme o aprender algo nuevo, ¡a Dios pongo por testigo que voy a hablar ruso en un mes y medio!

Mi interpretación ha sido de sobresaliente. ¡Sí, voy a hacerlo! ¡Yo puedo! Yes, I can.

—Está loca... —murmura por lo bajini Héctor.

\*\*\*

Hoy toca noche de chicas. Héctor se ha quedado con la niña, y por fin nosotras vamos a celebrar nuestra primera fiesta desde que Manuela, me sigue costando llamarla así, llegó a nuestras vidas. Necesito pasármelo bien, y con mi hermana y Nati la diversión está asegurada.

—No me quiero recoger tarde —insiste mi hermana.

Pongo los ojos en blanco. Solo es una fiesta de pijamas y ella vive con

Héctor en el piso de al lado. Menuda aguafiestas.

—En serio, tienes que aprender a divertirte un poco —le sugiero, y relleno tres vasos de chupito con una vieja botella de vodka que he encontrado dentro de un armario—. ¡Salud, camaradas!

Ellas se parten de risa. Nati se bebe su chupito de un trago.

—No puedo —rehúsa mi hermana—. Estoy dando el pecho.

—Ah, es verdad. No hay problema, camarada, ¡yo beber por ti! —exclamo, imitando el acento ruso.

Me pimplo su chupito y el mío. El líquido me quema la garganta y saco la lengua. Tessa nos rellena los vasos y brinda con nosotras con un chupito de coca cola.

—¡Por Nati, que ya no está soltera!

Estiro el brazo y luego me acerco el chupito a los labios. Nati lleva seis meses saliendo con Pablo, un policía viudo y con una hija. Me parece increíble que Nati, la persona menos romántica del planeta, haya encontrado a su media naranja. Supongo que después de todo también hay esperanza para mí.

—¡Por Tana y sus locuras! —brinda mi amiga.

Empiezo a perder la cuenta de los chupitos de vodka que me estoy bebiendo. Cuatro, cinco, seis... la cabeza me da vueltas y empiezo a sentirme eufórica.

—Y ese tal Max... ¿es guapo? —se interesa Nati.

Me entra la risa floja. ¿Guapo? Está como un tren. Ambas me miran con curiosidad, así que me limito a decir:

—Pues sí. Es lo único bueno que tiene.

—Lo que mi hermana intenta decir es que Max es un hombre muy atractivo —explica Tessa.

—No es para tanto —miento como una bellaca.

Pero Tessa no lo deja estar.

—Siempre he pensado que en el fondo te hace un poco de tilín...

Mi rostro se tiñe de rojo y me levanto de un salto.

—¡No es verdad! —exclamo furiosa—. No es para nada mi tipo. ¿Por qué dices eso?

Tengo ganas de llorar. O de esconderme en un agujero y no salir hasta el año que viene. De repente me siento desnuda y muy expuesta. Max no me gusta. Ni un poquito. Cero patatero. Sí, está buenísimo. Y punto. Ahí se le acaba la gracia.

—¿Entonces por qué te pones así? —pregunta Tessa, encantada de sacarme de mis casillas.

—Porque me parece un hombre repugnante —me hago la digna—. No es mi estilo. A mí me gustan con sentido del humor, y Max solo lo tiene si es para reírse de mí. Es tan aburrido...

—¿Y por qué te importa tanto lo que piense de ti? —interviene Nati.

La miro con las mejillas encendidas. Pero bueno, ¿esto que es? ¿Una encerrona?

—¿A mí? —me señalo con inocencia—. ¡Me da igual! Maximiliano Ortiz me es completamente indiferente.

—Pero haces todo esto para impresionarlo —concluye mi hermana.

—¡No! Hago todo esto para demostrarle que sí sé hablar ruso. Y no es por Max, sino por papá. Así mato dos pájaros de un tiro. Consigo que ese engreído deje de meterse conmigo y le demuestro a papá que no soy un caso perdido.

—Ya... a papá... —Tessa no me cree en absoluto.

Me cruzo de brazos como si fuese una niña en pleno berrinche. Lo que me faltaba, que piense que hago todo esto por Max.

—¿Tienes el número de Max? —le pregunto, con un destello de lucidez.

—Uhm... creo que sí. ¿Por qué? —responde desconcertada.

—Porque voy a llamarlo delante de vosotras. Le voy a cantar las cuarenta, para que veáis que ese egocéntrico me trae sin cuidado —estiro el brazo con actitud apremiante—. Dame tu móvil.

—Tana, no hace falta que hagas eso.

—¡Qué me lo des!

—Estás muy borracha.

—Mejor. Los borrachos y los niños siempre dicen la verdad.

Me levanto como un perro de presa y olfateo el salón en busca del bolso de mi hermana. Lo encuentro encima de la encimera de la cocina y rebusco dentro hasta dar con su móvil.

—Tana, en serio, déjalo ya —me pide Nati, a la que se le empieza a trabar la lengua—. Te creemos, eng segio...

—No, no, no... ¿decís que ese impresentable me gusta? ¡Pues ahora vais a ver!

Encuentro dos números en la agenda telefónica. Max y Max #. Los miro con el ceño fruncido.

—Hay dos números.

—Ah, sí, se me había olvidado. Max me dijo que había cambiado de número —Tessa se levanta y contempla la pantalla del teléfono con el ceño fruncido—. Vaya... ahora no sé cuál de los dos es el número nuevo.

—Llamaré a los dos.

—¡Para! Son las dos de la madrugada.

Tessa intenta arrebatarme el móvil, pero soy más rápida que ella y consigo enviar por Whatsapp los dos números de teléfono a mi móvil. Le devuelvo el teléfono con una sonrisa triunfal. Ella suspira con resignación.

—Eres lo peor.

—Lo pienso llamar.

—Es muy tarde.

—Pues lo llamaré mañana —le aseguro, cada vez más mareada por los efectos del vodka—. ¡Da! Yo llamar mañana a camarada Maximiliano.

Tessa me deja por imposible. A las tres y media de la mañana, solo quedamos Nati y yo. Mi hermana ya se ha ido al piso de al lado con Héctor y la niña. Nati ya ha dejado de beber, pero yo me he metido en mi papel de rusa y me estoy pimplando el vodka.

—Oye... déjalo ya —Nati me quita la botella de las manos.

Pongo mala cara.

—Aburrida. Sois las dos unas aburridas...

—Y tú eres una pija insoportable.

—Y tú un rollo de tía.

—Y tú has bebido demasiado.

Me parto de risa. Me doblo por la mitad, y de repente todo me hace muchísima gracia. Las paredes se mueven y me subo de un salto encima del sofá.

—¡Terremotoooooo! —grito, y me voy corriendo a mi habitación.

Mi teléfono está encima de la cama. Tengo el número de Max. Recuerdo que todo lo que me ha pasado es culpa suya. Voy a tener que aprender a hablar ruso. Estaré trabajando para él y soportaré todos sus desplantes.

Max.

El gran Max.

Maximiliano Ortiz.

Cretino y arrogante. Canalla. Provocador nato. Argh, qué condenadamente atractivo es. Con esos ojazos verdes y esa sonrisa de medio lado. Su pelo es de un tono entre la miel y las avellanas. Es tan guapo...

Se me escapa un suspiro y me dejo caer encima de la cama. No sé qué se

me pasa por la cabeza, pero de pronto estoy dando rienda suelta a mis sentimientos y mis dedos bailan por la pantalla. Antes de que pueda pensar en las consecuencias cierro los ojos. Estoy tan cansada...

## 6. Dr. Amor

Me levanto con una jaqueca monumental. Como si tuviera una batidora dentro de la cabeza. Tengo la boca seca y muchas ganas de vomitar. Consigo llegar al cuarto de baño a trompicones. Uf, es la última vez que bebo. Me lavo la cara con agua fría y luego me seco con una toalla. Repaso los acontecimientos de la otra noche y me siento fatal. Hasta que caigo en la cuenta de algo y suelto un grito de terror.

¡No, no, no! ¡No puede ser! Habrá sido una pesadilla. ¿O fue real?

Voy corriendo a mi habitación y me pongo a buscar mi móvil como una loca. Me desespero cuando no lo encuentro por ninguna parte. Creo que antes de quedarme dormida le envié un sms a Max. Ni siquiera recuerdo lo que le dije, pero tuvo que ser bastante fuerte teniendo en cuenta mi estado de embriaguez. ¡La culpa la tiene el vodka!

—Gucci, ¡busca el móvil! —le ordeno al perro.

¿Y si lo he soñado? Una vez me desperté llorando porque soñé que en la peluquería me destrozaban el pelo y acababa teñida de rubia oxigenada. Por favor, que solo sea una pesadilla. Gucci deja caer algo a mis pies. Estoy a punto de decirle que no tengo tiempo para jugar hasta que veo que me ha traído el móvil. Podría llevarlo a un concurso de talentos perrunos.

—¡Buen trabajo, bebé!

Respiro profundamente antes de abrir Whatsapp. Tengo tropecientos mensajes de grupos sin leer, dos de mi abuela, que de repente se ha convertido en una adicta al móvil, uno de Ana, seis de mi madre, dos de mi peluquera... voy deslizándome hacia abajo con el corazón en vilo. Hasta que lo veo.

Max.

Le envié un mensaje a Max. A las 3.47 de la madrugada.

Tiro el móvil encima de la cama como si fuese un arma nuclear. Ni siquiera me atrevo a leerlo. ¿Qué le habré escrito? Doy vueltas por la habitación. Abro el cajón de los pintauñas y escojo el rojo cereza. Cuando estoy nerviosa me da por pintarme las uñas. Así tendré tiempo de hacerme a la idea del contenido de ese mensaje mientras se seca la laca de uñas.

Diez minutos después y con las uñas pintadas, me atrevo a acercarme al móvil. El corazón se me va a salir del pecho. Me tumbo boca arriba y lo sujeto con manos temblorosas. Allá vamos. Gucci araña la colcha para que lo

suba conmigo. Se acurruca encima de mi pecho y mira la pantalla del teléfono como si supiera leer. Recuerdo que en la agenda de Tessa había dos números: Max y Max#. Yo envié un mensaje al primero que me salió, que era Max. ¿Se lo habré enviado a su nuevo número? Supongo que estoy a punto de descubrirlo...

No es uno, sino tres mensajes.

**Yo:** *Hola, Maximiliano. El Gran Max (con ironía).*

**Yo:** *Puede que engañes a todo el mundo, pero yo te tengo muy calado. ¡Mucho! Eres un camarada de lo más insoportable. Un cretino que se cree mejor que nadie y al que le encanta dejarme en evidencia ¡Enhorabuena, ha vuelto usted a ser el mejor en algo! ¿Y sabes qué? Me da igual. Reconozco que una parte de mí se muere por tus huesos. ¡Sorpresa! Otra quiere estrangularte (la mayor parte del tiempo). ¡Eres tan tan insoportable! Aburrido, soso y predecible. Pero... si no estuvieses tan bueno... Vaaaaale, lo reconozco. Puede que tu parte exterior me guste un poquito. Un poquito demasiado. Ya sabes, no estoy ciega. Tienes unos ojos preciosos y una sonrisa que me encanta. Tu boca me vuelve loca. Tú me vuelves loca...*

**Yo:** *PD: Soy Tana ??*

—¡Aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaah! —chilló aterrorizada.

¡Esto no me puede estar pasando! Me muero de la vergüenza. Me quiero morir. ¿Cómo se puede ser tan patética? Ojalá hubiese una máquina del tiempo para dar marcha atrás y decirle a mi yo del pasado que no escribiese ese mensaje. Le he dicho que me muero por sus huesos, ¡a Max! Qué me vuelve loca... ¡loca!

*Tienes unos ojos preciosos y una sonrisa que me encanta.*

Tengo ganas de vomitar (otra vez). Me puedo imaginar la cara que habrá puesto cuando lo ha leído. Porque lo ha leído. Dos rayitas azules me lo confirman. Habrá sonreído de medio lado. Habrá pensado que me tiene a sus pies. Habrá disfrutado de lo lindo con mi patética declaración de amor.

Me tapo la cara con un cojín y vuelvo a gritar. Necesito arreglar la situación, pero sé que nada de lo que escriba va a solucionarlo. Ese mensaje se quedará en el teléfono de Max para el fin de los días. Lo leerá cada vez que le apetezca y recordará lo tonta que soy.

¡Ni siquiera es verdad! Nada de lo que he dicho. En el mensaje parezco una psicópata enamorada, pero nada más lejos de la realidad. No soporto a

Max. Y ahora él creará lo contrario. Para colmo ni me ha contestado. ¡Qué desfachatez por su parte! Podría decir algo... lo que fuera. Algo que no me tuviera en vilo y me obligara a montar hipótesis sobre su posible reacción.

Me armo de valor y escribo otro mensaje. Paso casi una hora buscando las palabras adecuadas. Qué desastre. Pulso enviar.

*Yo: ¿no te lo habrás tomado en serio?*

*Yo: ja, ja, ja.*

*Yo: ¡era una broma! Le pedí a mi hermana tu número y decidí trolearte. Ya sé que no tienes sentido del humor ja, ja, ja.*

Patético. Ni yo me lo creo. ¿Cabe la posibilidad de que Max se trague esta mentira? Rotundamente no.

El teléfono está a punto de caérseme de las manos cuando leo el **escribiendo** de la pantalla. ¡Me está respondiendo! Clavo los ojos en la pantalla con ansiedad. Tengo ganas de traspasar el móvil y gritarle que pulse enviar de una maldita vez.

*Max: es la declaración de amor más horrorosa de la historia.*

Me quedo en estado de shock. Dios mío. Oh, Dios mío. Cree que estoy enamorada de él. Me va a dar algo. No me atrevo a contestarle. Principalmente porque no sé qué decir. Estoy tan abochornada que quiero lanzar el móvil por la ventana. Hasta que él vuelve a la carga.

*Max: por cierto, ¿quién es El gran Max?*

*Max: ¿y quién eres tú?*

¿Qué? O sea, ¿qué? ¿Este no es Max? ¿Cabe la posibilidad de que le haya enviado el mensaje a un completo desconocido? Miro la imagen que tiene en su perfil. Es una anodina puesta de sol. Empiezo a albergar esperanza y voy directa hacia el otro contacto que me envié desde el móvil de Tessa. En efecto Max#, el otro contacto, aparece en el perfil de Whatsapp con una foto del verdadero Max. Una en la que sale guapísimo, obviamente. No sé si reírme o echarme a llorar. Me pongo de pie y comienzo a saltar en la cama. ¡Hoy es mi día de suerte! No me puedo creer lo que han cambiado las cosas en cuestión de unos minutos.

Ja, ja, ja. ¡Max no ha leído el mensaje! Yujuuuuuuuuuu. De haberlo hecho ya se estaría burlando de mí. Uf, qué alivio. Pero ¿quién será el desconocido propietario de su viejo número de teléfono? Vuelvo a sentarme y le envío un mensaje.

***Yo:** creo que me he equivocado de persona. Obviamente tú no eres Max.*

No tarda en responderme. El propietario del número de teléfono con la foto de perfil de una puesta de sol vuelve a la carga. Antes de responderle, decido cambiar el nombre del contacto para evitar futuros errores:

***Desconocido:** obviamente no lo soy.*

Pero eso ya lo sabía. ¿Le gusta jugar? Me muerdo el labio. De repente estoy muy intrigada. Ya sé que debería dejarlo estar. Bloquear a **Desconocido** y olvidarme del asunto. Si lo hiciera no sería yo.

***Yo:** es la primera vez que me alegro de haberme equivocado de número. ¿Cómo te llamas?*

***Desconocido:** ¿por qué te alegras? ¿No querías que Maximiliano, El Gran Max (con ironía) leyese tu mensaje?*

No es asunto tuyo. Para mi sorpresa, mis dedos vuelven a cobrar vida propia. Me lo tengo que hacer mirar.

***Yo:** no.*

***Desconocido:** ¿por qué no?*

***Yo:** porque no. Oye, ha sido un placer hablar contigo. Pero como no nos conocemos y esto empieza a darme mal rollo, me despido de ti. Qué te vaya bien, desconocido ??*

Estoy a punto de bloquearlo cuando me envía otro mensaje.

***Desconocido:** no me extraña que no quisieras que lo leyese. Como ya te he dicho, es la declaración de amor más horrorosa de la historia.*

No debería contestarle. ¿Qué más me da lo que piense de mí?

*Yo: no era una declaración de amor. Bebí un par de copas de más y se me fue la pinza.*

*Desconocido: dicen por ahí que los borrachos siempre dicen la verdad.*

Debería dejarlo estar, pero soy incapaz.

*Yo: pues yo la dije a medias. No era una declaración de amor porque no estoy enamorada. La atracción física no tiene nada que ver con el amor.*

*Desconocido: te equivocas. Tiene mucho que ver.*

*Desconocido: veo que estás muy confundida. Al parecer El gran Max te trae de cabeza, ¿o me equivoco?*

Entorno los ojos. Pero bueno, ¿esto qué es? ¿Un interrogatorio?

*Yo: ¡qué sabrás tú! ¿Qué eres? ¿Psicólogo?*

*Desconocido: mucho mejor. Coach emocional y terapeuta de parejas.*

*Yo: pues vale. Pero no das ni una. ¡Chao!*

*Desconocido: me llaman Dr. Amor.*

Dr. Amor. Me entran ganas de reírme por el mote. Esta conversación es absurda. Lo sé. Debería bloquear a este tío tan raro ¿o puede que sea una mujer? No, seguro que es un hombre. De lo contrario se haría llamar Dra. Amor.

*Yo: ¿Dr. Amor? ¿Por qué te llaman así?*

*Desconocido: porque mi trabajo consiste en solucionar la vida amorosa de las personas. Como ya te he dicho, soy terapeuta de parejas.*

*Yo: estoy soltera. Supongo que eso me deja fuera de tu juego, Dr. Listillo.*

Sonrí de lado. El propietario de la foto con la puesta de sol tarda en responder. Ja, lo he dejado sin saber qué decir. En fin, fue divertido mientras duró.

*Desconocido: en absoluto. Entre mis clientes también se encuentran*

*solteros que buscan el amor. Les doy consejos sobre cómo encauzar su precaria vida sentimental.*

**Yo:** *mas que precaria, la mía es inexistente. Por elección propia, ojo ??*

**Desconocido:** *¿segura? Yo diría que ese tal Max te tiene... loca.*

Loca. Suelto un bufido. Eso es justo lo que escribí en el mensaje. Siento la necesidad de justificarme aunque no lo conozca de nada.

**Yo:** *es un cenutrio de proporciones épicas. Sí, me tiene loca. Si lo conocieras me entenderías. Es insoportable, egocéntrico, soso, estirado... un dechado de virtudes, ja, ja, ja...*

**Desconocido:** *parece alguien complejo. Teniendo en cuenta que te tomaste la molestia de escribirle a las cuatro de la mañana...*

**Yo:** *el vodka. Y estaba muy cabreada con él. Sentí la necesidad de desquitarme, pero como había bebido es obvio que no sabía lo que decía.*

**Desconocido:** *¿por qué estabas cabreada con él?*

Vale, basta ya. ¿Qué hago contándole mi vida a un completo desconocido?

**Yo:** *oye, no te ofendas, pero esto empieza a parecerme surrealista. No le voy a contar mi vida a un tal Dr. Amor que acabo de conocer porque me he equivocado de número.*

**Desconocido:** *fuiste tú la que me escribiste de madrugada.*

**Yo:** *¡porque pensé que era el número de Max!*

**Desconocido:** *mi compañía telefónica me dio este número hace un par de días.*

**Yo:** *gracias por la aclaración. Qué tengas un buen día, Dr. Amor.*

**Desconocido:** *igualmente, Tana. Si quieres charlar aquí estoy. Pareces la clase de persona que está un poco perdida. Soy bueno dando consejos (es mi trabajo).*

La clase de persona que está un poco perdida, ¡qué sabrá él!



## 7. Mi primera clase de ruso

Me siento en el sofá con el portátil en el regazo. Allá vamos. Tengo exactamente cuarenta y cinco días para aprender ruso. Si el hombre llegó a la luna, no veo por qué no voy a poder yo dominar la lengua de Putin. No debe ser tan difícil, ¿no? Constancia, motivación y trabajo duro. Con las ganas que tengo de dejar a Max con dos palmos de narices sé que puedo conseguirlo.

He estado investigando por internet diferentes maneras de aprender un idioma. Me he descargado algunas aplicaciones para el móvil para empezar con lo básico. También he descubierto páginas donde puedes charlar por webcam con personas de diferentes partes del mundo. Así yo les enseño español y ellos a mí ruso. Venga, ¡está chupado! Seguro que en un mes y medio consigo insultar a Max en ruso mientras él me mira con cara de panoli, je, je, je.

Me froto las manos cuando encuentro a un interlocutor dispuesto a charlar conmigo. Saludo a la webcam y un hombre enorme con aspecto feroz me devuelve el saludo.

—Privet, menya zovut Sergey —me dice, con un acento tosco.

Me quedo mirando la pantalla como si me hablaran... pues eso, en ruso. No me he enterado de nada.

—¡Hola!

—¡Hola! —repite, y sacude la mano.

—Tana —le digo, golpeándome el pecho como Tarzán—. Me llamo Tana.

—Privet, Tana. Menya zovut Sergey.

Frunzo el ceño. Jolines, no entiendo ni papa.

—Ta- na —repito muy despacio—. Camarada, mi nombre es Ta- na.

—Sergey.

—¿Qué? —le grito, como si el pobre estuviera sordo.

—¡Sergey!

—¡Da! —digo, porque es lo único que sé decir en ruso—. ¿Te gusta la ensaladilla rusa?

Mi interlocutor me mira confundido.

—Tú... Tana.

—¡Da!

—Privet, Tana.

Me estoy empezando a agobiar. ¿Qué diantres me está diciendo? Ay, estoy es super difícil. Necesito un descanso. Quiero irme de compras. Estoy a punto de cerrar la pantalla cuando Nati resopla.

—¡Te está diciendo que se llama Sergei!

La miro alucinada.

—¿Hablas ruso? ¿Por qué no lo has dicho antes?

Nati me mira como si estuviese loca.

—No hablo ruso, pero me estás poniendo de los nervios. Supongo que *privet* significa *hola*. Y *Sergei* es su nombre.

Se me ilumina la expresión. ¡Conque era eso!

—Aah... —devuelvo la atención a la pantalla y saludo a mi interlocutor—. Privet, Sergei.

—Privet, Tana —me sonrío con educación. Pobrecillo, qué paciencia está teniendo conmigo—. Ty ochen' krasivaia

—¿Qué? Camarada, no entiendo nada. ¡Viva la ensaladilla rusa!

Sergei me mira confundido. Como sigamos así no vamos a pasar del hola.

—Tana... tú... krasivaia.

Me muerdo el labio. Él dibuja un corazón con los dedos. Vaya por Dios, ¿está ligando conmigo? ¡No tengo tiempo para esto! ¡Necesito aprender ruso! Si quisiera ligar con un ruso me habría apuntado a una página de citas, pero no es el caso.

—Uhm... —se queda un rato pensativo, hasta que dice—: guapa.

—*Krasivaia* es guapa —me explica Nati.

Jolines, siento la tentación de pedirle que se ponga a hablar ella con Sergei. Lo mío no son los idiomas.

—¡Gracias, Sergei! —le enseño un pulgar y él sonrío—. Tú también eres...

Guapo no es, pobrecillo. Tiene las paletas separadas y la nariz un poco torcida.

—¡Eres majo! —le enseño los dos pulgares.

—Majo —repite.

—Majo is... nice.

—Majo —vuelve a decir, y parece que le ha gustado—. Gde vy zhivete?

Ya empezamos.

—What?

—No le grites —me pide Nati, cada vez más exasperada.

—Kiev —dice Sergei—. Ya zhivu v Kiyeve

¡Ahora sí que lo he entendido!

—Cádiz —respondo ilusionada—. Yo vivo en Cádiz, y tú vives en Kiev.

—Da!

Yujuuuuuuuuu. ¡Sé hablar ruso!

—¿Tú tener novio?

—Sergei, no te columpies —me empiezo a reír. Menudo elemento. Luego sacudo la cabeza—. Estoy soltera, pero estamos aquí para aprender otro idioma.

Me pongo seria para que le quede claro, y él también se ríe.

—Soltera en ruso... devushka

—Privet, Menya zovut Tana. Devushka.

Sergei aplaude mi iniciativa. Acabo de decirle: *Hola, me llamo Tana. Soltera.* ¡Soy una máquina!

—Impresionante —dice con sequedad Nati.

Le doy un codazo.

—Voy a mi ritmo —me defiendo, y no dejo que su desconfianza merme mi autoestima. Por primera vez sospecho que tengo posibilidades.

Sergei vuelve a la carga. No tengo ni idea de lo que acaba de decirme. Estoy a punto de gritarle que hable más despacio, pero entonces me llaman por teléfono. No voy a cogerlo porque quiero centrarme en mis progresos con el ruso, pero entonces observo el nombre que hay en la pantalla: Max#. Es su número nuevo. O sea, el de verdad. Le enseño a Sergei el móvil para que entienda que tengo que cogerlo, y él asiente y me dice algo en ruso. A saber lo que me ha dicho.

—Hola, Maximiliano —le digo para fastidiarlo.

—¿Cómo sabías que era yo? —responde, con un deje de irritación. No le gusta que lo llamen Maximiliano.

Uy. No debe saber que tengo su número. Se me había olvidado.

—Porque tengo poderes sobrenaturales. Hace un día estupendo y solo tú podías interrumpir mi agradable conversación por Skype con mi amigo ruso. Se llama Sergei, ¿quieres saludarlo? Ay... olvidaba que tú no tienes ni idea de ruso...

Nati me escucha y pone los ojos en blanco. Matt resopla al otro lado. Estoy convencida de que lo mortifica que hable por Skype con mi amigo Sergei. No soporta que sea mejor que él en algo.

—Hablo inglés, francés y chino. El ruso está sobrevalorado —responde

con chulería—. ¿Podrías utilizar tus poderes sobrenaturales para venir mañana a trabajar? No querría estropear tus planes de ir de tiendas o a la peluquería. Cómo tienes una vida tan ocupada...

Aprieto el teléfono con todas mis fuerzas. *Privet, Menya zovut Max. Soy políglota y un estirado de mucho cuidado.* Bah.

—Envíame la ubicación por Whatsapp. Podrías haberme avisado con un poco más de tiempo —me quejo.

Qué rabia me da. Mañana iba a ir a la peluquería a que me hicieran un tratamiento de hidratación. Tengo el pelo fatal. Me fastidia tanto ser tan predecible...

—Iba a hacerlo, pero luego recordé que no quieres tratos de favor. Soy un hombre de palabra. No me des las gracias.

Aprieto la boca. Es lo peor.

—En realidad no quiero tratos de ningún tipo contigo. Pero soy tan magnánima que he aceptado tu trabajo con tal de hacerte un favor. Me llovían las ofertas.

—Seguro que sí. Con un currículum como el tuyo eres un partidazo para cualquier empresa —su voz rezuma sarcasmo.

Si lo tuviera delante le tiraría el móvil a la cara. Cretino.

—Me encantaría seguir charlando contigo, pero Sergei es un hombre tan interesante que no veo el momento de colgarte y volver a enfrascarme en la lengua de Tolstoi. El ruso es un idioma apasionante.

Me cuelga él. Engreído.

Nati me contempla de una manera extraña.

—¿Qué?

—Nada...

Va hacia la cocina y la veo sonreír. Me da igual lo que piense. Estoy demasiado ocupada con mi pequeño problemilla con el ruso. Devuelvo mi atención a Sergei y me froto las manos. Cuanto más hable con él menos pensaré en Max y en el hecho de que mañana voy a volver a verlo.

## 8. Máxima

Me miro en el espejo por enésima vez. Me he cambiado de ropa ocho veces hasta dar con el modelito adecuado. El suelo de mi habitación es como un Primark a las seis de la tarde de un sábado de rebajas. Doy una vuelta y le lanzo un beso a mi reflejo. Llevo una americana rosa nude, unos pitillos negros y una blusa blanca que se anuda con un lazo al cuello. Mis Louboutin hacen juego con mi bolso. ¡Voy ideal! Si en los trabajos valoraran la imagen de sus empleados sacaría un sobresaliente.

No quiero parecer pretenciosa, pero no estoy nada mal. Detesto la falsa modestia, y para qué mentir, soy una chica bastante mona. Mi mayor atractivo son mis ojos azules, y llevo un corte de pelo estilo bob que me favorece muchísimo. Mi pelo negro por encima de la barbilla y mi tez pálida se complementan con el tono rojo con el que me he pintado los labios.

Ligo con facilidad, pero mi problema es que soy, como ya dije, una sms: soltera muy selectiva. ¡Qué se le va a hacer! No quiero decir que en el mundo no haya buenos partidos, pero es una verdad mundialmente conocida que todos están cogidos. Los guapos, inteligentes y divertidos o tienen pareja o son gais. En fin, qué se le va a hacer.

Meto a Gucci dentro del bolso y salgo de casa con la intención de impresionar a todos en mi primer día. No tengo ni idea de en qué consistirá mi empleo, pero seguro que trabajar en una empresa de publicidad es apasionante. Ya me veo a mí misma inventándome el eslogan de una marca de ropa o siendo la guionista de un anuncio de publicidad.

Paso por delante de un escaparate repleto de bolsos monísimos de la muerte. Se me van los ojos a una cartera azul índigo que quedaría genial con los zapatos que vi el otro día en la tienda de la esquina. Hago un gran esfuerzo para girar la cabeza y seguir mi camino. No puedo comprar nada, ¡qué horrible es ser pobre!

La empresa de Max está donde Cenicienta perdió su zapato. Tengo que coger dos autobuses, y consigo cruzar la puerta antes de que sean las nueve de la mañana. Menos mal. Seguro que Max estaba deseando que llegara tarde para echarme la bronca.

Me acerco a recepción, donde una chica rubia está mascando chicle mientras contempla la pantalla del ordenador con cara de aburrimiento. Lleva unos cascos rosas y unas gafas de pasta moradas que no le hacen justicia. La

oficina es un lugar bastante soso. Qué decepción. Tonos blancos y grises, pocos muebles y algún que otro cuadro. Todo muy estilo nórdico.

—Buenos días, Patricia —leo el cartelito que hay sobre la mesa—. Soy Tana, supongo que me estarán esperando.

Me observa de arriba a abajo con curiosidad. Sé lo que está pensando: no encajo en este lugar. Acabo de ver pasar a un rastafari con bermudas. Bermudas para trabajar. Qué horror. Puede que Max me haya contratado para ser la asesora de estilo de sus empleados. Viendo el panorama tiene mucho sentido.

—¿Quién? —pregunta confundida—. Disculpe, no estamos esperando a ninguna Tana. ¿Viene a vendernos algo? Porque si es así...

¿Tengo pinta de vendedora? Arrugo la frente.

—Aitana Guzmán —vuelvo a presentarme, a sabiendas de que Max les ha dado mi nombre completo.

A ella se le ilumina la expresión.

—Ah, así que eres tú. Max ya te está esperando en su despacho. La última puerta a la derecha. Encantada de conocerte, yo soy Patricia.

—Puedes llamarme Tana —le explico, y añado con una sonrisa—: todo el mundo me llama así.

—Genial, Tana. Si necesitas cualquier cosa, aquí estoy.

Me despido de ella y camino decidida hacia el despacho de Max. Me detengo delante de un cuadro enorme que ocupa casi toda la pared del vestíbulo:

Máxima  
Agencia de publicidad.

*Máxima.* Lo leo y me entra la risa floja. Muy propio de Max. Menudo egocéntrico, hasta su nombre está en la empresa.

Sigo mi camino y me encuentro con un mueble lleno de fotografías y diplomas. La gran mayoría son de Max. Cómo no. El pobre no soportaría no ser el centro de atención ni en su propia empresa. Una foto grupal me muestra a todos los empleados. No es una empresa muy grande. En total son siete personas contando a Max. Hay una placa de metal en la que aparece escrito: Maximiliano Ortiz & Malena Ramírez, equipo directivo. Ah, conque de ahí nace el nombre. MAXimiliano y MALena. Pongo los ojos en blanco. No sabía que Max tuviese una socia.

—Max y Malena, qué originales —le digo con retintín al perro, que es el único que puede escucharme—. Para ser una empresa de publicidad el nombre es una caca.

—Ese es el espíritu crítico que necesitamos —dice una voz fría a mi espalda—. Ahora solo te falta la parte creativa. ¿O nada más que estás aquí por tu dominio del ruso y tu amistad con Max?

Oh, oh. Jolines, acaban de pillarme despotricando de la empresa. Y llevo aquí... dos minutos. A eso lo llamo yo empezar con buen pie. Me doy la vuelta para encontrarme con una mujer impresionante. Una pelirroja muy atractiva que me mira con cara de pocos amigos. No hay que ser muy inteligente para saber que es Malena, la socia de Max.

Genial.

—Tú debes de ser Aitana.

Me dedicada una mirada despectiva.

—Tana —le ofrezco la mano, pero ella no la acepta. La retiro avergonzada y pongo cara de circunstancia—. Todos me llaman Tana.

—Cómo te llames —me espeta, como si mi nombre le trajese sin cuidado—. Quiero una coca cola light, el periódico del día, chicles de menta y que canceles mi cita con el médico. Si tienes tiempo para criticar el nombre de la empresa, seguro que puedes conseguir lo que te pido en menos de diez minutos.

Antes de que pueda decir algo, Malena se da la vuelta y me deja con la palabra en la boca. Me quedo tan desconcertada que parpadeo un par de veces antes de ponerme en marcha. Entonces voy directa al despacho de Max.

Cuando abro la puerta lo veo sentado delante de su escritorio. Contempla ensimismado la pantalla del ordenador mientras escribe algo en una libreta. Lleva las mangas de la camisa remangadas y los primeros botones del cuello desabrochados. Me muerdo el labio. Si no fuese tan atractivo...

—Se llama antes de entrar.

Acaba de pillarme mirándolo. Levanto la vista hacia sus ojos.

—Buenos días.

—Llegas tarde.

—No es cierto. Cuando he cruzado la puerta de la oficina eran las nueve menos tres minutos —me defiendo irritada.

Ni siquiera me ha saludo. Qué típico de él. Tampoco sé por qué me

molesta a estas alturas.

—Cuando has entrado en mi despacho sin llamar eran las nueve y cinco. Por tanto, llegas tarde. Primera falta del día —me dice, con un deje de chulería que me saca de mis casillas.

Lo sabía. Me ha contratado para seguir metiéndose conmigo. Le encanta llevarme la delantera, pero no pienso ponérselo fácil.

—Lo que tú digas, Maximiliano.

—Señor Ortiz —me corrige, y me guiña un ojo—. Dijiste que no querías que tuviera favoritismos contigo. Aquí todos me llaman así.

Se me desencaja la expresión. ¿En serio? Se está pasando. En sus ojos hay un brillo perverso y divertido. Estoy a punto de gritarle que se meta el trabajo por donde le quepa, pero entonces le iría a mi padre con el cuento de que soy una blandengue.

—Señor Maximiliano Ortiz —digo, con tal de devolvérsela. Él aprieta la mandíbula—. Aún no me ha explicado en qué consiste mi trabajo ni dónde está mi despacho. Por cierto, una mujer muy agradable acaba de pedirme una coca cola y trocientas cosas más. ¿Me lo aclara?

Me mira a los ojos y me estremezco. Pasan tres segundos. Le aguanto la mirada. Repasa mi rostro con una intimidad que roza la mala educación. Hay tanta arrogancia en su expresión que quiero estrangularlo. Entonces se ríe. Una risa profunda y ronca que me deja totalmente desconcertada.

—Tu despacho... —repite, y vuelve a reírse. Me siento ridícula. Sacude la cabeza y me sonrío. Me está vacilando—. No tienes despacho. ¿En qué te creías que consistiría tu trabajo? Te dije que necesitábamos una ayudante. Será mejor que le lleves a Malena todo lo que te ha pedido antes de que se ponga hecha una furia. La paciencia no es lo suyo.

Me siento como una idiota. Así que me ha contratado para eso; servir cafés y hacer fotocopias. Obviamente cree que no sirvo para otra cosa. Y tampoco puedo culparlo, ¿acaso tengo formación? Pero... una parte de mí se siente decepcionada y ninguneada.

—Aitana —me llama, justo cuando me estoy dando la vuelta.

—Tana —le digo entre dientes. No soporto que me llame así. Desde los cuatro años todo el mundo me llama Tana. Y él lo sabe.

—¿Eso que llevas en el bolso es tu rata?

—Se llama Gucci.

—¿Te has traído a tu perro al trabajo? —hay un deje de incredulidad en su voz.

Ah, ¡conque ahora es un perro!

—Sí. Es muy bueno —no pienso contarle que hace poco atacó a Cruella. Tampoco hace falta entrar en detalles—. No molesta. Se duerme dentro del bolso.

—¿En qué estabas pensando? Este no es lugar para una mascota.

—Está acostumbrado a estar conmigo. Si me hubieras explicado en qué consistía mi trabajo, habría sabido que no tengo un sitio donde dejarlo —le digo, dándole la vuelta a la tortilla. Él me mira alucinado, pero yo continúo —: pensé que este era un ambiente de trabajo más cosmopolita. Ya sabes, como Google con su gimnasio y sus mesas de billar. Qué decepción. Numerosos estudios demuestran que ir al trabajo acompañado de tu mascota aumenta la productividad de los trabajadores. Amazon y Google cuentan con un código de conducta *pet friendly*. No lo digo yo, son las estadísticas. Pensé que eras más moderno, Señor Maximiliano. Como has estudiado tanto... qué decepción...

Me contempla a caballo entre la incredulidad y el estupor más absoluto. Me cruzo de brazos y elevo la barbilla con ademán orgulloso. Porque cuando llevo razón, llevo razón...

—Déjalo aquí. Solo por hoy —concede de mala gana—. Pero ni se te ocurra traerlo mañana. Esto no es un veterinario.

Sostengo el bolso con indecisión. No puedo dejar a Gucci con semejante monstruo. Pobre perro.

—Oh, venga ya —estalla exasperado—. Deja el bolso sobre el sillón y ponte a trabajar. Ni que me lo fuera a comer.

De mala gana, coloco el bolso sobre un sofá de dos plazas que hay pegado a la pared. El perro ni siquiera se inmuta, pues sigue dormido. Estoy a punto de marcharme para satisfacer las exigencias de Malena cuando me dice:

—Quiero un café con leche. Utiliza tus poderes sobrenaturales si es necesario.

Aprieto los dientes. Cretino...

\*\*\*

La coca cola es lo más fácil de encontrar, porque hay un pequeño comedor con una neverita repleta de bebidas, un microondas y un fregadero. Lo de los chicles de menta y el periódico del día es más difícil, pues la empresa se encuentra en un polígono industrial con pocos comercios

alrededor. Tengo que andar casi un kilómetro y medio para llegar hasta una tienda en la que consigo los puñeteros chicles de menta y regateo con el dependiente para que me venda su periódico.

Cuando empujo la puerta del despacho de Malena, ella ni siquiera levanta la vista. Tiene el escritorio repleto de papeles y un rotulador rojo en la mano izquierda con el que va tachando palabras.

—Veinticinco minutos para traer una coca cola —se queja sin mirarme—. Has batido el récord de mi último asistente.

No tengo la culpa de que la oficina esté alejada de la mano de Dios. Y no solo era una coca cola. Pero no digo nada. No hemos empezado con buen pie y pretendo ganármela.

—Quería chicles sin azúcar.

—Pues haberlo especificado —no consigo mantener la boca cerrada.

Me lanza una mirada inexpresiva.

—¿Has cancelado mi cita con el médico? Cámbiala para la semana que viene.

—Eso quería preguntarle. ¿Dónde está su agenda?

Se quita las gafas y me mira como si fuese una completa idiota. Reconozco que esta mujer intimida un pelín.

—¡De esas cosas se encarga Patricia! —grita exasperada—. Se suponía que Max te contrataba para quitarnos trabajo, no para producirnos problemas. Si no fueses su amiga...

Contengo la tentación de decirle que yo no soy amiga de Max. Si lo fuera no tendría que soportarla. En vez de Malena debería llamarse Maléfica. Sonrío para mis adentros.

—¿De qué te ríes? —pregunta irritada—. ¿Te parece gracioso que tenga que pasar el resto del día sin mis chicles? Es lo único que me quita el estrés...

Cuando salgo de su despacho llego a la conclusión de que Max y Malena son tal para cual. Es obvio que Max se ha asociado con alguien tan desagradable como él. La tal Maléfica es una impresentable, pero no pienso dejarme intimidar. Me acuerdo de que tengo que llevarle el café a Max y me detengo en el comedor. Recuerdo que él siempre bebe descafeinado de sobre con dos cucharadas de azúcar.

Lo encuentro en la misma postura en la que lo dejé antes. Codos apoyados sobre el escritorio, ceño fruncido y una hilera de vello rubio asomando por los primeros botones abiertos de su camisa. No estoy acostumbrada a verlo sin su habitual aspecto impoluto, y un ramalazo de

placer me recorre la columna vertebral.

—Su café, Señor Maximiliano Ortiz —le digo con retintín.

—Llámame solo Señor Ortiz —me ordena de malhumor.

Sé de sobra que no soporta su nombre. Y obviamente lo llamo así para molestarlo.

—Llámame solo Tana —le guiño un ojo.

Pone esa cara de chulería que tanto detesto.

—Aitana, acércame el café. Me levantaría, pero tu rata ha decidido que mis pies son su nueva cama.

No entiendo a qué se refiere, hasta que me acerco a su escritorio y doy un rodeo. Gucci está roncando plácidamente sobre los zapatos de Max. ¡Menudo traidor! Tengo que adiestrarlo para que reconozca a los enemigos.

—A lo mejor te contagia parte de su encanto

—¿No te resulto naturalmente encantador? —me provoca.

Me he inclinado sobre su escritorio para dejarle el café, así que sus labios me hacen cosquillas en el cuello cuando habla. Doy un respingo y me agarro al escritorio. Me aparto como si tenerlo cerca fuese lo más repugnante del mundo.

—Me resultas naturalmente engreído —le espeto sobresaltada.

Como se me acerque de nuevo le grapo las manos al escritorio. No pienso permitir que esa boca tan suave vuelva a acariciarme el cuello. Eso es jugar sucio.

—La mayoría de mujeres que conozco me encuentran irresistible.

—Debes conocer a muy pocas.

Se echa hacia atrás en la silla y sonrío. Tiene una sonrisa de canalla que solo lo hace más atractivo.

—A tu perro le gusto —dice, encantado de la vida.

—Le gusta todo el mundo. Es muy sociable.

Lanzo una mirada acusadora a Gucci, que suelta un suspiro de placer, como si estar acostado encima de los pies de Max fuese lo más agradable del mundo.

—Quería un descafeinado de sobre con...

—... dos cucharadas de azúcar —concluyo, y enarco una ceja en plan chula. Ya sé que va a buscar cualquier excusa para ponerme una falta, pero no se lo pienso poner fácil. Se va a tragar todas las críticas que lleva haciéndome desde que nos conocemos—. ¿Algo más, Señor Maximiliano Ortiz?

Me mira impresionado y frunce el ceño.

—¿Cómo sabías como bebo el café?

Resoplo.

—Lo llevas bebiendo así toda la vida. Olvidas que nos conocemos desde niños, Señor Predecible.

—No lo olvido —la manera en la que lo dice oculta algo más—. Es increíble que te acuerdes de cómo me gusta el café.

Aparto la mirada. De repente me siento muy incómoda.

—Si no se te ofrece nada más...

—Dentro de dos horas tenemos una reunión muy importante con un posible cliente. Nos acaba de fallar el catering. ¿Puedes encargarte tú? Seremos nueve personas.

—¿Para dentro de dos horas?

¿Cómo pretende que encuentre un catering con tan poco tiempo?

—Haz lo que puedas —dice, restándole importancia—. Ya sé que te estoy pidiendo demasiado.

Así que cree que no soy capaz. Típico de él, infravalorarme a la menor oportunidad. Pues se va a enterar. Tendrá su catering. Ya veré cómo lo consigo.

—Me pongo a ello —camino decidida hacia la puerta.

—Aitana, no prometas nada que no puedes cumplir —me advierte.

—Ya veremos.

—¿Qué tal está tu amigo Sergei? —me pregunta antes de que me vaya. Hay una sutil ironía en su voz que me saca de mis casillas—. ¿Tienes muy oxidado el ruso? Porque dentro de un mes y medio tienes que hacer de traductora...

Sé que intenta asustarme, pero no lo va a conseguir. Finjo que tengo la situación completamente controlada y respondo:

—Mi ruso está perfectamente, al igual que mi amigo Sergei.

Salgo de allí echando chispas. Jolines, no sé dónde voy a encontrar un catering para dentro de dos horas. Max tenía razón, ¿para qué prometo algo que no puedo cumplir? Pero tenía demasiadas ganas de dejarlo boquiabierto. Me pongo a buscar en Google Maps restaurantes cercanos, hasta que recuerdo que mi propia hermana regenta una cafetería. ¡Cómo no he caído antes! Marco el número de Tessa y cruzo los dedos.

—Hermanita, necesito que me hagas un favor. Me lo debes después de haberme despedido —comienzo, para que se sienta muy culpable.

La oigo suspirar.

—¿Y ahora qué te pasa?

—Hay una reunión super importante dentro de dos horas en la empresa, y necesito organizar un catering para nueve personas. Por fa, échame una mano.

—¿Dentro de dos horas? ¡Imposible! Estoy hasta arriba de trabajo y no puedo...

—¡Por tu culpa me vi obligada a aceptar este empleo! —le recrimino, y adopto mi mejor voz lastimera—. ¿Quieres que Max piense que soy una completa inútil? Estoy intentando ser creativa y no se me ha ocurrido otra manera de salir airosa de esta situación.

—¿Solo son nueve personas?

—Sí.

—Uhm... —está un buen rato pensando, hasta que al final dice—: de acuerdo, pero tendrás que venir a recoger el pedido. No puedo dejar a Nati sola.

—¡Hecho!

Cuelgo el teléfono y suelto un gritito de satisfacción. Prueba superada. Ahora solo tengo que resolver un pequeño problema: no tengo coche. E ir y venir en autobús me llevaría demasiado tiempo. Me acerco hacia Patricia con la intención de averiguar si tienen coche de empresa, pero ella dice que no. Ahora solo me queda una opción que no me gusta en absoluto, pero necesito arriesgarme. Esta vez sí llamo a la puerta de Max.

—¿No te ibas a poner con lo del catering? —me suelta irritado.

Menudo desagradecido.

—Ya lo tengo resuelto.

Me mira impresionado.

—¿En serio?

—Sí. Soy una mujer con contactos, Señor Maximiliano.

—Patricia te puede dar la tarjeta de la empresa para pagar el pedido, si es lo que venías a preguntarme.

—No, no es eso. Es que... verás... —me retuerzo las manos con nerviosismo. Él me mira expectante—. Necesito tu coche para recoger el pedido. Como ha sido con tan poca antelación no pueden enviármelo, y esto está tan lejos que el horario del transporte público me viene fatal.

—No.

Una palabra. Me mira. Lo miro. ¡Cómo puede tener tanto morro! Acabo

de arreglar lo del catering. Será...

—¡Pero si solo serán diez minutos! —insisto indignada.

—Conduces fatal.

—Eso no es...

—Recuerdo aquella vez que te empeñaste en conducir el coche de tu padre para demostrarnos que habías aprobado el carné a la tercera porque el examinador te tenía manía. Todavía no me he recuperado del susto.

Me tiembla la barbilla. Es un hombre odioso. No me puedo creer que me esté recordando algo que sucedió hace dos años. Yo no tengo la culpa de que ese árbol se cruzara en mi camino.

—Tengo mucho trabajo. Si eso es todo lo que tenías que decirme... — me hace un gesto para que me vaya.

—Pero... el catering...

—Te lo dije, Aitana. No prometas nada que no puedes cumplir.

—¡Eso ya lo veremos! —respondo furiosa, y veo que hace un gran esfuerzo por contener una sonrisa—. ¡Y no me llames Aitana!

Cierro de un portazo. No me lo puedo creer. Pero voy a conseguirlo cueste lo que cueste. Mi mente trabaja a toda velocidad para buscar una solución. No puedo ir en autobús y Max no me deja el coche. ¿Y si pido un taxi? Voy corriendo hacia el mostrador de Patricia y le pido que me dé el número de un taxi. Cuando marco el número se reproduce un mensaje grabado: *sentimos comunicarle que estamos en huelga debido a la política gubernamental de redes de transporte público. Lamentamos los inconvenientes ocasionados.* Lo intento con alguna empresa de transporte, pero la oficina está tan lejos que me exigen reservar con dos horas de antelación. ¡Dos horas!

Se me cae el teléfono al suelo. ¡Jolines! ¿Nada me va a salir bien hoy?

—¿Te encuentras bien, cielo? —se preocupa Patricia.

Estoy a punto de decirle que no. Que me encuentro fatal y que Max es un idiota. Pero entonces lo veo. Un colgador de llaves. Se me ilumina la expresión. Mi angelito interior me dice: es un error, ni se te ocurra. Pero mi demonio interior grita: ¡adelante, hazlo! No tiene por qué enterarse...

—¿Esa es la llave del coche de Max?

Ella me mira extrañada.

—Sí, ¿por qué?

—Me ha dicho que si no encontraba un taxi podía utilizar su coche.

Ella no parece muy convencida, así que esbozo una expresión totalmente

tranquila. Las diez clases de teatro me van a servir para más de lo que yo creía. Cinco minutos después, estoy montada en el coche de Max y toqueteo todos los botones. Me siento como si fueran a meterme en la cárcel por robar un coche. Soy una de las protas de *Fast and furious*. Pero no voy a robarlo, lo estoy cogiendo prestado. Y en el fondo le estoy haciendo un favor. Además, no se va a enterar. Luego lo aparcaré en el mismo sitio. Lo tengo todo pensado.

Metó la llave en el contacto, pero el coche no arranca. Frunzo el ceño. Es un deportivo bastante moderno. A lo mejor es de esos coches que...

—¡Arranca!

No hace nada. Frunzo el ceño. Pulso un botón y se abre el techo. Está lloviendo y el interior del vehículo se empieza a empapar. Mierda. ¡Socorro! ¿A qué botón le he dado? Se me encrespa el pelo y el coche de Max empieza a parecerse al Titanic. Para cuando consigo encontrar el botón y cerrar el techo, el salpicadero y los asientos están completamente mojados.

Uy.

Vale, no pasa nada. Tengo tiempo de sobra para secar este estropicio. Si es que consigo arrancar el maldito coche de una vez. La culpa no la tengo yo. ¿Por qué Max no se podía comprar un coche normal y corriente? Descubro un botón justo al lado del contacto de la llave y lo pulso. El coche ruge.

—¡Yujuuuuuuuuu! —exclamo victoriosa.

Sé que si Max me viera ahora mismo montaría en cólera. Espero que no se le ocurra salir de la oficina. O que Patricia abra la boca. Enciendo la radio y subo el volumen. Madonna canta *Like a virgin* y yo le hago los coros:

— Like a virgin, ooh ooh...like a virgin... feels so good inside —canto, y piso el embrague. En cuanto suelto el acelerador el coche da una sacudida y se cala.

Uy.

Tampoco es culpa mía que haya perdido un poco de práctica. Si papá o Tessa me hubieran dejado el coche de vez en cuando...

Lo intento otra vez. Y otra. Y otra. A la quinta, consigo que el coche circule en primera y meto segunda. Aferro el volante con nerviosismo. Vamos, Tana, tú puedes. Quince kilómetros y llegarás a tu destino. La cara de Max cuando me vea llegar con la comida no tendrá precio.

Le estoy cogiendo el tranquillo. Me siento una Fernando Alonso de la vida. Qué exagerado es Max. Tampoco conduzco tan mal. Vaaale, quizá voy un pelín lenta. Pero ya conoces el dicho: precaución, amigo conductor.

Además, si mi abuelo pudo conducir hasta los ochenta y un años no veo por qué yo no.

Un todoterreno me pita tres veces antes de adelantarme por la izquierda. Un tipo calvo saca la cabeza por la ventanilla y me grita:

—¡Mujer tenías que ser! ¡Conduces como una abuela!

—¡Voy a mi ritmo, maleducado!

En serio, qué poco civismo. ¿Por qué todo el mundo va con tanta prisa? Con lo bonito que es disfrutar del paisaje y... pego un frenazo porque estoy a punto de saltarme un semáforo en rojo. Uy, por los pelos. Veinte minutos después, consigo llegar a la cafetería sin haber causado ningún accidente. No puedo evitarlo, me pongo a cotillear el coche de Max porque soy... pues eso, una cotilla.

Bajo el parasol y una pequeña fotografía se cae al suelo. La recojo con curiosidad y siento un pellizco en el corazón. Es una foto de Max y sus padres. Murieron en un accidente de tráfico cuando él tenía doce años. Max se quedó a cargo de su abuela, y mi padre se preocupó mucho por ser una especie de figura paterna. Cuando Max cumplió dieciocho años, papá le organizó una fiesta sorpresa. Creí que él estaba encantado de ser el centro de atención, pero horas más tarde lo descubrí llorando aferrado a una fotografía de sus padres. Yo tenía doce años y fue la primera vez que comprendí que Max no era tan fuerte como aparentaba.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté con suavidad.

Él se sobresaltó. Me estaba dando la espalda. Se limpió las lágrimas con el puño del jersey y se dio la vuelta con expresión furibunda. Pero sus ojos hinchados no podían engañarme.

—¿Qué quieres, Aitana? —me espetó con rabia.

—Saber si estás bien...

Me acerqué a él, que me lanzó una advertencia con la mirada para que me quedase donde estaba. No me dejé impresionar. Lo conocía lo suficiente para saber que acababa de pillarlo con la guardia baja y estaba avergonzado.

—No lo estás, pero no pasa nada por reconocerlo.

—¿Por qué no iba a estar bien? —replicó con amargura—. Ha sido una fiesta increíble.

—Porque echas de menos a tus padres.

Él me miró furioso. No sé qué se apoderó de mi yo de doce años cuando cortó la distancia que nos separaba y lo abrazó. Max se quedó completamente inmóvil. Me perdí en su olor. Él ya era todo un hombre comparado conmigo.

Me sorprendió que no me rechazara, así que apoyé la cabeza en su pecho e intenté rodearlo con mis brazos. Max me sujetó por los hombros y me miró confundido. Sus ojos se oscurecieron. Supongo que interpreté mal las señales, porque me puse de puntillas, cerré los ojos e intenté besarlo. Él me apartó con brusquedad.

—¿Qué demonios haces?

Me quedé tan impactada que no supe qué decir. Max se pasó las manos por el pelo y soltó una maldición. Parecía fuera de sí.

—¡Solo eres una niña! —me gritó furioso.

Mis ojos se llenaron de lágrimas. De repente me sentí patética y pequeña. Max me contempló agobiado e intentó acercarse a mí, pero yo retrocedí.

—Aitana, lo siento... pero...

—¡Te odio! —chillé, y me fui corriendo.

Desecho ese recuerdo porque todavía me duele. De eso hace más de siete años, y nunca volvimos a hablar de ello. Que él me rechazara sin contemplaciones fue un duro golpe para mi orgullo, así que transformé mi encaprichamiento adolescente en un profundo desprecio. Y así pasaron los años...

Vuelvo a guardar la foto donde la he encontrado. Luego abro la guantera y me encuentro con dos cajas de condones. ¡Ala! Vaya... así que Max siempre está preparado por lo que pueda pasar. Cierro la guantera y hago como si no lo hubiera visto, pero soy incapaz de no pensar en lo que él me dijo hace unas horas: *La mayoría de mujeres que conozco me encuentran irresistible*. ¿Tendrá éxito entre el sexo contrario? Menuda pregunta, pues claro que sí. Cualquiera mujer con ojos en la cara se sentiría atraída por él. Pero está soltero, ¿no? ¡Y a mí qué más me da! Cómo si me importara...

Bajo del coche y me encuentro a Tessa en la puerta de la cafetería. Contempla el coche como si fuera un fantasma, y luego me mira de manera acusadora.

—¡Hola! ¡Ya estoy aquí! ¿Sabes que eres la mejor hermana del mundo? Obviando el pequeño detalle de que me despediste hace unos días...

—¿Y ese coche?

—El coche de la empresa. ¿No querrías que viniera hasta aquí andando?

—Es el coche de Max.

Uy. A mi hermana no se le pasa ni una.

—Eh... sí, pues eso, el coche de la empresa. No hay otro.

—¿No se lo habrás cogido sin preguntar? —intuye preocupada.

Vuelvo a hacer uso de mis diez clases de teatro. De haber sabido que iba a mentir tanto hubiese estudiado arte dramático.

—Tessa, me ofende profundamente que me acuses de algo tan grave... —le digo con expresión torturada—. ¡Qué mi propia hermana me crea capaz de algo semejante! Primero me despides y luego me acusas de ladrona. ¡Te mereces el premio a la hermana del año!

—Ay... perdona... es que creí que Max nunca te dejaría el coche. Después de aquella vez que te chocaste con un árbol, juró que no volvería a montarse en un coche contigo.

—No se ha montado en un coche conmigo. Solo me lo ha prestado por el beneficio de su empresa. ¿Tienes el pedido?

Tessa me pide que la acompañe. Mi hermana es una excelente cocinera y se ha lucido. Le pedí que preparase tarta de zanahoria, la favorita de Max. No te creas que lo he hecho por él, sino porque quiero dejarlo impresionado. Así tendrá que decir: *Aitana, siento haberte infravalorado. Hoy me has salvado el culo. Te debo una.* Dios, cómo voy a disfrutar el momento. También hay cupcakes, aperitivos salados, sándwich y empanadas. Tessa me ayuda a cargarlo todo y me despido de ella porque tengo cuarenta minutos para llegar a la oficina y preparar la sala de reuniones.

—Soy la mejooooorr.... Máximilianooooo reconócelooooo.... — conduzco cantando.

Por primera vez en todo el día siento que las cosas empiezan a funcionar. Es evidente que voy a terminar mi jornada como una triunfadora. Acelero un poco porque estoy cansada de que me piten. Incluso me ha adelantado una octogenaria con una pegatina de El fary en el parachoques. Ya nada me puede salir mal. Hablaré ruso. Max se tendrá que tragar sus palabras. Todo va a salir bien. Run, run. Piso un poquito más el acelerador. Todo va a salir bien. Le estoy cogiendo el gustillo a esto de conducir. Para ser conductor de primera, acelera... acelera... Todo va a salir... Giro en una curva y me choco con algo.

Ay... Dios... mío...

¡No!

¿Qué ha pasado? ¡Socorro! Uf, creo que me he hecho daño en las cervicales.

Detengo el coche y me quedo completamente paralizada. ¿Le habré

hecho algo al coche? ¿Con qué me he chocado? Abro la puerta y me bajo. Por favor, qué no haya sido nada. Cruzo los dedos y rodeo el vehículo. Y ahí está, un arañazo en la puerta del copiloto. Un rayón negro sobre la pintura blanca. Me llevo las manos a la cara. Estoy hiperventilando. Max me va a matar. Le doy una patada al bolardo con el que me he chocado. Aúllo de dolor porque se la doy con mucha fuerza. Lo contemplo indignada. ¡Maldito poste de hierro! ¿A quién se le ocurre poner un pivote justo ahí?

No ha sido culpa mía. Vale, sí que lo ha sido. Si no hubiera cogido el coche de Max nada de esto habría sucedido. Pero era una emergencia. ¿No decía Maquiavelo: el fin justifica los medios? Y lo he hecho por un buen fin, eso es verdad. Solo quería llevar la comida a tiempo a la reunión. Me he sacrificado por el bien de la empresa. Deberían concederme la medalla al altruismo profesional.

Max me va a matar. Se va a poner hecho una furia. Me gritará que soy una niñata irresponsable. Me echará la bronca hasta desahogarse. A no ser... que no se lo cuente.

¿Y si no lo hago? Le he cogido el coche sin preguntar, no tiene por qué saber que he sido yo quien se lo ha arañado. De acuerdo, es muy vil por mi parte. Pero llegados a este punto...

¡Y lo hice por un bien común! Quería solucionar el problema del catering y puse todo de mi parte. No se puede decir que esta vez no me he empleado a fondo. Sí, me he esforzado. Me merezco que este pequeño accidente no sea tenido en cuenta. Pero conozco lo suficiente a Max para saber que no me va a perdonar. Cuanto más lo pienso más claro lo tengo. Soy la leche poniendo excusas.

El angelito que vive en mi conciencia sacude la cabeza: no lo hagas, Tana. Mentir está mal. Cuéntale la verdad y apechuga con las consecuencias. Le prometiste a Don Pedro, el cura que te dio la comunión, que ibas a dejar de mentir.

Uhm... han pasado ya unos años. ¿Eso no caduca?

El demonio (que suele ser el que se sale con la suya), le pega una colleja al ángel y le tapa la boca para que se calle: ¡hazlo! Si le cuentas la verdad a Max, tendrá la excusa perfecta para ponerte a parir delante de tu padre.

—Pero...

¡Hazlo, hazlo, hazlo!

Si insistes....

Me monto en el coche y conduzco hacia la oficina. Aparco en el mismo

sitio donde encontré el coche para que no sospeche. Para ablandar su corazón, cojo un trozo de papel y escribo: *Lo siento. Iba despistado y le he dado a tu coche. Me queda muy poco dinero para llegar a fin de mes. Espero que me entiendas. Qué Dios te lo pague ??* La carita feliz es para que sepa que ha sido sin querer.

## 9. El equipo

Después de dejar las llaves donde las encontré, me dedico a organizar la sala de la reunión. También hice un curso de decoradora (que dejé sin acabar porque tampoco era lo mío), así que utilizo todo lo que aprendí para que la sala sea lo más acogedora posible. Tiro a la basura una planta mustia, ordeno las estanterías y le quito el polvo a los muebles. Le pongo cartelitos a los alimentos para identificar los alérgenos e imprimo unas tarjetas super cuquis que encontré en internet. Estoy a punto de salir cuando Max entra sin avisar. Lo observa todo con mucho detenimiento y yo empiezo a ponerme cada vez más nerviosa. Seguro que me pone alguna falta.

—Vaya... parece otro sitio. Lograste solucionar lo del catering.

—Sí —respondo orgullosa.

Hay un conflicto de emociones en su expresión. Los dos sabemos que debería felicitarme por mi trabajo, pero es tan orgulloso que no puede admitir mi victoria. En lugar de hacerlo, se acerca hacia la tarta y la mira impresionado.

—Tarta de zanahoria, mi favorita.

—Lo sé.

Me mira de reojo. Parece confundido.

—¿Cómo sabías que...?

—Porque te conozco desde...

—Hace mucho tiempo —me corta, con una sonrisa enigmática—. Lo sé.

Se acerca a mí. No me gusta que lo haga. Deberíamos mantener las distancias. Por eso de ser jefe- empleada. Y casi familia. Ahora sus ojos verdes me miran con amabilidad, algo completamente impropio viniendo de él. Le mantengo la mirada y no sé qué hacer. Estoy acostumbrada a pelear con él, y lo que quiera que estamos haciendo ahora... me desconcierta.

—La tuya es la de manzana.

—No.

—Claro que sí.

—Qué no —me enfurruño. Me molesta que conozca mis gustos.

—Y tu color favorito el rojo. Te encanta Madonna y te emocionas con Dirty Dancing.

Lo miro alucinada. Me parece increíble que recuerde todas esas cosas. No sé ni cómo sentirme. Ya sé que nos conocemos desde críos y que sabemos

mucho el uno del otro, pero...

—No es verdad. Qué sabrás tú.

—Mentirosilla —dice, y vuelve a sonreír. Estira un brazo y lo acerca a mí. Mi corazón se salta un latido cuando me aparta un mechón de pelo de la cara y lo coloca detrás de mi oreja. Me cuesta respirar—. Me gusta cómo te has cortado el pelo. Te queda bien.

Parpadeo con incredulidad. ¿Lo dice en serio? Es la primera vez que...

—Es la primera vez que me haces un cumplido.

Se encoge de hombros. Aparta la mano, y al hacerlo vuelve a rozarme la mejilla.

—No todo van a ser cosas malas, ¿no?

Pues... ahora que lo dice...

—¿Dónde está Gucci? —exijo saber, rompiendo la intimidad o lo que sea que acaba de formarse entre nosotros.

—Sano y salvo. ¿Has traído tarta de zanahoria por mí? Quieres impresionarme. Admítelo —vuelve a la carga.

Pongo los ojos en blanco.

—Quiero impresionar a mi jefe. Ese al que tengo que llamar Señor Maximiliano Ortiz.

—Ah... conque a tu jefe —dice juguetón—. ¿Y qué crees que está pensando ahora?

—Pues... sospecho que se muere de ganas de felicitarme, pero es tan engreído que no va a hacerlo. Pobrecillo, siempre tiene que ser el mejor.

Max sonrío de lado. No sé qué pensar. Pero si quiere jugar conmigo no se lo voy a permitir. Hace muchos años que decidí que era un cretino.

—A tu jefe le gustaría que lo llamaras Señor Ortiz. A secas.

—A su empleada le gustaría que la llamase Tana.

—¿Por qué? —quiere saber.

¿Cómo que por qué? Porque sí. A él qué más le da.

—Porque todo el mundo la llama así.

—Tu jefe sospecha que a ella en el fondo le encanta que la llame Aitana. Hace que se sienta especial.

Suelto un bufido. Él se ríe. Lo sabía. Menudo cretino, egocéntrico, chulo y... ¡argh! Lo detesto con todas mis fuerzas. Estoy a punto de decir algo, pero entonces Maléfica entra en la sala y nos interrumpe. Nos observa alternativamente con aire receloso, como si sospechara que aquí pasa algo. No lo había pensado hasta ahora, ¿y si están juntos?

—¿Has organizado tú todo esto? —me pregunta.

—Sí —respondo satisfecha.

Obviamente ella sí que me va a felicitar. Me preparo para recibir su agradecimiento.

—Pues te podrías haber acordado de mis chicles.

\*\*\*

La sala comienza a llenarse de gente. Reconozco a Patricia y al chico de las bermudas. Excepto un hombre menudo que debe rondar la cincuentena, los trabajadores de Máxima son todos veinteañeros. Admito que una parte de mí está muy impresionada por lo que ha conseguido Max. Apenas tiene veintiséis años y ya es el dueño de su propia empresa.

—Aitana, me gustaría presentarte a todo el equipo —me dice.

Ignoro como me ha llamado porque estoy empezando a dejarlo por imposible.

—A Patricia ya la conoces. Trabaja en la recepción y se encarga de que todo funcione en la empresa. Si necesitas cualquier cosa ella te ayudará —señala al rastafari de las bermudas—. Hugo es nuestro diseñador gráfico. Se encarga de la parte visual de todos nuestros proyectos.

Hugo me guiña un ojo y yo le ofrezco una sonrisa. Parece simpático.

—Paco es nuestro contable y no sé qué haríamos sin él.

—Derrochar el dinero —gruñe el hombre.

Es bajito y tiene cuatro pelos blancos alrededor de la cabeza, a lo Jack Nicholson.

—Me tienes que pasar la factura del catering —me recrimina.

—Sin problemas —respondo divertida, porque me recuerda al enanito Gruñón de Blancanieves.

Él no me devuelve la sonrisa, lo que por alguna extraña razón me hace bastante gracia. Desentona bastante en este ambiente juvenil, pero parece que todos lo aprecian por como lo tratan.

—Y ellos son Lucía y Blas, nuestros creativos.

Lucía y Blas me estrechan la mano y me dan la bienvenida a la empresa. Creo que puedo encajar aquí. Siempre y cuando aprenda ruso en un mes y medio... claro.

—¿De cháchara? —masculla Maléfica en cuanto entra por la puerta.

Todos se quedan callados de golpe. Me da la sensación de que le tienen un pelín de pavor a Malena. Aún no sé quién lleva la voz cantante en la empresa, pero por la forma en la que Max habla con ella, me queda claro que

a él no lo intimida. ¿Estarán liados? Antes nos miró con bastante recelo. ¿Y si...?

—Estaba presentándole a Aitana al resto del equipo.

—Ni que se fuera a quedar para siempre —responde ella con un bufido, como si yo no estuviera delante. Reparte unas carpetas a toda la plantilla excepto a mí. Intento que no se me note la decepción, aunque por dentro ya la he tachado de bruja—. Bien, vamos al grano. Ya sabéis lo importante que es para nosotros este proyecto. Hasta ahora hemos trabajado para empresas pequeñas y medianas, pero esta es la primera vez que una empresa como *Urania* se fija en nosotros. *Urania* es una de las mayores empresas de productos de higiene femenina, y ni que decir tiene lo vital que es para Máxima hacerse con su campaña de publicidad. Sería el empujón definitivo para llegar a las grandes marcas del país y que empiecen a confiar en nosotros.

—Malena tiene razón, y estoy convencido de que si todos ponemos de nuestra parte conseguiremos hacernos con este proyecto. Alfredo Ramos, uno de los directivos publicitarios de *Urania*, está por llegar. Aún no nos han especificado lo que están buscando, pero quiero que estéis atentos a todo lo que se diga en esta reunión.

En ese momento suena el timbre. Max y Malena salen de la oficina y el ambiente se vuelve bastante tenso. Creo que los han asustado un poquito con el discurso, porque todos se miran de reojo con cara de circunstancia.

—Por favor, Señor Ramos —Malena le pide al directivo de *Urania* que tome asiento a su lado.

*Urania*... sí, ahora caigo. Es la empresa que anuncia compresas con mujeres haciendo el pino. Uf, sus anuncios siempre me han parecido un rollo. Lo último que me apetece hacer cuando tengo la menstruación es gimnasia rítmica.

Mientras que Alfredo expone lo que están buscando en *Urania* para su próximo anuncio publicitario, me mantengo en un discreto segundo plano y me dedico a servir las bebidas. Habla de colores vibrantes, positividad y buen rollo. Pongo los ojos en blanco y Max me pilla en el acto. Me lanza una mirada asesina, así que me limito a poner cara profesional.

—Uhm... delicioso. ¿De qué es? —pregunta Alfredo tras hincarle el diente a un trozo de tarta.

Malena se queda pálida cuando la mira a ella.

—Tarta de plátano, dulce de leche, nata montada y galletas. ¿A qué está

buena? —intercedo con la mejor de mis sonrisas.

—Pues sí, la verdad. Es la primera vez que me encuentro con un catering así —dice encantado, y escoge un muffin—. ¿Y este?

Creo que me está poniendo a prueba, pero he trabajado en la cafetería de mi hermana durante meses, y no soy tan estúpida como para escoger comida cuyos ingredientes desconozco.

—Ese es de manzana, canela y nueces, pero, si me lo permite, yo le recomiendo el de Kinder.

Voy a decir algo más, pero Malena me hace un gesto para que me calle. Vuelven a enzarzarse en una conversación sobre el estilo del anuncio y el enfoque que quieren darle, hasta que Alfredo consulta su reloj y se incorpora.

—Nos vemos entonces dentro de tres semanas. Max, Malena...

Se despiden de todos con un apretón. Cuando creo que se va a marchar sin acordarse de mí, me tiende la mano.

—¿Señorita...?

—Aitana Guzmán, pero todos me llaman Tana.

Malena me fulmina con la mirada antes de taparse el rostro con las manos. Max parece incrédulo.

—Tana, encantado de conocerla. Y muchas gracias por la comida.

—De nada, Señor Ramos. Veo que le ha gustado la tarta de plátano, porque ha repetido tres veces...

A Malena se le desenchaja la expresión y me hace un gesto para que me calle, pero yo sigo como si nada. Por el rabillo del ojo veo que Max se ha puesto blanco.

—... así que si me da su tarjeta, me encantaría mandarle una. No sea malpensado, que no lo voy a envenenar ni nada —digo, y me echo a reír. Alfredo no dice nada, así que me pongo bastante nerviosa—. O sea... que no quiero su dirección para nada raro... es que como he visto que le ha gustado pues...

—Gracias, Tana. Aquí la tienes —dice, y me tiende una tarjeta—. Estoy ansioso por recibirla. Y si incluyes uno de esos pastelitos de Kinder te lo agradeceré. A mis hijos les encantan.

—¡Eso está hecho!

Suspiro aliviada cuando Alfredo se marcha. Uf, al final he logrado quedar bastante bien. Pero Malena no piensa lo mismo, porque en cuanto se larga comienza a gritarme.

—¡No vuelvas a hacer eso!

—¿Hacer qué? —pregunto con inocencia.

—Charlar de esa manera con un cliente. No puedes tomarte esas libertades.

Estoy a punto de decirle que creo haberle ofrecido a Alfredo una buena impresión, porque de no ser así no me habría dado su tarjeta. Pero entonces Max se dirige al resto del equipo y ella deja de prestarme atención.

—Espero vuestras ideas. Las consideraremos todas, y entre Malena y yo decidiremos cuál será la que presentemos al Señor Ramos. ¿Alguna duda?

Levanto la mano con timidez. Malena resopla, pero no le hago ni puñetero caso.

—¿Yo también puedo participar?

Max me observa alucinado. Malena se echa a reír como si esto fuera un chiste.

—¡Por supuesto que no! —decide ella.

—Pues... no veo por qué no. Todas las ideas serán bien recibidas, Aitana —concluye él.

Lo miro entusiasmada. No me lo puedo creer. Tengo ganas de dar saltitos de alegría por su inesperado voto de confianza. Malena se enfrasca con él en una discusión que él zanja con un: *¿qué más te da?* Ella se larga con un movimiento de cabello digno de la mala de la telenovela, no sin antes lanzarme una mirada airada. Cada vez lo tengo más claro: están liados.

\*\*\*

Tengo que reconocer que el día no ha ido tan mal como pensaba. He triunfado con el catering (aunque supongo que tendré que darle las gracias a Tessa), he conseguido una oportunidad para demostrarle a todos que puedo tener buenas ideas, y...

Estoy saliendo de la oficina cuando veo que Max suelta un alarido. Acaba de descubrir que le han rayado su increíble deportivo. Maldice entre dientes y sacude la cabeza con incredulidad. Intento escaquearme en sentido contrario para que no me vea, pero de repente levanta la cabeza y me pilla en el acto. Me quedo congelada y él me mira... raro. Como si acabase de adivinar que he sido yo quien le ha arañado el coche.

—¿Qué pasa? —pregunto con inocencia.

—Que un imbécil me ha arañado el coche. No sé para qué tiene seguro la gente, si luego se largan.

—A lo mejor ha sido una imbécil.

Él me mira desconcertado y entrecierra los ojos. Ahora me estudia con

mucha atención. Jolines. Tengo ganas de abofetearme a mí misma. ¿Para qué le digo eso?

—Lo digo porque las mujeres también conducen... en fin, sea quién sea... ya no puedes saberlo.

—Sí que puedo —responde con un destello de ira—. ¿Ves esa cámara?

Señala hacia un aparato diminuto que hay sobre la puerta de la oficina. Me quedo blanca. Sí, ahora sí que lo veo. Pero no lo vi cuando le robé el coche. Dios mío, me va a matar.

—¿Tenéis cámaras de seguridad? —pregunto aterrorizada.

—No. Son las generales del polígono. Las pusieron por los robos y solo graban la entrada, pero mi coche está lo suficiente cerca para que haya grabado algo.

—Si quieres me puedo encargar de conseguírtelas —le digo agobiada.

—No, no... déjalo. Vienen por aquí una vez a la semana. Ya hablaré con ellos cuando se pasen el lunes que viene.

Estoy a punto de desmayarme. ¡Aaaaaah! ¡Cómo he podido ser tan tonta! Ahora no solo tengo que aprender ruso, sino que robar una cámara de seguridad. Soy una principiante espía del KGB.

—Ah, esto... enhorabuena por el catering. Alfredo ha quedado muy satisfecho. Has hecho un buen trabajo.

—Gracias —respondo emocionada, y me pongo colorada como un tomate.

Es la primera vez que Max dice que hago algo bien.

—Por cierto... ¿cómo conseguiste llegar tan rápido?

¡Alerta! ¿Me está acusando de algo? Recuerda, Tana, las diez clases de teatro...

—Me traje un amigo. Ya sabes lo que dicen: hay que tener amigos hasta debajo de las piedras.

—Supongo que tienes un dicho para todo —dice con una sonrisa enigmática.

Me encojo de hombros. Él da la vuelta para montarse en su coche.

—Por cierto, tu rata es bienvenida en la empresa. Me ha cogido cariño y yo me dejo querer. Ahora soy encantador para las mujeres y las mascotas.

Pongo los ojos en blanco. Encantadoramente engreído, eso es lo que es.

—Tu encanto es limitado, Maximiliano. ¿O debería llamarte Señor Ortiz?

—Fuera de la oficina me basta con Max —responde con un deje de

chulería—. Puedo hacer excepciones contigo. Somos casi familia, Aitana.

—Si tú lo dices...

—¿Quieres que te acerque a casa? El próximo autobús no pasa hasta dentro de media hora.

—Pues... —me lo pienso durante un buen rato, pero al final considero que es lo mínimo que puede hacer por mí. Por su culpa me veo obligada a aprender ruso en un tiempo récord—. Sí, vale.

—Ay....

Frunce el ceño y levanta un brazo, así que me detengo. Chasquea la lengua y sacude la cabeza.

—Vaya... lo olvidaba. Decías que no quieres tratos de favor, así que será mejor que no te lleve.

—¿Me estás vacilando? —le grito.

Pues claro que sí. Por el brillo de sus ojos, es evidente que se está riendo de mí. Es lo peor. No sé ni qué decirle cuando se empieza a reír y se monta en el coche. Maldito Maximiliano. Asoma la cabeza por la ventanilla y dice:

—Estoy cumpliendo mi palabra. No me des las gracias.

—Eres... eres...

—Por cierto, ¿cómo llevas el ruso?

—Da svidániia! —le grito, y él se ríe más alto.

Acabo de decirle *adiós* en ruso, aunque lo que de verdad me hubiera gustado gritarle es: *¡qué te den!* Tengo que pedirle a Sergei que me enseñe algún insulto. Max se lo merece.

## 10. Nuevo compi de piso

Maldito Maximiliano, grrr. He tenido que volver andando porque me equivoqué de autobús y perdí el último. Solo a mí se me ocurre calzarme unos stiletos para ir a trabajar. Vuelvo a casa cojeando como si acabara de llegar de un after. Me van a salir ampollas y se me pondrán unos muslos de gladiadora. Voy a parecer la prima de Hulk. Qué horror. Adoro mis piernas delgadas y lo bien que me quedan los skinny jeans. Trabajar para el egocéntrico de Max me va a costar la salud.

¡Qué duro es ser pobre!

Zarando el bolso para que Gucci se espabile. A los quinientos metros decidió que él no tenía la culpa de que yo perdiera el autobús y me miró con sus ojitos saltones llenos de resentimiento para que lo devolviera al bolso. Menudo traidor.

—Prohibido confraternizar con el enemigo —le digo con voz tajante—. Max no es de fiar. Y para que lo sepas, te llama *rata*. ¿Te lo puedes creer? ¡A ti! Qué eres el bebé más adorable y lindo sobre la faz de la tierra.

Le hablo con ese tono infantil que solo reservo para él. Gucci mueve el rabito y me lame la mano. Lo bajo para que haga sus necesidades y él se pone a olfatear el tronco de un árbol. Aprovecho para ojear mi móvil. He estado tan ocupada durante todo el día que ni lo he tocado. Normalmente estoy pegada a él las veinticuatro horas del día porque mis amigas me bombardean a mensajes sobre sus nuevos ligues. Los leo con un poquito de envidia (de la mala) mientras me pregunto dónde estará mi príncipe azul. Sí, lo sé. Ya sé que los príncipes azules no existen, pero ¿tan difícil es encontrar a un hombre fiel y que no quiera meterme mano en la primera cita? Al parecer imposible, porque el decálogo de tíos con los que he ligado últimamente es digno de Expediente X.

Ah, vaya... tengo un mensaje del desconocido al que le escribí borracha. Nota mental para Tana: no coger el móvil en estado de embriaguez.

Le cambié el nombre por Dr. Amor porque me hizo bastante gracia que se definiera a sí mismo con tal apodo. Dice que es terapeuta emocional y coach sentimental, pero a saber a lo que se dedica. Después de mis ligues por internet, aprendí que no te puedes fiar de alguien al otro lado de la pantalla cuya foto de perfil es una puesta de sol.

**Dr. Amor:** ¿qué tal?

Frunzo el ceño. Obviamente no voy a contestarle. En primer lugar, no es asunto suyo. En segundo lugar, podría ser un loco o un perverso. Así que me guardo el teléfono móvil en el bolsillo y saco una bolsita para recoger la caca de Gucci. Ala, ¡parece una anaconda!

—Vamos a tener que cambiarte el pienso...

Lo primero que me encuentro al cruzar la puerta de mi casa es un desorden monumental. Hay cajas por todos lados y las pertenencias de Nati están revueltas. Gucci coge un calcetín y sale corriendo antes de que pueda atraparlo. Es un fetichista de los calcetines.

—Oye, ¡qué eso es mío! —lo persigue Nati.

—Eh... ¿se puede saber qué está pasando aquí? —pregunto, con la mosca detrás de la oreja.

—Tana... verás, no sabía muy bien cómo decirte esto sin que te pusieras a la defensiva, así que he decidido hacerlo en un arrebato para que sea más fácil para las dos —me dice con cara de circunstancia.

—¿Hacer qué? ¿Limpieza? Ya sabes que odio limpiar. Me estropea la manicura y los productos químicos le sientan fatal a mi piel. Y no estoy de humor. Si supieras el día que llevo... —dejo el bolso y la chaqueta sobre el respaldo de una silla.

—No... esto... me mudo.

—¿Qué?

La he escuchado perfectamente, pero no me lo puedo creer.

—Que me mudo.

—¡Cómo que te mudas! —le grito sin dar crédito—. ¿A dónde? ¿Con quién?

—Pues... con quién va a ser. Con Pablo y su hija, por supuesto. Ay... Tana, llevamos casi un año. Tarde o temprano teníamos que dar este paso, y cada vez estoy más tiempo en su casa, así que es una tontería que siga viviendo aquí.

—P-pero... p-pero... —balbuceo, y comienzo a hacer pucheros.

No me lo puedo creer. Primero Tessa, y ahora Nati. Me abandona cuando más la necesito.

—Vamos, Tana... nada va a cambiar. Trabajo justo abajo, y sabes de sobra que me puedes llamar para todo lo que necesites.

—¡Necesito que vivas conmigo! —chillo como una niña pequeña enfurruñada, y le arrojo lo primero que encuentro en una caja, que es una zapatilla—. ¿Cómo voy a pagar el alquiler? Si apenas llego a fin de mes con

lo que me van a pagar...

—Ah, por eso no te preocupes. Te he encontrado nuevo compañero de piso.

—¿Quién? —me sorbo las lágrimas y la miro con desconfianza. No quiero un nuevo compañero de piso. La quiero a ella.

—Hola —nos saluda una voz masculina desde la entrada.

Se me cae el alma a los pies. Debe de ser una broma. Es Javi, el hermano de Nati. Y viene con maletas.

—¡Será una broma! —me quejo, sin importarme que Javi me mire con mala cara.

—La broma es que este piso venga con taras —responde él con evidente enfado—. Que sepas que el único motivo por el que he aceptado es porque mi casero acaba de vender la casa y no tengo a donde ir. Esto es lo más económico que he encontrado, pero espero que no sea por mucho tiempo. No tengo ganas de vivir con una mocosa que siempre se sale con la suya.

—¿Disculpa? —replico anonadada. Javi es el mejor amigo de Tessa, y casi estuvieron a punto de salir juntos. Nunca le he perdonado que jugara con los sentimientos de mi hermana. Es un borde de mucho cuidado y no lo soporto—. Yo sí que no quiero vivir contigo. Tienes un trastorno obsesivo compulsivo y no quiero que me apuñales con un tenedor por olvidarme de cerrar la pasta de dientes.

Javi tuerce el gesto.

—Soy ordenado, eso es todo. Y para que lo sepas, si voy a vivir contigo será con unas normas. Se acabó lo de escaquearse de las tareas del hogar y poner carita de buena para que mi hermana o Tessa lo hagan todo por ti. A partir de ahora vas a fregar cuando te toque, limpiar los baños y aspirar el suelo, señorita melindrosa.

Y para dejar claro que lo dice en serio, me tiende un calendario con el reparto de las tareas del hogar. Se me cae el alma a los pies.

—Tampoco te creas que voy a pagar tu parte del alquiler si decides gastarte lo que te queda de dinero para llegar a fin de mes en unos zapatos monísimos.

—¡Eso solo sucedió una vez! —me defiendo furiosa—. Pues que sepas que aquí los martes se ve Gossip Girl, Gucci duerme en el lado izquierdo del sofá y los yogures desnatados del tercer cajón de la nevera son míos.

Me voy hacia el cuarto de baño hecha una furia. Esto es el colmo. Ahora voy a tener que aguantar al extremadamente metódico hermano de Nati.

Seguro que hasta cronometra los minutos que podemos pasar en la ducha. No puedo vivir con alguien así. Me saldrán arrugas prematuras.

—¡Ah, y ni se te ocurra molestarme cuando hago mis rituales de belleza! ¡Y por nada del mundo toques el cajón de mis cremas! —le advierto a voz en grito—. ¡Nati traidora!

Dicho lo cual, cierro de un portazo y me quedo bastante a gusto. Luego me echo a llorar a moco tendido mientras me pregunto: ¿por qué la vida es tan injusta conmigo?

\*\*\*

Me niego a salir de mi habitación. Tan solo llevamos cuatro horas compartiendo piso y Javi ya se ha quejado de lo sucias que están las ventanas y lo arañadas que están las sartenes. Está obsesionado con el orden y la limpieza. Qué sopor.

Me he conectado a Skype para charlar con Iryna. Tiene treinta y cuatro años y es tal y como te imaginas a una modelo rusa. La pobre está teniendo más paciencia que un santo conmigo, porque mis progresos con el ruso son... escasos.

—V Kadise deystvitel'no kholodno?

—Eh... pues...

—Cadiz... ¿frío o calor? —dice, con ese acento ruso un tanto rudo que cada vez me gusta más.

—Ah, pues... —rebusco en la libreta en la que voy apuntando las palabras que aprendo—. Ne kholodno

Uf, me duele tanto la cabeza que me va a estallar. Ahora mismo mi cerebro es una matrioska comiendo ensaladilla y bailando el jorodov (la danza tradicional rusa). A este paso no voy a aprender ruso en la vida. Necesitaría un milagro para dominar la lengua de Tolstoi. Por si acaso, miro al techo de mi habitación y junto las palmas de las manos.

—Jesusito de mi corazón... por favor, ayúdame a hablar ruso —suplico desesperada.

—Chto?

—Oh, perdona —se me había olvidado que Iryna sigue al otro lado de la pantalla. Me mira desconcertada y puede que esté pensando que estoy como una cabra. No la puedo culpar—. Ya gavarú paruski chu-chút.

Acabo de decirle que hablo un poco de ruso. Pongo cara de pena e Iryna

se echa a reír.

—Yo hablo poco español —dice a su vez.

—Pues estamos apañadas —bromeo, y ella se vuelve a reír a pesar de que es evidente que no me ha entendido—. Óchin' priyatna.

Acabo de decirle que estoy encantada. Ella me sonrío y dice algo que no entiendo, así que lo apunto para traducirlo después. Seguimos así durante quince minutos más, hasta que me doy por vencida y me despido de Iryna. Luego me dejo caer sobre la cama y me froto el rostro con las manos. Estoy exhausta. Ser una mentirosa es agotador.

—Esto me pasa por mentir.

Escucho a Javi quejarse porque el sofá está lleno de pelo de perro. Gucci ni se inmuta. Está roncando a mis pies.

—Eso va por ti —le digo.

No sé qué voy a hacer con mi vida. Tengo que aprender ruso y lo único que sé decir son unas pocas palabras sueltas. Y ahora, para colmo, tengo que descubrir la manera de hacerme con las cámaras de seguridad. Ay... Dios... mío...

Una parte de mí se muere de ganas por volver a casa de mis padres para no tener preocupaciones, y la otra se recrimina a sí misma el ser tan débil. ¿Le voy a dar la razón a todos los que creen que no valgo para nada? ¡Ni hablar!

Así que me pongo a empollar el diccionario de ruso durante dos horas y media. Al final tengo tal cacao mental que siento que me va a estallar la cabeza. Ojalá Nati estuviera aquí para desahogarme con ella. Llamar a Tessa no es una opción, porque ahora está agobiada con la lactancia materna y las noches sin dormir. Cuando voy a la cocina a picar algo y abro el frigorífico, veo que hay cuatro yogures. Esta mañana eran cinco. Observo de reojo a Javi, que está repantigado en el sofá. Seguro que ha sido él. Es su manera de demostrarme quién manda.

—Te he dicho que los yogures son míos.

—No me los comería por nada del mundo. Saben a cartón.

Nos batimos con la mirada durante varios segundos. Creo que se está quedando conmigo, así que ni corta ni perezosa, voy al cubo de la basura para encontrar las pruebas del delito.

—¿Estás rebuscando en la basura? —pregunta asqueado.

—¡Ajá! —exclamo victoriosa, y saco de la papelería el yogur de la discordia—. ¡Aquí está! ¡Lo sabía! ¡Has sido tú!

Javi pone mala cara, pero no lo niega. Se encoge de hombros y devuelve la vista a la pantalla.

—¿Y qué? Solo es un yogur. No he tenido tiempo de ir a hacer la compra. He estado limpiando y ordenando esta pocilga.

—Lo justo es que yo también me salte una de tus normas... así que mañana friegas tú el baño.

—¡Sí, claro! —se levanta hecho una furia—. ¿De verdad te crees que vas a conseguir escaquearte por un yogur?

Me muerdo el labio y hago lo único que puedo hacer en esta situación. Le tiro el yogur vacío a la cara y salgo corriendo. Javi monta en cólera y me persigue hasta mi habitación, pero yo soy más rápida y le cierro la puerta en las narices.

—¡Me ha entrado en el ojo! —se queja, y a mí me entra la risa floja—. ¡Cómo mañana no limpies el baño la vamos a tener!

—Corre a limpiarte antes de que te salga un orzuelo —lo provoco—. Y después ponte a ver un documental de Marie Kondo, ¡aburrido!

No se marcha hasta que me dedica una retahíla de maldiciones. Me tiro en la cama y me pongo a reír como una loca, hasta que recuerdo el caos en el que se ha convertido mi vida y dejo de reírme. Entonces veo el móvil sobre la mesita de noche y...

No sé por qué lo hago. Supongo que necesito desahogarme con alguien y, a veces, hacerlo con un extraño es más sencillo.

**Yo:** *hola. Regular, ¿y tú?*

Vale. Ya está. Ha sido una tontería. Probablemente ni siquiera conteste. Lo mejor será olvidar esto y...

**Dr. Amor:** *¿has vuelto a escribir en estado de embriaguez a El gran Max?*

**Yo:** por Dios, no.

**Dr. Amor:** ¿entonces?

**Yo:** un mal día.

**Dr. Amor:** vamos, no me dejes así. Has sido tú quien me ha escrito. Un mal día puede englobar un montón de hechos.

**Yo:** le he arañado el coche a mi jefe.

**Dr. Amor:** y se ha puesto hecho una furia, supongo... no tiene importancia, seguro que no lo has hecho a propósito. Los seguros están para ese tipo de accidentes.

**Yo:** él no sabe que he sido yo. Le cogí el coche sin permiso. Para una emergencia. Pero resulta que hay cámaras de seguridad y me va a pillar.

**Dr. Amor:** vaya... entiendo...

Uf, lo sabía. ¿Para qué le cuento nada a este desconocido? Seguro que ahora le irá con el cuento a sus amigos de la borracha que le escribió por error y le arañó el coche a su jefe.

**Dr. Amor:** ¿por qué no se lo cuentas antes de que se entere por las cámaras de seguridad? Sería un atenuante, ¿no crees?

**Yo:** jajaja. ¿A Max? Ni de coña. No se puede razonar con él.

**Dr. Amor:** un segundo... ¿hablamos del mismo Max con el que me confundiste? ¿Ahora trabajas para él? Estoy sorprendido por este giro de los acontecimientos.

**Yo:** no me juzgues. Cosas del destino. Lo último que quiero en este mundo es trabajar para él. O tenerlo cerca.

**Dr. Amor:** pero aceptaste el empleo.

**Yo:** punto número uno; estaba en paro. Punto número dos; lo hice para que no me desenmascarara delante de mi padre.

**Dr. Amor:** ¿para que no te desenmascarara? Lo siento, me he perdido.

**Yo:** porque fingí que hablo ruso para impresionar a mi padre. Y Max es tan odioso que me ofreció un trabajo como traductora en su empresa. Ahora tengo un mes y medio para aprender ruso. Él siempre tiene que quedar por encima de todo el mundo. Es lo peor.

**Dr. Amor:** pero tú no tienes ningún tipo de responsabilidad en todo este asunto...

**Yo:** oye... ¬¬

**Yo:** ya sé que no debería haber mentido, pero a lo hecho...

**Yo:** además, tú no conoces a Max. Si lo conocieras, me darías la razón. Te lo prometo. Siempre me pone a prueba, se mete conmigo, es irritante, prepotente, se cree mejor que nadie...

**Dr. Amor:** vaya, el tal Max no parece de fiar.

**Yo:** ¡y qué lo digas!

**Dr. Amor:** aunque sigo pensando que deberías contarle la verdad. Te quitarías un peso de encima. La verdad nos libera.

**Yo:** no pienso darle esa satisfacción a El gran Max. Esto es algo personal.

**Dr. Amor:** eso parece. Por cierto, son cincuenta euros. Te hago tarifa de amigo ??

Releo el mensaje otra vez y me echo a reír. Vaya, así que el Dr. Listillo tiene sentido del humor.

**Yo:** para abonarle sus honorarios, Dr. Listillo, necesitaría una foto suya. No puedo tomar en serio a un doctor cuya foto de perfil es una puesta de sol ??

**Dr. Amor:** soy horroroso. Créeme, prefieres la puesta de sol.

Por alguna extraña razón, sospecho que no está siendo del todo sincero.

**Dr. Amor:** ¿la de la foto de perfil eres tú?

Pues claro que soy yo. Un selfie con Gucci poniendo morritos. Creo que la foto me define bastante bien.

**Yo:** obviamente. A algunos nos gusta dar la cara.

**Dr. Amor:** *auch, eso me ha dolido ☹*

**Dr. Amor:** *no estás mal.*

Alucino. ¿Está ligando conmigo?

**Yo:** *¿estás ligando conmigo?*

**Dr. Amor:** *depende... ¿tengo posibilidades?*

**Yo:** *ninguna. Esto es como El Corte Ingles; si no le gusta le devolvemos su dinero. Jamás ligaría con una puesta de sol. Prefiero saber dónde me meto.*

**Dr. Amor:** *así que la apariencia es muy importante para ti...*

**Yo:** *lo es para todos, pero yo soy sincera.*

**Dr. Amor:** *tan sincera como que hablas ruso y conduces coches ajenos...*

**Yo:** *joyeeeeee! Tampoco te pases. He tenido un día horrible. Con nuevo compañero de piso incluido. Demasiadas novedades que asimilar en veinticuatro horas.*

**Dr. Amor:** *¿nuevo compañero de piso?*

**Yo:** *sí, el hermano de mi antigua compañera. Ey, un segundo. No sé nada de ti, ¿Qué hay sobre el enigmático Dr. Amor?*

**Dr. Amor:** *no te haces una idea de lo aburrida que es mi vida...*

**Yo:** *uhm... no sé si creerte. De todos modos, se me hace tarde. Tengo cosas que hacer. Chao, Dr. Listillo. Qué tengas una buena noche.*

**Dr. Amor:** *adiós, Tana. Por cierto, ¿Tana es de...?*

**Yo:** *Aitana, pero todos me llaman Tana.*

**Dr. Amor:** *Aitana es más bonito.*

**Yo:** *oh, ¡por favor te lo pido! Llámame Tana. No seas como el listillo de Max, grr...*

**Dr. Amor:** *vale, si te pones así... buenas noches, Tana. Qué el ruso te visite en sueños...*

Qué el ruso me visite en sueños. Sonríó de medio lado porque la

conversación me ha alegrado el día. Al darme cuenta de mi reacción, frunzo el ceño y borro mi sonrisa. No me puedo fiar de un completo desconocido que se hace llamar Dr. Amor. Lo último que necesito en este momento es complicarme la vida, así que no volveré a contestar a sus mensajes. Después de esta decisión, vuelvo a enfrascarme en el apasionante mundo de *Aprenda ruso en menos de un mes y medio*.



## 11. Cruella de Vil ataca de nuevo.

Anoche me acosté a las tantas después de empollarme el diccionario ruso y ver una telenovela rusa con subtítulos. He soñado que un plato de ensaladilla gigantesco me perseguía con una AK47 y me obligaba a contarle a Max toda la verdad. Me he despertado empapada en sudor y al borde de la taquicardia. Para colmo, cuando me he metido en el baño había una notita de Javi en el espejo: *limpia el baño, cochina. Los pelos de la ducha ya tienen vida propia.* Lo de ser sutil no es su estilo.

Lo del ruso está complicado, por no decir imposible. Pero lo de sorprender a Max y Maléfica con una idea estupenda para la campaña de Urania puedo intentarlo. ¿Por qué no? No tengo nada que perder. Lo primero que hago es pedirle a Tessa que le envíe a Alfonso la tarta y los muffins de Kinder. Y luego me hago con los horarios de autobús para que no me suceda lo de ayer. Estoy entrando a la oficina con una actitud positiva cuando me ladran:

—¿Dónde están mis chicles?

Es Maléfica, y al parecer está que se sube por las paredes.

—Eh... acabo de llegar.

—¡Sí! Acabas de llegar, ¡y sin mis chicles! ¿Qué tengo que hacer para que hagas bien tu trabajo? ¿Asesinar a alguien?

Por favor, no. Creo que sería capaz de hacerlo.

—¿Mi trabajo es conseguirte chicles sin azúcar? —pregunto escéptica.

—Tu trabajo es hacer lo que yo te diga. Vamos, ¡muévete!

Hago lo que me dice. Qué mujer tan insufrible. Me dirijo al despacho de Max para dejar allí a Gucci.

—Un segundo, ¿qué demonios es eso?

—¿El qué? —me hago la inocente, pero sé de sobra por lo que pregunta.

—La cosa peluda que llevas dentro del bolso. Es un... ¿perro? —pregunta horrorizada, como si llevase dentro al mismísimo demonio.

—Pues sí. Max me dijo que podía traerlo.

Ella tuerce el gesto.

—Oh... sí, cómo no.



—Te llamaré Señor cuando las ranas críen pelo, pretencioso.

—Cómo quieras, Aitana —dice con frialdad, y devuelve la vista a la pantalla—. Sabía que esperar de ti que fueses profesional era pedir demasiado.

—¿Cómo?

Ni se inmuta. Sigue ahí, tecleando en su ordenador como si no acabara de insultarme.

—Repítelo si no te importa.

—Me importa, porque me haces perder el tiempo con tus pataletas de niña pequeña —murmura irritado—. Y quiero que me traigas el periódico del día y algo para desayunar.

Noto un tic nervioso en el ojo izquierdo. Tengo ganas de lanzarle algo. Mis pataletas de niña pequeña, será...

—Cierra cuando salgas. Adiós.

Ni siquiera me despido de él cuando cierro la puerta. Es... odioso. Con mayúsculas. Él puede llamarme como le de la gana, pero yo sí debo decirle Señor Ortiz. Ja, por ahí sí que no paso. No se va a salir con la suya.

Como estoy dispuesta a demostrarle que sí que puedo ser profesional, cuando consigo encontrar una tienda que venda chicles sin azúcar los compro de todos los sabores disponibles (por si acaso). Si las cosas no han cambiado, Max seguirá desayunando lo mismo que solía comer en casa de mis padres: su clásico bocadillo de jamón ibérico. Pero no logro encontrar jamón del bueno, así que le llevo un sándwich de york y queso. Que se conforme.

Estoy entrando por la puerta de la oficina cuando me suena el teléfono móvil. Voy a colgar cuando veo que es el prefijo de Máxima y descuelgo.

—Necesito que me traigas una blusa —me ordena la voz de Maléfica.

No sé si esta mujer se da cuenta de dónde estamos, pero la tienda de ropa más cercana está a unos... ¿ocho kilómetros? ¿Cómo pretende que lo haga?

—Esto... ahora hablamos. Estoy entrando por la puerta.

—Para una vez que te das prisa, lo haces en el momento menos indicado —gruñe, y luego me cuelga.

De nada. Dios, qué insoportable. Está compitiendo con Max para ganarse el título del ser humano más borde del planeta. No me extraña que

sean socios. Seguro que están liados. Son guapísimos y se creen por encima de los demás. Tal para cual.

Llamo a su despacho antes de entrar, por si acaso eso también le molesta.

—¿Qué haces ahí parada? ¡Entra de una vez! No hace falta que llames, uf.

Aprieto la mandíbula y la dejo por imposible. No tengo ni idea de cómo agradecerle y creo que ya ha decidido que le caigo mal. Dejo todos los paquetes de chicles sin azúcar sobre su escritorio. Ella se quita las gafas y los repasa con una mirada glacial.

—¿Qué es todo esto? ¿Estaban de oferta?

—De menta, de fresa, de albaricoque, hierbabuena... para que tengas dónde elegir.

—¿Qué parte de: *chicles de menta sin azúcar* no has entendido? Si vas a llenar mi despacho de chicles, al menos que sean de los que me gustan — responde con tono desabrido. Luego se masajea las sienes y cierra los ojos, como si todo en mí la exasperara. Jolines, ya no sé cómo acertar con esta mujer—. ¿Has dicho de albaricoque? ¿Lo haces a propósito? Soy alérgica al albaricoque. ¿Quieres matarme?

Me estudia con detenimiento como si de verdad pensara que lo he hecho con maldad.

—¿Cómo iba a saber que eres alérgica al albaricoque? —me quejo, con mi paciencia al borde del colapso.

—Déjalo. Pero la próxima vez; cíñete a mis palabras. ¿Dónde está mi blusa?

—Acabo de hablar contigo por teléfono, no me ha dado tiempo a...

—¡Necesito cambiarme de ropa! —me interrumpe como una histérica—. ¿Has visto esto? Me ha salpicado la tinta del bolígrafo y tengo una reunión en media hora. No me puedo presentar de esta guisa.

Observo la minúscula mancha de color azul. No la habría notado de no habérmelo dicho.

—No soy Wonderwoman, ¿qué quieres que haga? Puedo acercarme hasta la tienda más cercana, pero eso me llevará...

Calculo que ir y venir unos cincuenta minutos.

—¡No, no me lo digas! —se levanta nerviosa y se pasa las manos por el pelo—. ¿Sabes cuál es el significado de la palabra ayudante? Quiere decir; alguien que hace las cosas más fáciles. Pero tú lo complicas todo. Ni siquiera sé por qué Max te ha contratado. Así que a no ser que me consigas una blusa, será mejor que...

—Oh, ¿sabes qué? —comienzo a desabrocharme los botones de mi blusa cola de pato. Es de un precioso azul lavanda y no es justo que se la preste a esta arpía, pero quiero demostrarle que puedo implicarme al cien por cien con este trabajo—. Ponte la mía, ¿sí? Te pega con los pantalones blancos.

Maléfica me observa indecisa. Bien, por primera vez acabo de dejarla con la palabra en la boca.

—¿No decías que me ciñera a tus palabras? Querías una blusa y yo te doy una blusa.

—Eh... sí, pero que conste que no es mi estilo.

Pongo los ojos en blanco. Pues claro que no es su estilo. En cuestión de moda yo le saco varios puntos, pero no es el momento de discutir sobre esto. Le estoy tendiendo la blusa cuando la puerta de su despacho se abre de par en par. No me da tiempo ni a reaccionar. Es Max y me mira boquiabierto.

—Uhm... ¿interrumpo algo? —pregunta bastante pálido.

Me mira de una forma tan intensa que estoy a punto de desmayarme. Cuando sus ojos verdes se clavan en mi sujetador, me pongo colorada como un tomate y me tapo con las manos.

—Señor Ortiz, ¿le importa darse la vuelta? —digo, con la voz más impersonal que logro conseguir.

—Lárgate, Max. ¿No ves que aquí sobras? —le espeta Malena.

Es entonces cuando asiente con vaguedad, se da la vuelta y cierra la puerta. Me cuesta respirar y mis piernas tienen la estabilidad de un flan. Me quiero morir. Mi pecho pequeño es la parte que más odio de mi anatomía. Cómo me ha mirado. ¡Qué vergüenza!

—Toma —Malena me tiende su blusa—. Luego te la devuelvo.

Reconozco que le queda mejor que a mí. Ella rellena la parte de arriba y la cascada de cabello pelirrojo la hace espectacular. Seguro que Max hubiera babeado como un idiota de haberla visto a ella semidesnuda.

—Prepara café y unas pastas en la sala de reuniones. Solo seremos tres —me ordena, antes de marcharse.

Lo de no darme las gracias ya se está convirtiendo en una costumbre. Lo dicho, son tal para cual.

\*\*\*

Después de preparar el café y dejar disimuladamente el sándwich de Max en su despacho cuando él no está, aprovecho para ordenar la sala de la fotocopidora. Está hecha un asco y hay papeles por todas partes. Estoy saliendo cuando me tropiezo con Max, que va a entrar. Me choco con él y retrocedo hasta golpearme la espalda contra la pared. Evito su mirada porque me da vergüenza lo que acaba de suceder hace unos minutos.

—Perdona, no te he visto.

—No pasa nada —digo, con la boca seca.

Los dos volvemos a movernos en la misma dirección, así que me quedo parada. Cuando me echo hacia el lado izquierdo, él hace lo mismo. Durante unos segundos se sucede un baile de lo más torpe y bochornoso, hasta que él me agarra por los hombros y pone cara de circunstancia. Siento un inesperado calor que me incendia la piel.

—Yo derecha, tú izquierda. ¿Vale?

Asiento con el ceño fruncido. Él deja de tocarme y se echa hacia la derecha. Cuando veo que enarca una ceja, consigo reaccionar y me aparto hacia el otro lado. Contengo la respiración cuando se inclina para coger una carpeta y me roza la mejilla con sus labios. Sí, son los labios del odioso de Max. Pero son tremendamente suaves y me parece muy injusto.

—Bueno... hasta luego.

—Vale, gracias por el sándwich. Ah, y... —se rasca la coronilla con incomodidad—. Disculpa lo de antes. Ya sabes...

Hace un gesto con las manos. Sí, ya sé a lo que se refiere. No hace falta que me lo recuerde.

—... en fin, no me lo esperaba. Yo... lo siento.

—Da igual —respondo con tono cortante.

Salgo de allí porque me cuesta respirar el mismo aire que él. Un lugar demasiado pequeño, los dos juntos... y él mirándome con esa cara de... ¿de

qué? No tengo ni idea, pero es evidente que no había ni una chispa de deseo en sus ojos cuando me ha visto sin camiseta. Le resulto anodinada, pero no puedo culparlo. Al lado de Malena yo soy una chiquilla insulsa.

Tengo una lista de tareas que realizar, así que me pongo a ello para mantener la mente en blanco. Necesito olvidarme del problemilla con el ruso, el coche de Max y lo de antes. Me imaginaba que trabajar en una empresa de publicidad debía ser apasionante, pero *fregar el baño o regar las plantas de recepción* no es precisamente glamuroso.

No sé de qué va la reunión, pero llevan ahí encerrados más de una hora. Hay una mujer de espaldas a la que no logro ver. Parece muy importante.

—Tana, dicen que se ha acabado el agua. Ah, y que les acerques la carpeta que hay sobre el escritorio de Max —me dice Patricia.

Dicho y hecho. Cuando estoy entrando, escucho la voz de la misteriosa mujer.

—Quiero algo sutil, elegante, refrescante y diferente...

Esa voz...

—... así que me gustaría...

Oh... no...

¡¡¡Cruella de Vil!!!

Aún no me ha visto, así que estoy a tiempo de darme la vuelta antes de que...

—Ah, sí. Un poco de agua, por favor —me pide sin levantar la vista.

Me tapo disimuladamente la cara con la carpeta mientras le sirvo un vaso. Max me hace un gesto para que se la tienda. ¿Me dará tiempo a dejársela y darme la vuelta antes de que me reconozca?

No me atrevo. De todas las personas del mundo tenía que ser ella. Max tira de la carpeta y yo la agarro con todas mis fuerzas. Luego me mira con impaciencia y yo retrocedo.

—Aitana... —susurra, y hace un gesto hacia la carpeta para que se la dé a Cruella.

Él no entiende nada. Si supiera quién soy para esa mujer, me dejaría escaquearme con sutileza. Pero en lugar de hacerlo, tira de la carpeta y yo me tropiezo con el borde de la mesa. Y me caigo... justo encima del regazo de Cruella.

—¡Pero qué diantres...! —se queja ella.

Parezco una niña pequeña sentada en las rodillas de Santa Claus. Solo que Cruella me mira asombrada. Luego furiosa. Y por último... entrecierra los ojos y me estudia con atención. Todo pasa a cámara lenta. Malena tapándose la cara. Max sacudiendo la cabeza. Y Cruella, pasando del estupor a la ira cuando me reconoce. Así que hago lo único que puedo hacer en esta situación... acaricio su pañuelo y digo:

—Uy, qué pañuelo tan bonito. ¿Es de seda?

—Levántate. Ya.

—Sí... yo... esto... perdón —musito, y me incorporo de un salto—. Es que... uhm... me moría de ganas de tocarlo.

Malena y Max me observan incrédulos. Deben de estar pensando que me he chutado algo para venir a trabajar. El rostro de vinagre de Cruella se contrae en una mueca desabrida. Se acuerda perfectamente de quién soy.

—Pilar, no sabes cuánto lo lamento —comienza a disculparse Malena—. La chica es nueva y... evidentemente algo torpe.

Malena me fulmina con la mirada y yo me muerdo el labio. Cruella, que por lo visto se llama Pilar, le hace un gesto con la mano para que se calle.

—Algo es quedarse bastante corta —dice con desdén—. Como iba diciendo...

Malena me hace una señal con la cabeza para que me largue. Huyo despavorida y me encierro en el cuarto de baño. Dios. Ahora sí que la he liado. Creo que acabo de arruinarles la reunión de negocios.



## 12. No entiendo nada

Sé que me va a caer una bronca de las gordas cuando Max me llama a su despacho. De todas las personas del mundo, justo tiene que ser él. Casi preferiría que fuera Maléfica. Pero sé que la he fastidiado y voy a asumir mi parte de responsabilidad como una adulta, así que inspiro profundamente antes de cruzar la puerta de su despacho.

Asomo la cabeza con terror como si fuese al patíbulo.

—Hola, ¿querías verme?

—Aitana, siéntate —me ordena con voz seria.

Hago lo que me dice y tomo asiento delante de su escritorio. Él me observa durante un largo minuto en el que no sé lo que se le está pasando por la cabeza. Nada bueno, eso seguro.

—¿Se puede saber qué ha pasado ahí dentro? —exige saber.

No sé qué decirle ni cómo justificarme, así que decido hacerle caso al Dr. Amor por aquello de que la verdad nos libera. Al menos en lo concerniente a Cruella.

—Tuve un pequeño encontronazo con esa mujer en la cafetería. Me odia, y no quería arruinaros la reunión de negocios por mi culpa, así que intenté que no me viera. Dios, ya sé que lo he estropeado. ¡Y lo siento muchísimo! Yo solo pretendía...

—Ya da igual. Malena está cabreadísima, así que será mejor que la evites en lo que queda de día.

—¿Ya está? —pregunto desconcertada—. ¿No vas a...?

—¿Echarte a los cocodrilos? —tuerce una sonrisa—. Pensé que habías perdido un tornillo actuando de esa forma tan rara. Al menos tiene una explicación. Aunque sigo sin entender...

Frunce el ceño y yo lo miro expectante.

—... por qué quiere que seas tú la que se encargue de todo si dices que te odia tanto. Ahora sí que es un misterio.

—No te entiendo. ¿Encargarme de qué?

—Va a abrir una joyería y quiere que Máxima le organice una campaña publicitaria en la ciudad. Carteles publicitarios, anuncios en redes sociales, el evento de la inauguración... lo típico. Pero quiere que te encargues tú.

—Yo —repito con incredulidad.

Esto no tiene ningún sentido.

—Malena cree que vas a dejar la reputación de la empresa por los suelos. Dice que eres... incapaz, por decirlo suavemente. Así que se niega a dejarte a ti este proyecto.

—Tu socia tiene razón —acepto de mala gana. No tengo experiencia, y es evidente que Cruella me ha elegido para vengarse de mí. Seguro que ya ha descartado que Máxima le lleve la campaña de publicidad y solo pretende burlarse de mí—. Yo no soy la más indicada.

—Lamento oír eso, porque le he dicho que sí.

—¿Qué has hecho qué?

—Aceptar la única condición de Pilar para que Máxima sea la empresa encargada del proyecto. Tranquila, te orientaremos. Cuentas con un equipo que te ayudará en todo lo que necesites. Solo tienes que dar la cara ante Pilar, del resto nos encargamos nosotros.

Me levanto indignada. Ahora lo entiendo. Menudo manipulador. Qué típico de Max.

—Conque era eso. ¡Pretendes utilizarme para conseguir el proyecto, pero no vas a tener en cuenta mi opinión!

—Me alegra que lo hayas entendido a la primera —dice sin inmutarse—. ¿No estabas muy ocupada con tu lista de tareas?

Me siento tan ninguneada que no logro reaccionar. Pero cuando lo hago, asiento de mala gana y me doy la vuelta.

—No tengo muy buena opinión de ti, pero esto no me lo esperaba, Señor Ortiz. A partir de ahora te has ganado mi indiferencia. Es algo que solo le reservo a quienes no merecen la pena.

\*\*\*

Termino el día respondiendo a Max con monosílabos cortantes y respuestas mecánicas. Sabía que Max era odioso, pero no tenía ni idea de que podía llegar a ser tan maquiavélico. No sé si sentirme ofendida o decepcionada. Puede que ambas. Ya sé que él me tiene por una completa inútil, pero utilizarme de esa manera sin importarle mis sentimientos es tan...

Vale. Puede que una estúpida parte de mí creyera que yo le importaba. De alguna forma absurda e infantil. Que a pesar de todos nuestros piques había cierta camaradería entre nosotros porque nos conocemos desde hace años. Bah, si es que ya lo dice el refrán: piensa mal y acertarás.

Estoy a punto de marcharme cuando Malena me llama. Ya sé que está furiosa conmigo y que tiene ganas de asesinarme, pero estoy tan hecha polvo por la frialdad de Max que decido ir a su despacho.

—Tu blusa —señala la prenda que hay colgada sobre la silla.

—Ah, se me había olvidado.

Me desvisto y luego me coloco la prenda. Malena hace lo mismo. Nos vestimos en silencio hasta que dice:

—No la cagues.

Entiendo que se refiere a lo de Cruella de Vil.

—Ah, no te preocupes. Ya me ha dicho Max que vosotros os encargáis de todo. Yo solo seré la cabeza visible.

Ella parece contrariada.

—¿Qué? Eso no es...

No termina la frase. Se marcha sin despedirse y yo me quedo sin entender nada. Como no vuelve, decido que ahora sí que es hora de volver a casa.

El trayecto en autobús se me hace eterno, así que me distraigo con el móvil. Para mi asombro, tengo otro mensaje del Dr. Amor.

**Dr. Amor:** *¿qué tal el día en tu nuevo trabajo? ¿Alguna mentira que añadir a la lista?*

**Yo:** *pues... no. Hoy he sido una niña buena ?? De hecho, diría que demasiado. ¿Recuerdas cuando dije que Max es odioso? Pues me quedaba corta. Resulta que piensa utilizarme para ser la cara visible de un proyecto porque le han pedido que lo dirija yo. Pero lo único que voy a hacer es seguir sus órdenes como una idiota.*

**Dr. Amor:** *qué le den a Max. ¿Sabes por qué estás tan molesta? Porque en el fondo sabes que puedes hacerlo.*

**Yo:** *no lo sé. Y, de todos modos, él me ha dejado claro que solo me va a utilizar para tener contento al cliente.*

**Dr. Amor:** *¿y tú vas a dejar que te utilice? Es una oportunidad para demostrarle que te ha subestimado...*

Un segundo, ¿y si tiene razón? Es lo mínimo que se merece por haberme tratado de esa forma. Además, puedo hacerlo. Hice un curso de marketing... que dejé a medio acabar. Pero tengo buenas ideas, ¡lo juro!

Vaya, acabo de darme cuenta de que ha cambiado su foto de perfil. Ahora es la de un gatito abrazado a un oso de peluche.

**Yo:** *te has cambiado la foto.*

**Dr. Amor:** *dijiste que no podías fiarte de una puesta de sol. ¿Puedes*

*hacerlo de un adorable gatito?*

Me muerdo el labio. Reconozco que me muerdo de curiosidad por saber quién se esconde detrás de ese número de teléfono. ¿Será atractivo? ¿Tendrá perfil de Tinder? ¿Será bueno en la cama? Me ruborizo por ese último pensamiento. No puedo fantasear con un gatito. Madre mía, estoy fatal. Y muy necesitada de cariño.

**Yo:** *lo siento, Dr. Listillo. Soy más de perros.*

No tarda ni medio minuto en actualizar su perfil. Ahora es un husky mordiendo un peluche en forma de corazón. Suelto una carcajada. Al menos es ocurrente.

**Yo:** *¿tienes salidas para todo?*

**Dr. Amor:** *para casi todo. Ya lo dijo Maquiavelo: pocos ven lo que somos, todos ven lo que aparentamos.*

**Yo:** *¿acabas de buscarlo en internet?*

**Dr. Amor:** *por supuesto.*

Me rio otra vez. Desde luego, hablar con él siempre consigue sacarme una sonrisa.

**Dr. Amor:** *por curiosidad. ¿Qué hace una chica tan guapa y mentirosa como tú soltera?*

Así que le parezco guapa. No del montón, como a Max. El mismo que me vio en sujetador y ni se inmutó.

**Yo:** *me estoy reservando para el hombre de mis sueños. Es rubio, ojos azules, atento, cariñoso... y, por supuesto, muy guapo.*

Actualiza su foto de perfil por una de Cris Hemsworth. Me rio tan fuerte que algunos pasajeros se vuelven con curiosidad.

**Yo:** *prefiero a Jude Law, si no te importa.*

**Dr. Amor:** *demasiado mayor para ti, ¿no crees?*

**Dr. Amor:** *oh, cielos. No me digas que te van los maduritos :o*

**Yo:** *¡no sabes qué edad tengo!*

**Dr. Amor:** *por tu selfie con morritos, no más de veinticinco.*

**Yo:** *auch, eso me ha dolido. ¿Y tú?*

**Dr. Amor:** *la edad perfecta para ti ??*

**Yo:** *atrévete a decírmelo a la cara.*

**Dr. Amor:** *cuando quieras, pero no te fías de mi puesta de sol...*

Vuelve a actualizar su foto de perfil por la anodinada puesta de sol. Acabo de llegar a mi parada, así que le escribo un último mensaje.

**Yo:** *gracias por amenizarme el viaje en autobús. Puede que solo seas una puesta de sol (o un perverso que está esperando que le envíe fotos desnuda. Eso no va a pasar, por cierto). Seas quien seas, me gusta hablar contigo.*

Me arrepiento en cuanto pulso enviar. Ay... madre. ¿De verdad estoy ligando con él?



## 13. No pienso limpiar el baño

Llevo todo el día soñando con un baño caliente de espuma. Pienso pasarme un buen rato en la bañera hasta que se me arruguen las yemas de los dedos, y espero que Javi no llame a la puerta porque entonces se las verá conmigo. A todo esto, ¿dónde está? Es fotógrafo y trabaja para diferentes revistas, y ya sé que su horario termina a las cinco, así que siempre llega antes que yo.

Ojalá hoy vuelva muy tarde. Así podré cocinar sin tenerlo pegado a la oreja diciéndome lo mucho que ensucio. Andar descalza sin que me diga que dejo huellas en el parqué, o subir a Gucci al sofá sin que se queje por el pelo de perro. De verdad, es un coñazo de tío. Abro la puerta del baño con la intención de perderme en mis rituales de belleza, y es entonces cuando lo veo. O, mejor dicho, los veo. A Javi y a una morena haciendo contorsionismo en la bañera. Vaya, que están echando un polvo.

—¡Aaaaaah! —me tapo los ojos y me doy la vuelta, espantada por lo que acabo de ver.

Ellos también gritan. Luego él masculla algo que no logro entender.

—¡Podrías haber llamado! —me recrimina.

—No sabía que... —agarro el pomo de la puerta y comienzo a cerrarla —. ¡No pienso limpiar el baño en la vida!

Y lo digo en serio. Después de lo que he visto, ¿no pensará que voy a fregar la bañera? Puagh. Menudo morro. Será muy quisquilloso con el tema de la limpieza, pero bien que para traerse sus ligues a casa no piensa lo mismo. Creí que estaba implícito: nada de compañía del sexo contrario en el piso. Al menos yo lo tenía bastante claro, dada mi nula vida sexual en este momento. ¿O a lo mejor estoy celosa porque hace siglos que no echo un polvo? Ay... es casi tan triste como no tener dinero para irme de compras.

—Oye... —llama a mi puerta media hora más tarde.

Su amiguita ya se ha largado hace unos minutos.

—Voy a tener que lavarme los ojos con lejía, ¡cochino! —me quejo medio en broma. Reconozco que tampoco puedo recriminarle que haga lo que quiera en su casa.

Abre la puerta lentamente y asoma la cabeza por el hueco. Me hace gracia verlo tan abochornado, así que aflojo una sonrisa.

—Tranquilo, no soy ninguna niña. Ya sé cómo se hacen los bebés —le

guiño un ojo.

Él suspira algo más tranquilo.

—Perdona, esta también es tu casa. Debería haberme cerciorado de que no había nadie, pero estoy acostumbrado a vivir solo. Creo que vamos a tener que establecer unas normas de convivencia si queremos que esto funcione.

—Sí. La primera: tú limpias el baño hasta los restos.

—Solo por esta vez —concede de mala gana.

Lo tengo claro, Javi no es tan fácil de manipular como su hermana. Con ella siempre conseguía que mis ojitos de corderito funcionaran.

—Uhm... ¿te apetece ver una peli? En plan compañeros de piso en proceso de reconciliación.

—Me encantaría, pero me falta tiempo. Tengo que aprender ruso.

No parece del todo sorprendido.

—Ah, ¿todavía sigues con eso? Nati me lo ha contado todo. ¿Sabes que es prácticamente imposible que lo hables con soltura en un mes y medio?

—Gracias por tus ánimos —le digo con sequedad. Su punto de vista realista es lo último que necesito en este momento.

—Mujer, no te ofendas. Pero creo que deberías contarle la verdad a tu jefe. Así tendrá tiempo de buscar a un traductor ruso de verdad, y no te estrangulará cuando llegue el momento.

—Pienso aprender ruso como que me llamo Aitana Guzmán —le prometo con vehemencia. Él me mira con recelo, pero no me dejo amedrentar —. Ah, y no te comas mis yogures. Los he contado. Me quedan dos.

Tras aquella advertencia, Javi cierra la puerta de mi habitación y vuelve a dejarme a solas. Estoy a punto de conectarme por Skype con Sergei cuando recibo una llamada. No reconozco el número, pero descuelgo de todas formas.

—¿Señorita Guzmán? —reconozco la voz de Alfredo Ramos, el directivo publicitario de Urania.

—Hola, Señor Ramos.

—Solo quería agradecerle el detalle que ha tenido. La tarta y los dulces estaban riquísimos.

Sonrío satisfecha. Me gustaría ver la cara de Maléfica en este momento para que me repitiera que me excedo en mi trato.

—No hay de qué. Lo hice con mucho gusto —y ya que estamos y voy a participar en la exposición de ideas para la campaña publicitaria, añado con mucho morro—: Señor Ramos, puede que le resulte una descarada, pero ¿qué es lo que quiere encontrar en la campaña publicitaria?

—Ja, ja, ja... —se ríe, y al menos sé que no le ha molestado—. No sé si eres una descarada, pero me gusta la gente con iniciativa. Señorita Guzmán, déjese llevar por su instinto. Qué tenga un buen día.

Me quedo bastante pensativa cuando cuelga. Que me deje llevar por mi instinto... pues, la verdad, mi instinto me dice que los anuncios de productos de higiene femenina son un bodrio. Nunca me he sentido identificada con ellos, y desde luego, me parecen poco realistas. Pero me ha dicho que siga mi instinto, así que decido lanzarme a la piscina. Pospongo mi clase de ruso con Sergei y comienzo a devanarme los sesos para encontrar la idea perfecta.

Dos horas más tarde, comienzo a sospechar que puede que esto del mundo publicitario no sea lo mío. Decepcionada por mi falta de creatividad, conecto Skype para charlar con Sergei. Mi amigo ruso me saluda entusiasmado en cuanto me ve.

—Privet, Sergei!

Impresionante... al menos ya sé decir *hola* en ruso.

Mis progresos con el ruso siguen siendo escasos, pero he conseguido que Sergei me invite a su país con todos los gastos pagados. Sí, el ruso tiene más cara que espalda y flirtea conmigo. Pero también tiene más paciencia que un santo y me está ayudando un montón.

No sé por qué lo hago, pero en un arrebato decido cambiar mi foto de perfil para lanzarle una indirecta al Dr. Amor. Es evidente que estoy fatal de lo mío, porque lo último que necesito en este momento es colgarme por un absoluto desconocido. Podría ser un perverso o un loco y le estoy ofreciendo demasiada información personal, pero... he de admitir que hablar con él me gusta. Me hace reír, y siempre he dicho que mi hombre perfecto sería guapísimo y con sentido del humor. Ryan Gosling está cogido, qué se la va a hacer.

Me hago otro selfie. Esta vez sin morritos. Una foto guiñándole un ojo a la cámara y con Gucci acurrucado en el hueco de mi cuello. Cuando la actualizo, me llega un mensaje. No es el Dr. Amor, sino Max. Arrugo la

frente, ¿y éste qué quiere ahora?

**Max:** *hola.*

No sé qué contestar, así que no lo hago. Me quedo mirando la pantalla con expresión resentida. Se ha pasado tres pueblos utilizándome de esa manera, y lo peor es que no se muestra ni un pelín arrepentido.

**Max:** *¿estás despierta?*

Son las diez y media de la noche. No me acuesto con Los Lunnis. ¡Pues claro que estoy despierta! Pongo los ojos en blanco porque no sé lo que pretende, pero al final le contesto.

**Yo:** *sí, Señor Ortiz. ¿Qué quieres?*

**Max:** *no hace falta que me llames así fuera del trabajo.*

**Yo:** *vale, Señor Ortiz.*

**Max:** *así que sigues enfadada conmigo...*

Resoplo. Obviamente, Einstein. ¿O creía que como soy una niña las cosas se me olvidan con facilidad?

**Max:** *si algún día diriges tu propia empresa comprenderás que, a veces, uno debo tomar decisiones difíciles.*

Encima me da lecciones de vida. Lo que faltaba.

**Yo:** *¿por qué iba a dirigir yo una empresa? Soy una inútil, ¿no?*

**Max:** *¿quieres que te diga lo contrario?*

Dios... si lo tuviera delante le arrojaría el móvil a la cara. Es lo peor. De

verdad, qué hombre tan insufrible. ¿Acaso no tiene sentimientos?

**Max:** *tú eres la que se subestima constantemente.*

Oh, ¡venga ya! Esto es el colmo.

**Yo:** *¿de verdad me estás molestando para decirme esto?*

**Max:** *sí.*

En serio, que alguien me dé el manual de instrucciones para entender a este hombre. Aparece un **escribiendo...** en la pantalla. Luego, misteriosamente, desaparece. Me pica la curiosidad. ¿Qué habrá querido decirme?

**Yo:** *no sabía que eras un cobarde.*

Uy, puede que me haya pasado. Pero eso consigue que me responda de inmediato.

**Max:** *¿cómo?*

Je, je, je. Sospecho que se habrá puesto rojo de ira. Es tan fácil sacarlo de sus casillas... de ahora en adelante debería llamarlo Sr. Predecible.

**Yo:** *ibas a escribirme algo, pero luego te has arrepentido y lo has borrado. ¿Tanto miedo te doy?*

**Max:** *no te engañes, Aitana. Tú eres la que me tiene miedo.*

**Yo:** *en tus sueños, Maximiliano. ¿Miedo de qué? ¿De tu arrogancia barata? Por favor, no me hagas reír.*

**Max:** *ja, ja, ja. Quién se pica ajos come, niña de papá.*

**Yo:** *¡idiota presuntuoso!*

**Max:** *(icono de beso)*

Aprieto el teléfono contra la palma de mi mano. Me está vacilando. Otra vez. Juro que me las va a pagar. Se tragará sus palabras cuando le escupa a la cara (y en ruso) lo poco que me impresiona.

**Yo:** *no tengo tiempo ni ganas de hablar contigo. Qué sopor. Chao, Maximiliano.*

**Max:** *venga, Aitana... qué fácil es provocarte...*

**Max:** *no tendrás tiempo ni ganas de hablar conmigo, pero has tardado muy poco en responder a mis mensajes. Por algo será ??*

—¡Aaaaaaaaaaaaaah! —grito fuera de mí, y arrojo la almohada contra la pared.

Gucci me mira de reojo y se aleja de mí. Max tiene razón, maldita sea. Siempre termino cayendo en su juego. Seguro que ahora está relamiéndose del gusto porque ha demostrado que en el fondo me importa. Quiero contestarle. Necesito responderle que para mí es como un grano en el culo. Que no se crea importante. Que...

Pero no. No puedo. Porque entonces le estaría demostrando que tiene razón. Así que hago lo único razonable que se me ocurre: bloquear su número.



## 14. Lo que tú digas

Llego a la oficina cinco minutos antes y con una bolsa repleta de provisiones. Llamo antes de entrar al despacho de Malena y, ante su incrédula mirada, dejo sobre su escritorio dos paquetes de chicles de menta sin azúcar, una coca cola light y varios periódicos del día.

—Buenos días, jefa. ¿Qué puedo hacer por ti?

Observa con frialdad el surtido de cosas que acabo de dejar sobre su escritorio. Je, je, je. ¿Ahora qué, Maléfica? Seguro que se sube por las paredes porque no puede recriminarme nada. Además, llevo en mi bolso una blusa y unos pantalones recién planchados por si ocurre un accidente como el de ayer. Si es que... más vale prevenir que curar.

—Que no me llames jefa —responde con gesto avinagrado—. Max te está esperando.

Ni un gracias ni una sonrisa de cortesía. Uf, empiezo a dejarla por imposible. Me dirijo hacia el despacho de Max y recuerdo nuestra conversación de la otra noche. Menudo engreído. Siento un escalofrío cuando agarro el pomo de la puerta y me reprendo a mí misma por ser tan débil. *No dejes que te impresione*, me digo a mi misma. Porque no merece la pena y está encantado de conocerse.

—Buenos días, Señor Ortiz. ¿Me buscaba?

—Buenos días, Aitana. Llegas puntual. Qué sorpresa —dice, rezumando sarcasmo.

Le obsequio una sonrisa glacial y él me la devuelve.

—Por favor, siéntate. Tenemos que ponernos con la campaña de la joyería. Los demás están hasta arriba de trabajo, así que te encargarás conmigo.

Lo miro sin dar crédito. ¿Lo dice en serio? ¿Va a concederme una oportunidad, o simplemente quiere que sea su ayudante?

Tomo asiento delante de su escritorio. Estoy ojeando toda la documentación que hay esparcida sobre la mesa cuando el frunce el ceño.

—No has traído a Gucci —dice extrañado.

—¿A mi rata? No.

No pienso permitir que confraternice con mi perro. Gucci es demasiado bueno para él. No se lo merece.

—¿Sigues enfadada conmigo? —hay un deje burlón en su voz que me saca de mis casillas. Como si no me tomara en serio.

—¿Por qué iba a estarlo, Señor Ortiz? Usted me paga y yo obedezco.

—Así que esa es tu nueva táctica. Solo por curiosidad, ¿vas a estar así todo el día? —comienza a irritarse.

—No sé a qué se refiere, Señor Ortiz. Usted quiere que sea profesional. Por favor, ¿nos ponemos a trabajar?

Aprieta la mandíbula. Sus ojos verdes brillan de ira, pero se contiene. Respira profundamente y me tiende una carpeta.

—He pensado que tú puedes encargarte de la presencia en redes sociales mientras que yo organizo la inauguración de la tienda. El presupuesto de Pilar es bastante ajustado, pero haremos todo lo que podamos para llegar al máximo número posible de clientes. También anunciaremos la inauguración en Facebook e Instagram.

—Puedo ponerme en contacto con algunos influencers de Cádiz... — sugiero, suponiendo que mi opinión no le interesa en absoluto.

—Tenemos un presupuesto muy reducido.

—Quizá se animen a colaborar si les obsequiamos con alguna joya. Puedo intentarlo. Soy más persuasiva de lo que tú crees.

Me contempla durante algunos segundos que a mí se me hacen horas. Le sostengo la mirada y noto que se me calientan las mejillas. Tiene unos ojos verdes increíbles, y cuando me mira siento que me traspasa.

—Vale, inténtalo.

—Y un sorteo —se me acaba de ocurrir, y él vuelve a levantar la vista de los documentos—. Aumentará su número de seguidores y llegará a mis clientes. ¿Qué te parece?

—Háblalo con Pilar. Por mí no hay problema.

Vaya... reconozco que no me lo esperaba. Suponía que Max no tendría en cuenta ninguna de mis ideas. Su reacción es toda una sorpresa.

—¿Qué has pensado para la inauguración de la tienda? —me intereso.

—Vamos a anunciarlo en la televisión local y en la radio. También

repartiremos folletos publicitarios con un diez por ciento de descuento. Hugo se está encargando del diseño de los carteles.

—Podríamos poner un catering el día de la inauguración. Galletas y pasteles con forma de pulseras, anillos... seguro que algunos viandantes entran para picar algo gratis. Eso es público asegurado.

—¿Y cómo vamos a pagarlo? —me contradice ofuscado.

—Ya sabes que Tessa tiene una cafetería. Siempre le podemos decir que nos haga precio. Y si entra dentro del presupuesto...

Max se lo piensa durante un buen rato, hasta que al final se encoge de hombros y dice:

—Supongo que puede funcionar. Siempre y cuando no se escape del presupuesto.

Se me ilumina la expresión. Al final estoy participando en el proyecto más de lo que yo creía. Nos ponemos a trabajar y se hace el silencio. Estoy tan enfrascada en la tarea de hacer funcionar las redes sociales que casi no me doy cuenta de que él me mira de reajo. Lo hace de vez en cuando, como si nada. Se me ponen los vellos de punta y sigo a lo mío. Con un poco de suerte, algunos de los influencers con los que he contacto picará el anzuelo.

Max ya se ha remangado la camisa. Tiene unos brazos morenos y fuertes, cubiertos de un vello castaño dorado que parece muy suave. Borro ese pensamiento de mi mente. Nuestras miradas se cruzan y devuelvo la vista a la pantalla. Por el rabillo del ojo, veo que aprieta la mandíbula. Uf, ¿qué demonios le pasa?

—¿Qué? —pregunto sin poder contenerme.

Me está poniendo nerviosa y no logro concentrarme en el trabajo. Él suelta el bolígrafo de mala gana y me mira a los ojos. Trago con dificultad. Porque me mira... de esa forma que hace que se me caigan las bragas al suelo, vaya.

—¿Has dicho algo?

Oh, estoy convencida de que me ha oído.

—Me estás mirando. ¿Qué quieres?

—¿Yo? —se hace el inocente—. Ni hablar.

—Llevas todo el rato mirándome de reajo.

Sonríe de medio lado. Esa sonrisa de canalla pretencioso que lo hace tan

atractivo.

—No. Eres tú la que me miras. Yo solo te devuelvo la mirada.

Se me desencaja la mandíbula. ¡Tendrá morro!

—¡No me vengas con esas! Me estabas mirando de soslayo, no lo niegues.

—Más quisieras —se hace el duro. Y añade con chulería—: ¿por qué iba a mirarte yo a ti?

—Porque te mueres por mis huesos —lo digo medio en broma medio en serio.

Me tiemblan las piernas y el corazón me va a mil por hora. Él deja de sonreír y endurece la expresión. Mi corazón se salta un latido esperando su respuesta.

—Me has bloqueado en Whatsapp —me suelta con aspereza.

Me quedo petrificada por la impresión. Sobre todo, porque parece... dolido. Me sudan las manos y veo un rastro de fragilidad en él que jamás había percibido. ¿De verdad que le importa?

—Eso no es un no —musito con voz temblorosa.

Max se inclina sobre el escritorio y se acerca a mí. Mi corazón late con tanta fuerza que creo que se me va a salir del pecho. Lo tengo tan cerca que veo el surtido de pecas doradas sobre su nariz y la minúscula cicatriz en la barbilla que se hizo de niño jugando al baloncesto. Su respiración cálida me acaricia la punta de la nariz y me derrito. Ay... madre... mía...

—Eso es un...

Mira mis labios durante un segundo. Me los humedezco de manera involuntaria. Noto el conflicto de emociones que hay en su expresión. Entreabro los labios y me siento completamente perdida. Sí, es Max. El odioso y condenadamente arrogante de Maximiliano. Y en este momento me muero de ganas de que me bese.

—... nuestra conversación de ayer te molestó tanto que me has bloqueado para no caer en la tentación —me suelta con chulería.

Balbuceo una incongruencia y él se ríe. Las palabras se me atascan en la garganta. Yo... yo... ¡lo mato!

—¿Y la tentación eres tú? —alucino furiosa.

Su sonrisa se ensancha. El brillo lujurioso de sus ojos me atrapa.

—Por supuesto.

Me cruzo de brazos y me echo hacia atrás. Lo odio. Con todas mis fuerzas. No me puedo creer que acabe de dejarme con las ganas. No me puedo creer que yo sea tan estúpida.

—Me resultas tan tentador como un grano en el culo.

—Supongo que te estás convenciendo a ti misma...

—¡Oh, Dios! Eres el hombre más egocéntrico y terco que he conocido en mi vida. ¿Por qué no admites de una vez que estás furioso porque te he bloqueado? Que me mirabas de reojo porque me encuentras irresistible y que... te haces el duro porque en el fondo te asusta la posibilidad de que no sienta nada por ti.

Max aprieta los puños. Me mira de una forma dolorosa y muy íntima que me corta la respiración. Parece contrariado y furioso consigo mismo. Abre la boca para responderme, pero justo en ese momento nos interrumpen.

—Hola, ¿interrumpo algo? —pregunta Malena con recelo.

Ambos nos apartamos de golpe. No me he dado cuenta de que estábamos tan cerca que nuestras bocas se rozaban. Niego con la cabeza y me levanto de un salto.

—Voy al servicio —digo, y salgo pitando de allí.

\*\*\*

Vale. Calma. Respira.

Me echo agua en la cara, que está colorada como un tomate. Siento calor en todas las partes de mi cuerpo. Ay... qué me pasa. Hace años que me juré a mí misma que jamás cruzaría la línea con Max. Es casi de la familia... y me trata como una cría. Pero ¿qué diantres acaba de pasar entre nosotros? ¿Por qué no me ha negado de manera rotunda que no siente nada por mí?

Vamos... Tana, no te hagas ilusiones. ¡Prohibido hacerse ilusiones! Max solo está jugando contigo. Sí, eso es. Es un experto en burlarse de mí. Típico de él, ¿no?

Además, jamás ha dado muestras de estar mínimamente interesado en mí. Por no hablar de que somos como el agua y el aceite. Y de que yo lo odio, aunque físicamente esté como un queso.

Me siento sobre la taza del inodoro y hago tiempo. Seguro que ahora Maléfica le está montando una escenita de celos. A lo mejor me odia tanto porque me ve como una rival. Pero seamos sinceros... no tengo nada que hacer contra una pelirroja despampanante.

Diez minutos después, considero que ya llevo demasiado tiempo aquí encerrada. Voy hacia el despacho de Max con la intención de mostrarme fría y distante. Entonces los oigo discutir.

—¿Se puede saber qué es lo que pretendes? —le recrimina ella hecha una furia.

—¿A qué te refieres? —responde Max.

—Ya lo sabes. No me pongas a prueba...

—Venga ya, Malena... no creerás que...

Debo de hacer algún ruido, porque ambos se vuelven hacia mí. Malena pone mala cara y se dirige hacia la puerta.

—Ya hablaremos —gruñe, y pasa por mi lado sin ni siquiera mirarme.

¿Necesito más pruebas para entender que estos dos están liados? No.

Ni que decir tiene que Max y yo pasamos el resto del día sin dirigirnos la palabra. Para mi decepción, él no vuelve a mirarme de reojo ni una vez más.

El trayecto de regreso en autobús lo paso muy cabizbaja. No entiendo nada, pero no me gusta que me utilicen. Sí, reconozco que una parte de mí siempre ha estado coladita por Max. La otra, sin lugar a duda la más sensata, lo detesta con toda su alma. Pero a ninguna de las dos le gusta que se rían de ella.

El Dr. Amor ha vuelto a escribirme. No tengo ánimos para nada, pero se me pasa en cuanto leo su mensaje. Me ha escrito a primera hora de la mañana.

***Dr. Amor:*** *me gusta tu nueva foto de perfil. ¿Es una indirecta?*

Aflojo una sonrisa.

**Yo:** puede.

**Dr. Amor:** te gusta hacerte de rogar, eh. No obstante, que sepas que funciona.

Uf, otro que me trae por la calle de la amargura. Con lo feliz que era yo fundiendo mi tarjeta de crédito y comprando ropa nueva.

**Yo:** pues... si te soy sincera, no he parado quieta en todo el día. Acabo de mirar el móvil.

**Dr. Amor:** ¿significa eso que tengo posibilidades?

**Yo:** no lo sé, dímelo tú. Eres el experto en amor.

**Dr. Amor:** el amor es complicado, ¿no te lo habían dicho nunca?

**Yo:** pues debería ser fácil. Esto de comprender a los hombres es un rollo.

**Dr. Amor:** ¿te ha pasado algo?

**Yo:** no lo sé. ¿Debería darle importancia al hecho de que Max ha tonteado conmigo? Bueno, en realidad no lo tengo del todo claro...

**Dr. Amor:** creí que odiabas al tal Max...

**Yo:** la mayor parte del tiempo. Sí. Pero reconozco que hay algo en él que me desconcierta.

**Dr. Amor:** ¿y si hablas con él?

**Yo:** ¿¡estás loco!?! Si ni siquiera yo tengo claros mis sentimientos...

**Dr. Amor:** solo era una sugerencia. Cambiando de tema, ¿qué tal el trabajo?

**Yo:** mejor. Me gusta más de lo que imaginaba.

**Dr. Amor:** me alegro ??

Acaba de cambiar su foto de perfil. Es la de un tatuaje. Me muerdo el labio, ¿en serio? El Dr. Amor no se anda con chiquitas.

**Yo:** ¿es tuyo?

**Dr. Amor:** depende. Si te gustan los tatuajes, sí. Si los odias, lo he

*sacado de internet.*

Me echo a reír. No sé si será un perverso o un loco, pero tiene mucho sentido del humor.

**Yo:** *¿dónde lo tienes?*

**Dr. Amor:** *ah... quizá lo averigües un día.*

**Yo:** *:o ¡oyeeeeeeeeeee!*

**Dr. Amor:** *¿tanto miedo te da conocerme en persona?*

¿Lo dice en serio? En realidad, me muero de ganas de ponerle cara. De conocer al misterioso Dr. Amor.

**Yo:** *sí. Pero puede que algún día me anime.*

**Dr. Amor:** *cuando quieras, Tana.*

**Yo:** *acabo de llegar a mi parada. Adiós, desconocido con tatuaje.*

**Dr. Amor:** *adiós, preciosa. Que el ruso te visite en sueños y te cante una Katiusha. Sé que puedes conseguirlo.*

Ojalá tengas razón, Dr. Amor.

## 15. Que nadie te subestime

Odio los domingos. Sobre todo, cuando vienen precedidos de un fin de semana de lo más deprimente. He intentado quedar con alguna de mis amigas, pero resulta que están demasiado ocupadas haciendo planes de pareja. Brrrr ¿por qué soy la única de ellas que sigue soltera? Mi abuela dice que soy un partidazo. Soy buena persona. Tengo pelazo, estilo y un perro adorable. ¿Qué me falta? Aparte de unos zapatos monísimos para conjuntar con mi abrigo de paño sin estrenar.

—¡Por todos los santos, Tana! ¿Qué te queda? —me grita mi hermana con exasperación.

Pongo los ojos en blanco. Las noches sin dormir le están sentando fatal a la pobre. Me decanto por la americana roja y me ato un pañuelo negro al cuello. Qué duro es ser una adicta a la moda. Pero ella no lo entiende. ¿Cómo voy a salir a la calle con lo primero que me ponga? Como me dijo el Dr. Amo: pocos ves lo que somos, pero todos ven lo que aparentamos.

Meto a Gucci dentro del bolso y salgo de mi habitación. Javi está en chándal y lleva unos guantes de plástico de color fucsia. Está fregando la cocina y me lanza una mirada acusadora cuando paso por delante. Parece la señora Doubtfire.

—Buenos días, princesa. ¿Piensas fregar alguna vez?

—Qué sí, Cenicienta. Mañana.

Qué pesado es. Yo no soy la culpable de que tenga esa obsesión. Antes de que pueda recriminarme algo más, cojo en brazos a Manuela. Pobre criaturita, sus padres se han lucido con el nombre.

—Hola, tesoro.

—¿De verdad que no la vas a llamar Manuela? —alucina mi hermana.

—Con lo bonito que es Daniela. De verdad, siendo mi hermana no sé por qué tienes tan mal gusto...

Bajamos a merendar a su cafetería. Héctor y mis padres ya nos están esperando. Temo encontrarme a Max por sorpresa (sinceramente ya tengo bastante con soportarlo en el trabajo), pero por suerte no hace acto de presencia.

—Cielo, ¡qué guapa estás! —me saluda mi madre—. Pero tienes ojeras, ¿estás descansado bien? Si no te gusta el trabajo, ya sabes que puedes volver a casa cuando quieras. ¿Sabías que Hugo me ha preguntado por ti? Ya sabes,

el hijo de nuestros amigos.

Oh, pues claro que lo recuerdo. Sus padres están forrados, como los míos. Mamá todavía tiene la esperanza de que me case con un buen partido. Me da tanta rabia que eso sea lo único que espera de mí...

—Anda, no la atosigues con tonterías. Ya me ha dicho Max que te has integrado muy bien en la empresa. No esperaba menos de ti, hija —me dice mi padre orgulloso.

¿Qué Max le ha dicho qué? Uf, cada día lo comprendo menos. Primero se burla de mí, luego me utiliza para contentar a un cliente, después toma en cuenta mis opiniones, y ahora le habla bien de mí a papá. Ver para creer.

—Hablando de Max... me ha dicho que esta navidad sí cena con nosotros —dice mi hermana.

Resoplo. Qué sopor. Otra navidad aguantando sus alardes de grandeza. Me entra un aburrimiento soporífero cuando se enfrasca con papá en una de sus conversaciones de negocios.

Aprovecho que mis padres están haciéndole carantoñas a mi sobrina para llevarme a Tessa hacia otra parte donde no puedan oírnos.

—¿Por qué has tenido que invitarlo?

Este año ella se encarga de la cena de navidad, así que es evidente que lo ha invitado.

—Porque es como de la familia. Qué más te da, Tana. Ahora trabajas para él. Pensé que ya lo habías superado —deja caer con malicia.

—No tengo nada que superar —respondo a la defensiva.

Tessa entorna los ojos.

—Venga ya, Tana. Le tienes manía desde que te rechazó con doce años.

—¡Ay, no me hagas reír! —intento sonreír, pero me sale una mueca desabrida—. Eso es agua pasada. Sucedió hace siglos.

—Entonces deberías hacértelo mirar —me da una palmadita en el hombro y pone su mejor cara de hermana mayor—. A lo mejor te molesta que cene con nosotros porque te importa demasiado.

Voy a decirle que eso es completamente absurdo, pero Manuela comienza a llorar y dejo de tener su atención. Me da igual lo que ella piense. En realidad, cenar con Max en navidad es el menor de mis problemas. Tengo unos cuantos más gordos, como, por ejemplo, conseguir la cinta de vigilancia antes que él.

—Buenas tardes, ¿me pones un café?

Se me congela todo el cuerpo. Me giro muy despacio hacia la mesa de

detrás, en la que resulta estar Cruella de Vil. ¿De verdad no hay más cafeterías en esta ciudad?

—Eh... hola —la saludo asustada—. Yo... ya no trabajo aquí...

Su expresión avinagrada hace que me lo piense mejor. Necesito caerle bien a esta bruja si quiero que apruebe mis ideas.

—Pero... te lo traigo ahora mismo. Un segundo.

Nati se extraña cuando me ve colarme por detrás de la barra, pero le hago un gesto para que no pregunte.

—¿Qué tal te va con mi hermano?

—¿Con el maniático de la limpieza? Se come mis yogures y lo descubrí dándole clases de natación a una morena. Es un amo de casa con complejo de ladrón.

—Ah, veo que te va muy bien.

Le dedico una mirada asesina antes de irme. Luego le dejo el café a Cruella y rezo para que esta vez no se queje. Sorprendentemente, le da un sorbo y dice:

—¿No te sientas?

—Eh... bueno, sí —respondo, desconcertada por su invitación—. Quiero que sepa que lamento muchísimo que mi perro la atacara. Es un buen perro, se lo juro. Él solo intentaba protegerme.

—Está olvidado —concede de mala gana.

Suspiro aliviada. Vamos por buen camino.

—Lo llevo en el bolso. ¿Quiere reconciliarse con él?

Gucci saca la cabeza por la abertura y le enseña los dientes. Es un poco especial con los extraños. Cruella me dedica una mirada vacía. Eso es un no.

—No quiero ser impertinente...

—Ya lo estás siendo. Así que dispara.

—¿Por qué me ha elegido a mí?

Es una pregunta que me lleva rondando la cabeza todos estos días, y cuanto antes lo aclaremos mucho mejor. Cruella no contesta, así que me armo de valor y añado:

—Dejemos las cosas claras. Si me ha elegido para hacerme la vida imposible o vengarse de mí, no cuente conmigo. Pero si me ha elegido por otro motivo, le prometo que voy a emplearme a fondo para que la inauguración de su joyería sea todo un éxito.

Cruella me mira sin decir nada. Trago con dificultad. Justo cuando estoy pensando que acabo de pifiarla, ella sonrío abiertamente.



El pobre se despierta al borde de un infarto.

—¡Qué! ¿Qué pasa? ¿Se está quemando algo?

—¡No, tonto! —me siento en el borde de la cama. Él se frota los ojos y bosteza—. Eres fotógrafo, ¿verdad?

—¿Me acabas de despertar para preguntarme eso? ¡Me va a dar algo!

—¡Necesito tu ayuda!

—Tana, lárgate de mi habitación.

Pero antes de que me pueda echar a patadas, ya le estoy contando mi proyecto. Lo sé, es una locura. Pero también es la mejor idea del mundo.

## 16. Misión imposible

Vale, me siento como si fuera una espía del KGB. Pero lo tengo todo planeado y nada puede salir mal. El guardia de seguridad sale a fumar a las nueve y media. Max siempre llega al trabajo a las nueve en punto, así que necesito distraerlo con alguna excusa para que yo pueda escaquearme.

Solo hay un cabo suelto...

—¡Qué no, qué no, y qué no!

—Nati, por favor —le suplico al otro lado del teléfono.

—Pero ¿tú estás loca? No pienso implicarme en semejante despropósito. ¿Sabes cuántas leyes te estás saltando? ¡Estás mal de la cabeza!

—Jolines, Nati, ¡no seas así! En el fondo me lo debes —insisto desesperada al ver que suplicándole no consigo nada.

—¡Ja, yo no te debo nada! ¡Esto es el colmo!

—Ay, no seas así. Solo es una llamadita de nada. ¿Quién te escuchó cuando Pablo te volvía loca? ¿Quién te prestó a su adorable perrito para que hicierais las paces?

—Técnicamente no me lo prestaste. Se perdió.

—Sí, bueno... ¡y me has metido a tu hermano en casa a traición! Primero me abandona mi hermana, luego tú... ¡tener amigas para esto! — intento llorar, pero no me sale ni una sola lágrima. Así que vuelvo a las súplicas—. Nati, por fa, por fa, por fa...

—Uf, ¡qué sí! ¿Qué tengo que hacer? Pero si algo sale mal, toda la culpa recaerá sobre ti —me advierte malhumorada.

—¡Yujuuuuuuuu! Gracias, te quiero. Te prestaré mi falda de terciopelo roja cuando quieras. O mejor aún, ¡te la regalo!

—Corta el rollo.

—Te mando por email el guion de lo que tienes que decirle. Tú cíñete al plan, ¿vale? Llámalo a las nueve y media.

—¿Has escrito un guion?

—Pues claro. Hice un curso de escritura creativa. —respondo orgullosa—. Eres Purificación García, inspectora de hacienda. Y le vas a pedir un montón de documentación. Tú asústalo un poco para que pierda el tiempo, y al final le dices que ha habido una confusión y le cuelgas.

—Tana... si el karma existe...

—¡Gracias, te quiero! —le cuelgo antes de que pueda arrepentirse.

Ahora llega mi turno. Tengo que distraer a Max hasta las nueve y media para que no salga de la oficina. Cuando reciba la llamada me escaquearé de manera discreta y correré hacia la garita del guardia. Es un planazo. De verdad, lo mío es talento desaprovechado. El CNI debería ficharme.

—¡Max! —lo saludo efusivamente en cuanto lo veo llegar—. Quiero decir, Señor Ortiz. ¿Te has hecho algo en el pelo? Te veo genial. Deja que te coja la chaqueta.

Max me mira como si hubiera perdido un tornillo. Normal, no está acostumbrado a este exceso de amabilidad por mi parte.

—Eh... no, no me he hecho nada en el pelo. ¿Te encuentras bien?

—¿Yo? —me rio como una completa lunática—. ¡Pues claro! ¿Por qué no iba a estarlo?

Lo persigo hacia su despacho para que no se me escape. Me pienso pegar a él como una lapa hasta que reciba la llamada. Se detiene abruptamente y yo me choco contra su pecho. Él pone mala cara.

—Aitana, ¿qué te pasa?

—¿A mí? —de nuevo, se me escapa una risita histérica—. Naaada. ¿Entramos? Tengo un montón de ideas para la joyería. De hecho, ayer me encontré con Pilar y...

Max me pone la mano en la frente y me callo de golpe. Literalmente. Me quedo sin habla mientras él me palpa con cuidado. No sé qué pretende hasta que comprendo que me está tomando la temperatura. Reconozco que no me resulta desagradable que me toque con tanta delicadeza. Luego me sostiene por las mejillas y me estudia con curiosidad. A mí se me acelera el corazón. Ay... que deje de hacer eso porque me muero.

—Eh... ¿qué haces? —musito con un hilo de voz.

—No tienes fiebre. ¿De verdad te encuentras bien? Te noto muy alterada. Puedes tomarte el día libre si lo necesitas. Quizá sea uno de esos virus que anda por ahí...

Su preocupación me deja momentáneamente desconcertada, hasta que sacudo la cabeza con vehemencia.

—¡No!, ¡qué va! Me encuentro genial, en serio. No he dormido mucho y he tomado un montón de café.

—No te gusta el café.

Frunzo el ceño. Me conoce demasiado bien. Ahora pone cara rara. Sabe que oculto algo.

—Tú qué sabes. Sí que me gusta.

—¿Desde cuándo? Siempre bebes té.

—Té... café... ¿entramos? —insisto, cada vez más nerviosa.

—Ponte tú a trabajar. Vuelvo en diez minutos, voy a...

—¡Noooo! —grito, y lo agarro del brazo.

Max mira mi mano, y luego mi cara. Enarca una ceja. Mierda, me estoy comportando como una chiflada.

—Yo... ahora que lo dices, me encuentro fatal. Ay... creo que me estoy mareando...

—¡Aitana!

Me desplomo a propósito y él me coge justo a tiempo. Lo sé, voy a ir al infierno por esto. Menos mal que mis clases de teatro me convirtieron en una mentirosa convincente. Max me sostiene con firmeza, abre la puerta de su despacho de una patada y me lleva en brazos hasta el sofá. Sí, lo reconozco, resulta que sus brazos son muy acogedores. Y huele de maravilla. Ahora entiendo a Gucci.

Se sienta conmigo en el sofá y me sacude con suavidad. Entreabro los ojos como si acabara de recuperarme milagrosamente. Él respira aliviado. En sus ojos hay tanta preocupación que siento una punzada en el corazón.

—Aitana —dice mi nombre con voz ronca y me mira de una forma muy extraña—. ¿Estás bien?

Asiento con debilidad. Por el rabillo del ojo veo que el reloj de la pared marca las nueve y cuarto. Voy a tener que seguir interpretando mi papel durante quince minutos más.

—Uhm... no sé qué me ha pasado... creo que sí...

—Por favor, no me des estos sustos. Voy a llamar a un médico.

—¡No! —agarro su mano con fuerza—. Quédate conmigo hasta que se me pase...

—Yo... de acuerdo.

Estoy recostada sobre su pecho y él me mira con una mezcla de ternura y preocupación que me desarma. Solo serán quince minutos, pero una parte de mí decide aprovecharlos al máximo. Me sobresalto un poco cuando él me acaricia el pelo con una mano.

—¿Mejor? —pregunta con suavidad.

—Sí, Señor Maximiliano Ortiz.

Pone los ojos en blanco, pero se le escapa una sonrisa.

—Sigues siendo tú.

Me acaricia la mejilla con un dedo y a mí se me escapa un suspiro de

placer. Se supone que debería estar interpretando un papel, pero ahora estoy completamente perdida. He perdido el dominio de la situación... y creo que él también. Por la forma en que me mira y me toca... no lo reconozco.

—¿Y eso es malo?

—No. En absoluto.

Nuestras miradas se encuentran y saltan chispas. Se inclina hacia mí y estoy convencida de que va a besarme, así que cierro los ojos.

—Me gusta cuando eres tú —susurra contra el lóbulo de mi oreja. Un escalofrío de placer me recorre todo el cuerpo. Entonces se aleja de mí y dice —: Puede que haya sido una bajada de azúcar. ¿Has desayunado?

¿Qué? Un segundo... ¿por qué acaba de alejarse de mí y me ha dejado con las ganas? Lo miro desconcertada y fuerzo una sonrisa.

—Sí, habrá sido eso. No, no he comido nada.

—Mal hecho. Estás muy delgada.

Se levanta del sofá y sale del despacho. Así que estoy muy delgada. Ya, claro. A él le gustan más las mujeres como Malena, que rellenan el escote. ¡Seré ingenua!

Regresa al poco tiempo con un chocolate y una magdalena.

—Come algo, te sentirás mejor.

—¿Vas a quedarte ahí observándome?

—Sí.

Lo dice en serio, así que le doy un bocado a la magdalena. Tengo el estómago revuelto después de lo que ha sucedido, pero no quiero que dude de mí.

—Creo que deberías ir al médico.

—¿Para qué? Ya me encuentro bien. Tienes razón, ha sido una bajada de azúcar.

—Insisto. Cuando termines te llevo.

¿Qué? ¡No! Tiene que coger el maldito teléfono. ¿Por qué se tiene que comportar como un caballero justo en este momento?

—Oye... nada de favoritismos, ¿recuerdas?

—Nadie va a impedirme que me preocupe por ti. Ni siquiera tú.

De la impresión, se me cae la magdalena dentro del chocolate. Cuando va a añadir algo más, le suena el teléfono.

—Voy un segundo al servicio... —me excuso para que lo coja.

Me sigue con la mirada hasta que descuelga el teléfono. Me quedo detrás de la puerta escuchado la conversación.

—¿Cómo? ¿Una inspección? Ya pasamos una hace seis meses... sí, lo que usted diga, pero... ¿por teléfono? No creo que esto sea...

Ya está. Es la señal para que salga pitando hacia la garita del guardia. Como era de esperar, ha salido a fumarse un cigarrillo. Echo una ojeada a ambos lados de la calle antes de colarme en el interior y comenzar a rebuscar entre el desorden. Cinco minutos después, canto victoria al encontrar la cinta con la fecha en la que le arañé el coche a Max. La guardo dentro del bolso y salgo de allí justo cuando me suena el teléfono.

—¡Me ha colgado! Creo que no se lo ha creído. Tienes que salir de allí antes de que...

No respondo a Nati porque veo a Max a lo lejos. La garita del guardia está al fondo de una calle sin salida, y me quedan pocos segundos antes de que él me vea. No sé qué se me pasa por la cabeza cuando veo una furgoneta, pero ni me lo pienso y corro a esconderme detrás de ella. Agazapada, observo a Max dirigirse hacia la garita del guardia de seguridad. Solo tengo que esperar a que se marche, y luego...

—¿Qué haces ahí?

La voz masculina me sobresalta. Me vuelvo hacia el enorme desconocido que me mira con cara de pocos amigos. Debe de ser el dueño de la furgoneta.

—Yo... se lo puedo explicar...

—¿Estás robando? Te he pillado con las manos en la masa, ¡ladrona!

—Oiga, ¡qué yo no soy ninguna ladrona! —exclamo ofendida.

—Ah, ¿no? Hace dos noches robaron en mi taller, y ahora te pillo a ti husmeando en mi furgoneta. Voy a llamar a la policía, niñata. Estoy harto de la gentuza como tú.

Me agarra del brazo antes de que pueda escapar.

—¡Suéltame inmediatamente, animal! —le ordeno hecha una furia.

—No hasta que venga la policía.

—¡Qué me suelte! Esto es detención ilegal. Conozco mis derechos.

Le doy una patada en la espinilla que solo consigue enfurecerlo más. Cuando me empuja contra el vehículo, alguien se interpone entre nosotros y lo aparta de un empujón. Es Max... y está más furioso de lo que lo he visto en toda mi vida.

—No vuelvas a tocarla —le ordena con la voz cargada de ira.

—¿Y quién me lo va a impedir? ¿Tú? —el hombre suelta una carcajada atónita—. ¿Estáis compinchados?

—¿A qué se refiere? —pregunta extrañado Max.

—Sois un par de vulgares ladrones, a pesar de esa ropa pija que lleváis...

—Está loco —me defiendo con toda la dignidad que me queda—. Yo estaba tomando el aire tranquilamente cuando se ha puesto a gritarme.

Y es verdad. Puede que la única del día, pero este hombre es un energúmeno.

—¡Me estabas robando, niñata!

—Oiga, Chewbacca sin modales, aprenda como tratar a una señorita —le suelto indignada.

—¿Cómo me has llamado? —pregunta con cara de psicópata y los puños cerrados.

Max se cruza en su camino cuando avanza hacia mí de manera intimidatoria.

—Mire, no tengo ni idea de cuál es su problema, pero seguro que podemos hablar las cosas como personas civilizadas. Pero le advierto que como intente agredir a mi amiga, se las tendrá que ver conmigo.

El puño del psicópata impacta en el pómulo de Max y lo tira contra el coche. Suelto un alarido y me lanzo a por Chewbacca como si fuese Rambo. A partir de ahí todo deja de tener sentido.

## 17. Un héroe sin capa

Chewbacca acabó detenido porque un alma caritativa llamó a la policía. No sé muy bien cómo explicar lo que sucedió, porque es del todo surrealista. Hecha una furia, conseguí encaramarme a su espalda y le tiré del pelo. Luego Max se levantó tambaleándose e intentó separarme, y el pobre se llevó otro golpe. Media hora después, estamos en su despacho y él me observa con expresión asesina.

Reconozco que estoy bastante impresionada porque me defendiera, pese al resultado. Por mi culpa se ha llevado dos puñetazos y tiene el pómulo hinchado. Sí, me siento un pelín culpable y no sé cómo escaquearme de esta, así que digo:

—Voy... a por un poco de hielo.

—No te muevas —gruñe de malhumor—. ¿Se puede saber qué hacías allí?

Lo miro con dulzura.

—Has sufrido un buen golpe. Pobrecito, ya hablaremos después. Voy a por el hielo...

Me agarra por la cintura antes de que pueda largarme. Se me acelera el corazón cuando me acerca a su cuerpo. Él no parece afectado por el contacto, sino completamente furioso.

—Aitana, la verdad.

—Pues... salí a tomar el aire, ya te lo dije —le miento como una bellaca.

Entrecierra los ojos y me observa con mucha atención. Pongo cara de buena, pero creo que no hace efecto. Le acaricio los hombros para aplacarlo y le quito una inexistente pelusilla de la chaqueta. Max todavía me rodea por la cintura y a mí me tiemblan las piernas. Sí, tiene la apariencia de Rocky Balboa después de una pelea. Pero sigue siendo guapísimo y yo no soy de piedra.

—Dijiste que ibas al servicio —me contradice con tono huraño.

—Sí, pero de repente sentí que me faltaba el aire y fui a dar un paseo.

—Aitana, ¿me estás vacilando?

—Jamás le mentiría a un hombre convaleciente.

Me suelta de golpe.

—Me encuentro perfectamente —responde con el orgullo herido—. No

ha sido nada.

—Ay... pero si estás hecho un cuadro. Has sufrido una contusión y no piensas con claridad. Seguro que viste las estrellas cuando ese mastodonte te derribó de un puñetazo.

Hincha el pecho y me fulmina con la mirada.

—Podría habérselo devuelto si tú no te hubieras interpuesto entre nosotros. No quería que te hiciera daño.

—Qué mono —digo, y le doy un beso en la mejilla.

Max se sobresalta y se aparta de mí con el ceño fruncido. Su orgullo está por los suelos, pero yo pienso que se ha comportado como un caballero. Y Chewbacca lo pilló desprevenido, no es justo. Aprovecho que se deja caer en el sofá con un suspiro ronco para buscar algo de hielo. Cuando vuelvo, se ha quitado la chaqueta y está repantigado en el sofá. Está desfigurado y, sin embargo, ¿es normal que me parezca tan sexy en este momento?

—Déjalo, ya lo hago yo.

Intenta arrebatarme el paño helado, pero echo el brazo hacia atrás.

—Es lo mínimo que puedo hacer por ti.

Vuelve a suspirar, pero cierra los ojos y me deja curarlo. Presiono el paño contra su pómulo y él aprieta la mandíbula. Es demasiado orgulloso para admitir que le duele.

—¿Te traigo unos analgésicos?

—No.

—No hace falta que te hagas el duro... —él abre un ojo y pone mala cara—. Lo digo en serio. Ya has demostrado lo duro que eres. No sabía que fueses tan caballero. Te has sacrificado por mí. Qué bonito.

—No te ilusiones. Eres muy poca cosa. Te habría matado.

Presiono el paño helado contra su pómulo y él suelta un gruñido a modo de protesta.

—¡Ay!

—Perdona, no controlo mi fuerza. Con lo poca cosa que soy...

Me mira de reojo, pero no dice nada. Es un neandertal. Debería admitir que me ha defendido porque le aterrorizaba que me hicieran daño. Pero como es un caso perdido, decido ser yo la sincera.

—Oye... muchas gracias por haberme defendido. Y lo siento, ya sabes, por cómo han acabado las cosas. ¿Me perdonas?

—Qué remedio.

—Eres un sol.

Le doy un beso en el otro pómullo. Noto que tensa todo el cuerpo y no entiendo por qué. No sé si le molestan mis besos, o, todo lo contrario. Pruebo otra vez. Lo beso en la barbilla y él se aparta ofuscado.

—¿Qué haces? —replica con voz ronca.

—Besarte para que te duela menos.

—No tienes vergüenza. Soy un hombre malherido, no puedo defenderme.

—Creo que te apartarías si no te gustara.

Me mira a los ojos y trata de fulminarme con la mirada, pero esta vez no me dejo intimidar. Sí, he dado en el clavo. Sé que mis besos le gustan por mucho que se haga el duro. O eso espero, porque resulta que me muero de ganas por volver a besarlo.

—Tu teoría es una patraña.

—Qué rollo ser tan orgulloso, ¿no te cansas?

Me quita el paño de la mano y se aparta de mí. Noto una punzada de decepción en el estómago, pero no me dejo amilanar. Porque en el fondo siento que él lo desea tanto como yo. O eso espero.

—Qué rollo ser tan diva. Cuando me gusta una mujer, soy yo quien toma la iniciativa.

Me levanto hecha una furia y él suelta una carcajada. ¡Lo odio! ¿Cómo puede ser tan mezquino?

—No te enfades, Aitana.

—Me enfado si me da la gana.

—Si quieres que te bese, no tienes más que pedírmelo.

—En tus sueños, Maximiliano —le espeto con rabia—. Y eres tú quien quiere besarme. Admítelo de una vez.

—¿Por qué me muero por tus besos?

—Obviamente. Estás coladito por mí.

—Ven aquí.

Me agarra la mano y tira de mí. No me lo espero y me caigo sobre su regazo. El corazón me da un vuelco cuando me mira de esa manera que me desarma. Tengo la boca seca y soy incapaz de mirarlo a los ojos.

—¿Qué haces? —musito con un hilo de voz.

—Averiguar quién de los dos tiene razón.

—¿Y vas a besarme para averiguarlo? —pregunto asustada y ansiosa.

—Por supuesto.

Sus brazos me rodean por la cintura y me atraen hacia él. Cierro los ojos

y creo que me va a dar un infarto. Ay... cielos. ¡Max va a besarme! Sus labios me acarician la barbilla y me agarra con fuerza para que no me escape.

—¡Qué alguien me explique por qué la policía pregunta por ti! —brama la voz encolerizada de Malena.

Nos separamos de golpe antes de que ella cruce la puerta y nos pille en esta actitud.

—¡Ah! —chilla horrorizada al ver el aspecto de Max—. ¿Qué demonios te ha pasado en la cara?

—Un incidente sin importancia.

—¡Estás hecho papilla! —pone el grito en el cielo, y acto seguido me lanza una mirada acusadora.

Miro mis zapatos y me siento como una idiota. Max solo está jugando conmigo. Por la forma en la que Malena se preocupa por él, es evidente que estos dos están liados. Soy una ilusa. No pienso volver a acercarme a él.

\*\*\*

Me siento como si Max hubiera pisoteado mi corazón para luego tirarlo a la basura. Estoy acostumbrada a que se burle de mí, pero no me esperaba que me utilizara de esa forma. Reconozco que siempre he albergado esperanzas, pero está claro que él no siente nada por mí.

Aunque ha estado a punto de besarme...

¡Oh, venga ya! Tengo que dejar de hacerme ilusiones. Me siento tan despechada que abro el móvil y le escribo un mensaje al Dr. Amor. Al principio pensaba que solo me estaba desquitando con él, pero ahora sospecho que puede que me guste un poquito. Es divertido y siempre consigue sacarme una sonrisa. Sí, tengo el corazón dividido. Estoy hecha un lío, ¡qué típico de mí!

*Yo: hola ??*

Guardo el móvil al cabo de diez minutos. No me ha contestado. Puede que esté ocupado o que solo sea un pasatiempo para él. Me levanto del sofá y voy hacia la cocina para comerme un yogur. Maldito Javi, ya me ha vuelto a robar.

—¡Eres el peor compañero de piso de la historia! —le recrimino, después de conformarme con una manzana.

—No me ha dado tiempo a hacer la compra. Pero limpié la cocina y el baño. Me lo debes.

—Sí, porque te trajiste a una amiguita a casa.

—Eso es agua pasada.

—Lo que tú digas.

Cuando me suena el móvil, dejo de discutir con él y veo que el Dr. Amor me ha contestado. Sonrío de felicidad y leo su mensaje.

**Dr. Amor:** *hola, ¿qué tal estás?*

—Me pica la curiosidad, ¿con quién hablas? —pregunta Javi.

—No es de tu incumbencia, ladrón de yogures.

—Te veo sonreír como una bobita cuando te responde. Y antes has puesto mala cara cuando no lo ha hecho. ¿Tu novio? Creí que estabas soltera.

—Estoy soltera.

Echa un vistazo por encima de mi hombro, así que guardo el teléfono bajo el cojín. Además de limpio es un cotilla. Qué sopor de hombre.

—¿Dr. Amor? ¿Estás yendo a un psicólogo?

—¿Me meto yo en tu vida?

—Yo no estoy tan perdido como tú.

—¡Eso no es verdad! —replico de malhumor.

—Mentiste para conseguir un trabajo y encadenas un problema detrás de otro. Creo que eso es estar bastante perdida... —me contradice con tono burlón.

—¡Habló el que se pasa horas y horas en el supermercado comparando productos de limpieza! Que pareces Don limpio.

—De no ser por mí, te comería la mierda.

—Olvídame, ¿quieres?

—Alguien ha tenido un mal día...

Inspiro profundamente y me levanto del sofá. No lo soporto. Supongo que esta es mi penitencia por ser una mentirosa compulsiva. Voy hacia la cocina para cambiar la manzana por algo que de verdad me apetezca. Cuando regreso con un bol de cereales, pillo a Javi con las manos en la masa. Suelto un alarido y me lanzo hacia él.

—¡Devuélvemelo! —exijo hecha una furia.

Me ha cogido el móvil y tiene los ojos abiertos de par en par.

—¿De verdad estás ligando con un completo desconocido? —alucina.

No soporto su tono acusador, así que le arrebató el móvil y le tiro un cojín a la cara.

—¡No es asunto tuyo!

—Se llama Dr. Amor, ¿cómo te fías de él? ¿Y si no te dice más que mentiras?

—No estoy ligando con él. Solo me divierto...

—No es lo que parece por los mensajes que intercambiáis. Le cuentas toda tu vida. Tana, no tienes ni idea de quién es este tipo.

Me siento como una completa estúpida. Ya lo sé, ¿y qué? Me siento genial cuando hablo con él. Eso es lo que importa.

—Mira, las mujeres tenemos intuición. Sé que es de fiar, ¿vale?

—Dile que quieres quedar con él. En la cafetería, donde no podrá hacerte daño. Si como dices es de fiar, no tendrá ningún problema.

—¿A ti qué más te da? —me sulfuro—. No pienso quedar con él. No estoy preparada.

—Creo que te aterroriza la idea de haberte colgado por una completa fachada.

—Eso no es... —me quedo callada por un instante, porque puede que tenga razón—. Me voy a mi habitación. Buenas noches.

—¡Sabes que tengo razón!

Me encierro en mi cuarto porque no tengo ganas de seguir escuchándolo. Por su culpa, ahora sí que estoy hecha un lío. ¿Y si tiene razón? No sé con quién hablo. Puede que me esté ilusionando de una fachada. O de un asesino en serie que enamora a sus víctimas por Whatsapp. ¿Y si acabo descuartizada en su congelador? Ay, soy demasiado joven para morir.

*Yo: pues... no lo sé. ¿Y tú?*

*Dr. Amor: mejor ahora que hablo contigo. ¿Qué te pasa?*

Me muerdo el labio. Tal vez debería proponérselo, pero no me atrevo.

*Yo: he estado a punto de besar a Max. Por suerte, su socia nos ha interrumpido justo a tiempo.*

*Dr. Amor: ¿por suerte?*

*Yo: obviamente habría sido un error. Están liados.*

*Dr. Amor: no sabía que el tal Max tuviera pareja.*

*Yo: no me lo ha dicho, pero es evidente que están saliendo juntos. Esas cosas se notan.*

*Dr. Amor: pero ibais a besaros.*

*Yo: sí. Creo que me estaba utilizando.*

**Dr. Amor:** deberías preguntarle si tiene algo con ella. Así saldrías de dudas.

**Yo:** cambiando de tema. ¿Cuándo vas a enseñarme en persona tu tatuaje?

**Dr. Amor:** cuando quieras. Me muero de ganas de verte.

Ay. ¡Ay! Vale, esto es culpa de Javi. Pero a lo hecho, pecho.

**Yo:** ¿mañana?

**Dr. Amor:** ¿no vas un poco deprisa?

**Yo:** acabas de decir que te mueres de ganas de verme...

**Dr. Amor:** y decía la verdad.

**Dr. Amor:** seré sincero contigo, Tana. Me muero de ganas de verte, eso es totalmente verdad. Me pareces una mujer increíble, guapa, divertida y algo loca. Pero me da miedo no ser lo que esperas.

Respiro con dificultad. Vaya... eso ha sido inesperado. Y me ha llegado al corazón.

**Yo:** a lo mejor eres tú quien sale huyendo cuando me conozca.

**Dr. Amor:** eso es absurdo. Me tienes completamente fascinado.

Me muerdo el labio. Tengo mariposas en el estómago. Es demasiado bueno para ser real.

**Yo:** prométeme que no eres un perverso, un psicópata, ni nadie del que no pueda fiarme. Entonces tendré paciencia.

**Dr. Amor:** soy una persona completamente normal. Te lo prometo.

Respiro aliviada. Me da igual lo que diga Javi, porque mi instinto me dice que puedo fiarme de él. Además, quiere conocerme. Solo necesita un poco de tiempo, eso es todo.

**Yo:** y que estás soltero.

**Dr. Amor:** lo estoy.

**Yo:** y que no me meterás mano en la primera cita.

**Dr. Amor:** eso es más complicado. Eres preciosa.

**Dr. Amor:** *pero jamás te tocaría si tú no quisieras. Tengo principios.*

Vale, estoy hiperventilando. Ojalá que no me esté diciendo lo que quiero oír.

**Yo:** *¿de verdad eres tan bueno como parece? ¿No tienes ningún defecto? ¿Ninguna tara oculta? ¿Cuándo se te pase la garantía no me llevaré una sorpresa desagradable?*

**Dr. Amor:** *caray, no puedo prometer que sea perfecto.*

**Yo:** *te aseguro que yo no lo soy.*

**Dr. Amor:** *la perfección está sobrevalorada. Por cierto, quiero hacer maratón de Netflix, pero me falta la compañía. ¿Empezamos una serie juntos?*

Creo que esto es lo más parecido a una relación que he tenido en mi vida. Pero, para mi sorpresa, empezamos a ver Dark y la comentamos por Whatsapp. Sí, estoy hecha un lío. Pero dentro de mi cacao mental tengo una cosa clara: el Dr. Amor cada día me gusta más.



## 18. Me vengo arriba.

La navidad se acerca y se nota en todas partes menos aquí. Es una fecha que me encanta, pero, al parecer, ni Malena ni Max están por la labor de decorar la empresa. Ojalá tuvieran un poquito de espíritu navideño porque estoy convencida de que eso ayudaría a animar a sus empleados.

—Un árbol de navidad quedaría genial en la entrada —le digo a Patricia—. Unas guirnaldas adornando las puertas, una flor de pascua sobre la mesita...

Antes de que ella pueda contestarme, Paco, el contable, suelta una carcajada y deja un montón de papeles sobre el escritorio de Patricia.

—Chiquilla, esto es una empresa seria, no el Corte Inglés.

—La navidad es la época del año más bonita. Lo digo en serio, trabajar en un ambiente alegre os cambiaría a todos la cara.

Paco tuerce el gesto. Es como el enanito Gruñón de Blancanieves. Se pasa el día de malhumor y quejándose por lo desordenados que somos.

—A mí me parece una idea estupenda —concede Patricia—. Pero no vas a convencer a Malena. Y mucho menos a Max. Los dos piensan que la decoración debe ser impersonal.

Echo un vistazo a la oficina. Más que impersonal, yo diría que trabajamos en un ambiente anodino y soso. Demasiados tonos blancos y grises. Qué rollo.

—Eso ya lo veremos —respondo, entusiasmada ante mi nuevo reto—. No te haces una idea de lo persuasiva que puedo llegar a ser.

Y de lo mentirosa. Pero eso no se lo digo, por supuesto. Así que me encamino hacia el despacho de Malena con la intención de convencerla de lo positivo que sería que todos se contagiaran del espíritu navideño.

—¡Buenos días!

—Lo serán para ti —responde irritada, sin apartar la vista de la montaña de papeles de su escritorio—. ¿Has acabado con lo que te pedí?

—¡Sí! Todo listo, jefa.

—No me llames jefa. ¿No tienes nada que hacer? Porque te aseguro que tengo un montón de trabajo atrasado con el que puedes ayudarme.

Uy, no está de buen humor. A esas alturas no debería sorprenderme, pero ahora no tengo ni idea de cómo iniciar la conversación. Opto por soltarle

una mentirijilla de nada para no perder la costumbre. Por si acaso, cruzo los dedos detrás de mi espalda.

—Pues... ahora que lo dices, Max me ha pedido que te pregunte si estarías de acuerdo en decorar la oficina. Nada demasiado llamativo. Ya sabes, lo básico. Un arbolito de navidad y poco más.

Malena me observa contrariada.

—¿Max quiere decorar la oficina con motivos navideños? —pregunta con suspicacia.

—Sí. Por lo visto ha leído un estudio que asegura que trabajar en un ambiente agradable aumenta la productividad, la eficacia y la creatividad de los empleados. Dice que puedo encargarme de todo.

Malena pone cara rara, pero, contra todo pronóstico, no me obsequia con un no rotundo.

—Cada día lo conozco menos —sacude la cabeza con incredulidad—. No sé qué mosca le ha picado. Que haga lo que quiera. Eso sí, nada excesivo.

—¡Nada excesivo! Entendido, jefa.

Je, je, je. Si es que lo mío es un talento desaprovechado. Menos mal que hice un curso de mediadora que dejé a medio acabar. Pero, como dice el refrán; el saber no ocupa lugar. Puede que algún día lo acabe, pero ahora estoy demasiado ocupada dirigiéndome hacia el despacho de Max para convencerlo a él. Me enjugo la garganta para llamar su atención.

—Buenos días, Señor Ortiz.

—Buenos días —responde, sin despegar la vista de la pantalla del ordenador.

Qué antipáticos son todos en esta oficina. Menos mal que estoy yo aquí para endulzarles el carácter. Ahora que lo pienso, me parece que la decoración navideña no va a ser suficiente. Esta es una situación crítica que requiere de medidas extremas.

—Malena me ha pedido que te diga que le gustaría decorar la oficina con adornos navideños. Por lo visto ha leído un estudio que asegura que trabajar en un ambiente agradable aumenta la productividad, la eficacia y la creatividad de los empleados. Dice que puedo encargarme de todo.

Max deja de mirar el ordenador y clava los ojos en mí. Está tan contrariado como Malena. Lo sabía. Son tal para cual. Están liados. Nunca me equivoco.

—¿Qué?

—Que Malena me ha pedido...

—Ya, ya te he oído —me interrumpe con aspereza—. No sé qué mosca le ha picado. Estábamos de acuerdo en una decoración neutral.

—Neutralmente aburrida —se me escapa.

—¿Cómo dices?

—Que esto parece un asilo, o un hospital. Estoy de acuerdo con Malena. Un poco de alegría navideña no nos vendría mal. ¿Sabías que hice un curso de decoradora? Yo me encargo de todo. De nada.

Max no parece del todo convencido. Al parecer, él va a ser el hueso duro de roer en todo este asunto.

—Si quisiera tu opinión, ya te la habría pedido. A mí me gusta la oficina tal y como está.

—Eso es porque tienes un gusto horroroso.

Suspira y se reclina en la silla. Está perdiendo la paciencia, pero yo no tengo la culpa de que tenga tan poca. Cada vez estoy más segura de que le vendrá bien un cambio.

—Vale... como tú quieras. Iré a decirle que no estás de acuerdo. Tenía un humor de perros esta mañana. Si viene a discutir contigo, que conste que ya te lo he advertido... —digo, y me doy la vuelta muy lentamente.

Cuando estoy a punto de marcharme, lo oigo pronunciar una maldición.

—¡Espera!

Sonrí para mis adentros y me vuelvo hacia él. Lo sabía, soy un hacha.

—De acuerdo, decora un poco la oficina.

—¡Genial! —no puedo disimular mi entusiasmo.

—Un poco, Aitana —me advierte—. Nada de excesos ni guirnaldas por todas partes. Esto no es un centro comercial.

—¡Sí, Señor! —me cuadro como un militar y salgo de allí.

Una hora y media después, estoy decorando la oficina como si fuese la casa de Santa Claus. Monto un árbol de navidad enorme en la entrada, decoro las ventanas con un espray de nieve artificial y lo lleno todo de guirnaldas y flores de pascua. La oficina se ha convertido en destellos de dorado y plateado y figuritas de papá Noel por todas partes.

—¡Qué pasada! —exclama Lucía, una de las creativas—. Nunca había visto esta oficina tan bonita.

Poco a poco, todos los trabajadores salen a observar la decoración. Hasta Paco sonríe y dice que no está del todo mal. He montado una mesita con mazapanes, mantecados, turrone y una botella de anís.

—¡No os olvidéis de apuntaros a la cena de empresa! —les digo, viniéndome arriba—. Ah, y al amigo invisible.

—¿Este año tenemos cena de empresa? —pregunta impresionado Hugo.

—¿Y amigo invisible? —alucina Blas.

—Pues claro. Los jefes quieren agradeceros vuestra implicación en la empresa. Aquí todos sois muy importantes.

A Paco se le saltan las lágrimas. Cojo la botella de anís y sirvo unas copas. Y como me desmadro, pongo villancicos y subo el volumen.

—¡Hacia Belén va una burra, rin, rin! —comienzo a cantar.

Todos me siguen el rollo, y en menos de cinco minutos acabo de montar una fiesta en la oficina. Brindamos con anís y cantamos villancicos. Me encanta verlos así de felices. Hasta que, cuando me doy la vuelta, veo a Malena con cara de querer matarme.

—P-pero... ¿esto qué es? —balbucea sin dar crédito.

Pongo cara de circunstancias y musito:

—A lo mejor se me ha ido un pelín de las manos...

Va a decir algo, pero entonces todos se le acercan y empiezan a abrazarla. Malena se queda rígida y no sabe dónde meterse.

—¡Muchísimas gracias, jefa! —Patricia le da un beso.

—¡Esto ha quedado precioso! —Lucía le da un abrazo.

—Tengo muchísimas ganas de que llegue la fiesta de navidad. ¡Y el amigo invisible! Qué pasada. Este año os habéis lucido —le dice Hugo—. Da gusto trabajar en un ambiente así.

—Eh... bueno, esto... —Malena está tan abochornada por la reacción de sus empleados que, en vez de ponerse a gritarme, dice—: ya era hora de alegrar un poco la oficina.

—¡Porque es una jefa excelente, porque es una jefa excelente...! —canta Paco, y todos lo siguen.

Yo también me pongo a cantar, hasta que alguien me da un golpecito en el hombro y me vuelvo para servirle un poco de anís. Es Max, quien me observa entre el estupor y la calma más peligrosa.

—Esto... te lo puedo explicar... —empiezo a decir.

—¿En serio? —duda, y empiezo a notar su enfado—. ¿De verdad me puedes explicar por qué has montado un circo en mi oficina?

—¡Es el jefe! —exclama Lucía—. ¡Tres hurras por él!

Max se queda bastante cortado cuando nos interrumpen. Empiezan a corear su nombre y me mira desconcertado. Le sonrío con timidez, y deja de

mirarme cuando lo abrazan y le ofrecen un vaso de anís.

—Te has lucido —me dice Malena, con la voz turbia por el alcohol.

—Yo... ya sé que me he excedido, pero...

—Nunca me había sentido tan querida por mis empleados, ni los había visto tan felices. Gracias.

La miro creyéndome que está bromeando y que ahora se pondrá a gritarme como una histérica, pero en lugar de ello, vuelve a unirse a la fiesta y me deja con cara de póker. El único que parece fuera de lugar es Max, pero todos están tan desfasados que no se atreve a cortarles el rollo. Cuando nuestras miradas se cruzan, puedo leerle los labios:

—Ya hablaremos.

## 19. No te entiendo

Se monta tal jolgorio en la oficina que todos salimos más tarde de lo habitual. Al menos se lo han pasado bien, aunque la bronca de Max no hay quien me la quite. De eso estoy segura. Llego jadeando a la parada de autobús y le hago una señal al conductor para que me espere, pero o no me ve o pasa de mí. Pongo las manos sobre las rodillas y recupero el aire.

—Sube.

Me sobresalto ante la orden y estoy a punto de caerme de boca. Me vuelvo hacia Max, que está montado en su coche.

—Eh... no, gracias. Esperaré al siguiente.

—Insisto —dice, con cara de pocos amigos.

Me doy cuenta de que tiene los nudillos blancos. Está apretando el volante con mucha fuerza.

—Qué detalle por tu parte, pero no hace falta. Me gusta viajar en autobús.

—¿Me estás evitando? —intuye, con una sonrisa asesina—. Sube, no muerdo.

—No, para nada. Pero recuerdo que me dijiste que no harías excepciones conmigo. ¿No querrás que piense que no eres un hombre de palabra?

Se inclina hacia el asiento del copiloto y abre la puerta.

—Aitana, entra en el maldito coche. Tenemos que hablar.

Lo sabía, de esta no me libra ni Dios. Ojalá Gucci estuviera aquí para enseñarle los dientes. Es un gran aliado cuando me meto en problemas. Desgraciadamente, de esta voy a tener que salir yo solita. De mala gana, arrastro mis pies hacia el coche y tomo asiento a su lado. Max arranca y durante cinco minutos permanecemos en silencio. Ni siquiera me atrevo a mirarlo porque sé que está cabreadísimo.

—Reconozco que nunca dejas de sorprenderme —dice, con una calma de lo más peligrosa—. Malena vino a mi despacho para preguntarme por qué diantres había cambiado de opinión sobre la decoración de la oficina. Te puedes imaginar la cara de idiota que se me quedó.

—Max, si dejas que te lo explique...

—Pero todavía me quedé más alucinado cuando descubrí que habías montado una fiesta en la empresa. Por no hablar de la supuesta cena de

empresa o del amigo invisible. Sí, creo que voy a dejar que me lo expliques.

Detiene el coche en un semáforo y me mira a los ojos. Está furioso. Me retuerzo las manos con nerviosismo y él me mira expectante.

—Vale, os mentí —admito, porque no sé como arreglarlo—. Pero lo hice con la mejor intención.

—¡Da igual cuál fuera tu intención! —estalla furioso—. Aitana, ¿puedes dejar de excusarte por una vez en la vida? Soy tu jefe, deberías respetarme y no lo has hecho.

—Oye, eso no es del todo cierto. No pretendía menoscabar tu autoridad. Solo quería inyectar una dosis de alegría a tus empleados. ¡Hasta Malena se ha divertido!

—Me da igual cuál haya sido el resultado —replica de mala gana—. Te has comportado como una chiquilla caprichosa que es capaz de cualquier cosa con tal de conseguir lo que quiere. Ya no tienes doce años.

Se me encienden las mejillas. No, no tengo doce años. ¿Por qué me lo está recordando? Me siento tan humillada que me pican los ojos, pero no voy a llorar delante de él.

—Yo no quería trabajar para ti —me hago la digna, y dejo que el resentimiento hable por mí—. Pero tú siempre tienes que quedar por encima de mí. Es como si necesitaras demostrar que siempre llevas la razón. Ya sabes cómo soy, no entiendo por qué te haces el sorprendido a estas alturas. ¿Para qué me contrataste si piensas que soy una cría caprichosa y estúpida?

Max me contempla contrariado.

—No pienso que seas estúpida, es solo que...

—Solo que nada. Puede que yo sea una chiquilla caprichosa como tú dices, pero tú eres un jefe demasiado serio y estirado.

—¿Insinúas que no tengo ni idea de cómo dirigir mi propia empresa?

—Insinúo que no eres capaz de admitir cuándo te equivocas. En serio, Max. Mira lo contentos que estaban todos.

—Eso no quita que me hayas mentido.

—No, pero...

—Pero nada. Se acabó, Aitana.

—¿Me estás despidiendo? —me temo.

No sabía lo mucho que me gustaba trabajar en Máxima hasta este momento. Creo que de verdad puedo encajar aquí. Por primera vez me siento útil.

—No lo sé. Una parte de mí cree que debería hacerlo. Aunque no puedo

pasar por alto el éxito que han tenido tus ideas. Todos están emocionados con la cena de empresa y el amigo invisible. Incluso a Malena le hace ilusión. ¿Por qué diantres no me contaste la verdad? ¿No habría sido más sencillo?

—Porque nunca tienes en cuenta mis opiniones.

—Eso no es cierto. Creo que estoy respetando tus opiniones en el proyecto de la joyería, ¿o no?

—Sí, pero...

—Pero qué.

—¡Me tratas como si fuera una niña!

—Pues deja de comportarte como tal.

Lo fulmino con la mirada y me doy cuenta de que acaba de aparcarse delante de mi portal. No tengo por qué seguir aguantando esto. Ya sé que tiene razones para estar enfadado, pero es demasiado orgulloso, arrogante y cabezón.

—¿Has acabado? —pregunto herida—. Me quiero ir a mi casa.

—No.

—Ya no estamos en el trabajo. Lo sé, tienes razón. No volverá a pasar. Adiós.

Pone una mano sobre la mía para que no me vaya.

—He dicho que no he acabado.

—Y yo he dicho que...

—El otro día dejamos algo a medias —me interrumpe con voz ronca, y se inclina hacia mí—. Te dije que te besaría, pero nos interrumpieron.

Sube la mano hasta mi barbilla y acerca mi rostro al suyo. Se me acelera el pulso y doy gracias por estar sentada.

—¿Se supone que vas a besarme ahora? —me niego a tomarlo en serio, con un hilo de voz.

Max me mira a los ojos, y luego, a los labios.

—Por supuesto. Soy un hombre de palabra.

Antes de que pueda replicar algo más, él aplasta su boca contra la mía y me estrecha entre sus brazos. Me quedo sin aliento y creo que lo estoy soñando. Pero no, no es ningún sueño. Max me está besando. Y... oh, cielos... ¡cómo besa! Es el mejor beso que me han dado en la vida. Me quita el cinturón de seguridad y me acerca más a su cuerpo. Me besa profundamente y sin reservas. Como si tuviera todo el derecho del mundo a hacerlo. No logro reaccionar. Dejo que sea él quien lleve la iniciativa y me vuelvo loca cuando me muerde el labio inferior. Suspiro contra su boca. No

siento mariposas, siento más. Siento que me va a explotar todo el cuerpo. Siento que me mareo y que no soy capaz de moverme. Siento que enloquezco de deseo cuando mete una mano por dentro de mi jersey y me acaricia la espalda. Entierra la otra mano en mi pelo, me obliga a echar la cabeza hacia atrás y me besa con una ferocidad que me desarma. Es tremendamente dominante y, Dios, me vuelve loca. Hasta que se detiene abruptamente y se separa de mí. Respira con dificultad y parece tan confundido como yo por lo que acaba de suceder.

—No me ha quedado del todo claro. Creo que vamos a tener que repetirlo para salir de dudas —me dice, y vuelve a clavar los ojos en mi boca.

—Yo... esto... —busco la manivela de la puerta y forcejeo con ella—. Estoy cansada. Adiós.

Me tropiezo tres veces antes de salir del coche. Cuando lo consigo, voy corriendo hacia el portal y me encierro dentro. Madre mía, ¿qué acaba de pasar? Acabo de huir de su coche como una boba. Pero me cuesta respirar, me tiemblan las piernas y tengo la vista nublada. Ni siquiera he sido capaz de responder a su beso. Uf, me he comportado como una cría sin experiencia, pero Max me impone demasiado. Y el beso ha sido... brutal.

Para colmo, el Dr. Amor me escribe en el momento menos indicado. Y ahora, además de hecha un lío, me siento tremendamente culpable por jugar a dos bandas.



## 20. Dudas

En una situación normal me habría desahogado con Nati o Tessa, pero como soy un completo desastre, utilizo a la primera persona que tengo a mano, que resulta ser Javi.

—Así que acabas de besar a Max...

—Técnicamente ha sido él quien me ha besado.

—Y tú has opuesto mucha resistencia, ¿no? —se burla de mí—. Empieza a llamar a las cosas por su nombre. Te has besado con Max.

—Sí, me he besado con Max.

—El mismo Max al que dices que no soportas. Por culpa del que has aprendido ruso y encadenado una mentira tras otra. No es por llevarte la contraria, pero yo diría que te importa más de lo que estás dispuesta a admitir.

—¡Es que si lo dices así!

—¿Y cómo quieres que lo diga? Solo enumero los hechos.

—Sí. Ya —me dejo caer en el sofá y me llevo las manos a la cabeza—. No le gusto, ¿vale? Solo me ha besado para admitir que lleva razón. Él es así.

—Por experiencia, te aseguro que ningún hombre besa a una mujer si no le gusta.

—Me trata como una niña —me quejo.

—A veces te comportas como una niña.

—Muchas gracias.

—De nada —se sienta a mi lado y coge a Gucci, que le está mordisqueando las zapatillas—. Dile a tu dueña que está como una cabra.

Gucci salta de su regazo y comienza a lamerme las manos. Lo acaricio detrás de las orejas y se hace un ovillo en mis piernas. Cinco minutos después ya está roncando.

—Aprende de tu perro. Él no se complica la vida.

—Yo no me complico la vida, ¡la vida es complicada!

—Porque tú quieres que lo sea. Max te gusta, admítelo de una vez. ¿Desde cuándo llevas enamorada de él?

—Pff... —suelto una risilla falsa—. No estoy enamorada de Max. ¡Qué tontería! Vale, es guapísimo y me atrae un montón. Pero también me saca de quicio. En serio, no lo soporto. Lo único que hacemos es pelearnos. Y, como ya te he dicho, él me trata como una niña.

—Sí, pero te ha besado. Creo que eso contradice lo que dices. Creo que sigues despechada porque te rechazó cuando tenías doce años...

—No es verdad —respondo con la boca pequeña—. Además, me siento super culpable porque estoy tonteando por Whatsapp con un completo desconocido. Ya está, ya lo he dicho.

—Venga ya, no seas dramática. Ni que fuerais novios.

—Me siento genial cuando hablo con él. Lo digo en serio, ¿es como si me entendiera!

—Ni se te ocurra hacerte ilusiones con un tío al que no conoces de nada. Creo que solo es una excusa para no afrontar tus verdaderos sentimientos por Max.

—Eso no es... —me pongo de pie y cojo a Gucci en brazos—. ¿Tú crees?

Javi asiente muy serio.

—Mira... eres buena persona, Tana. Un poco loca, pero buena persona. Si tanto te carcome lo que sientes, sé sincera con ambos. No estás saliendo con ninguno de ellos, pero estás a tiempo de contarles la verdad.

—Vale —digo, y le ofrezco una sonrisa—. Gracias por escucharme, Javi. Nunca me caíste bien, pero empiezo a verte con otros ojos. Eres buen tío.

—¡No me digas! Y yo que pensaba que me tenías en un pedestal...

Le guiño un ojo y voy hacia mi habitación.

—Te puedes comer todos mis yogures. Te lo mereces por haberme escuchado.

\*\*\*

Estoy dándome un baño de espuma calentita mientras pienso en lo que voy a escribirle al Dr. Amor. Como no encuentro las palabras, desbloqueo el número de Max y me quedo mirando su foto. Qué guapo es, jolines. Sale de perfil y acaricio el contorno de sus labios. Los mismos que me han besado hasta dejarme sin aliento. Está en línea y mi corazón se acelera. Le estoy escribiendo un mensaje cuando me arrepiento y lo borro. Para mi sorpresa, él me envía uno.

**Max:** *¿quién es la cobarde ahora?*

Vale, me ha pillado. ¿Y ahora qué?

**Yo:** normalmente suelo decir cosas de las que me arrepiento, y en esas ocasiones no tengo la tecla de borrar. Olvídalo, ha sido un error.

**Max:** como quieras.

Qué horror. Meto la cabeza dentro del agua y suelto un grito. Genial, pensará que soy una cobarde y una insegura. Primero salgo huyendo de su coche y ahora le salgo con estas. En vez de dejar las cosas como están, le escribo otro mensaje.

**Yo:** ¿por qué me has besado?

**Max:** creí que estaba claro.

¡Venga ya, Max!

**Yo:** no lo está.

**Max:** ¿por qué has salido corriendo?

No respondo. Hacerlo implicaría serle completamente sincera y es algo para lo que no estoy preparada. En lugar de ello, respondo al mensaje del Dr. Amor.

**Dr. Amor:** hola, ¿qué tal el día?

**Yo:** siento que no puedo seguir engañándote y necesito ser sincera contigo. No me aclaro con mis sentimientos y creo que no es justo para ninguno de los dos. Sí, me gustas. Pero puede que también sienta algo por Max. Hoy nos hemos besado y no sé cómo sentirme al respecto. Lo último que quiero es que pienses que te estoy utilizando, así que entenderé si no quieres seguir hablando conmigo.

**Dr. Amor:** no siento que me estés engañando. Él estaba antes en tu vida. Pero ¿y si te dijera que quiero conocerte?

Saco medio cuerpo de la bañera. Ay, ¡qué por fin voy a ponerle cara! Inspiro profundamente y le escribo una respuesta.

**Yo:** ¿lo dices en serio?

**Dr. Amor:** sí.

**Dr. Amor:** quiero que me conozcas.

**Yo:** ¿cuándo?

**Dr. Amor:** *el sábado que viene ¿?*

**Yo:** *no vale rajarse.*

**Dr. Amor:** *prometido ??*

Salgo de la bañera envuelta en una toalla. Lo necesito, estoy convencida. Quiero conocer al misterioso desconocido con el que llevo varios días hablando. Puede que así me aclare de una vez por todas.

Antes de sucumbir al sueño, veo que Max me ha enviado un último mensaje.

**Max:** *te he besado porque me apetecía. Buenas noches.*

**Yo:** *he salido corriendo porque me das miedo. Buenas noches.*

Y así, sin venir a cuento, estoy segura de que es la primera vez que somos sinceros el uno con el otro.



## 21. La inauguración

No me lo puedo creer. Me ha tocado Malena en el amigo invisible. ¿En serio? Había siete posibilidades y he tenido que coger el papelito con su nombre. Uf, ¿y ahora qué le compro? Me guardo el papelito en el bolsillo trasero del pantalón y fuerzo una sonrisa. ¿A quién le habré tocado yo? Me muero de curiosidad por saberlo. De todos modos, no tengo tiempo de jugar a las adivinanzas. Hoy es el día de la inauguración de la joyería artesanal de Pilar (anteriormente conocida como Cruella de Vil), y tengo la esperanza de que sea todo un éxito. He conseguido que una de las influencers más importantes de Cádiz se anime a asistir al evento y lo promocióne en sus redes sociales. Haremos un sorteo en la joyería que espero que atraiga a un montón de gente, por no hablar del espectacular catering que ha organizado mi hermana. Cruzo los dedos. Pilar ha confiado en mí y espero no decepcionarla.

—¿Nos vamos?

Llevo todo el día ignorando deliberadamente a Max. No sé cómo afrontar la situación y me resulta muy violento hablar con él, así que me limité a asentir y lo acompañé hasta el coche. En Máxima están hasta arriba de trabajo, así que solo estaremos nosotros en la inauguración. No voy a poder seguir evitándolo durante más tiempo, aunque él tampoco hace ningún esfuerzo por iniciar una conversación conmigo.

Lo sigo hasta su coche y se me vienen un montón de recuerdos a la cabeza cuando abro la puerta del copiloto. Anoche nos besamos aquí. Anoche salí huyendo como una idiota. Anoche hablamos por teléfono y confesamos no sé muy bien el qué.

—¿Estás nerviosa?

La pregunta me pilla desprevenida. Me retuerzo las manos con inquietud y miro por la ventanilla. Estoy hecha un manojo de nervios y creo que él sospecha por qué.

—Sí, un poquito —admito sin mirarlo.

—Tranquila, todo saldrá bien.

Se centra en conducir y se forma un nuevo silencio. Sé que debería decir algo. Lo que sea. Nuestro mutismo lo está haciendo todo más incómodo. Uf, es la primera vez que no soy capaz de mirarlo ni de dirigirle la palabra. Principalmente porque creo que si lo hago se notaría demasiado lo afectada

que estoy por el beso.

—¿Cuándo supiste que querías dedicarte al mundo de la publicidad? — digo, por decir algo.

¿En serio, Tana? Ni que fuera una entrevista de trabajo. Lo conozco desde hace un montón de años y esto es lo mejor que se me ha ocurrido.

Max me mira de reojo. Parece contrariado, pero responde de todas formas.

—Casi al final de la carrera. Quería montar mi propia empresa de publicidad, pero no tenía el capital suficiente. Entonces conocí a Malena, y decidimos unir nuestros ahorros para crear Máxima.

—Sois muy amigos —lo dejo caer.

—Sí, así es. Tenemos que serlo si queremos que esto funcione.

Noto el pinchazo de los celos en el estómago. Me encantaría preguntarle si entre ellos existe algo más que amistad, pero no me atrevo.

—¿Por qué no le pediste a mi padre que te avalara?

—No me gusta deberle nada a nadie. Tu padre ya ha hecho muchas cosas por mí. No sería justo —noto el rastro de amargura que hay en sus palabras. Lo dice en serio. Max es orgulloso y no se deja ayudar con facilidad. Creo que sigue pensando que aún le debe mucho a mi padre por haberle pagado los estudios.

—Es tu padrino. Te considera de la familia. Qué tontería.

—Es normal que pienses así. Es tu padre...

—Sí, pero... —entrelazo las manos e inspiro con fuerza—. Lo que digo es cierto. Ya sabes... todos te quieren. Mis padres, la abuela, Tessa...

—¿Y tú?

—¿Yo? —se me encienden las mejillas cuando lo pregunta.

Max se vuelve para mirarme con una mezcla de curiosidad y... ¿esperanza? Trago con dificultad. No sé lo que quiere de mí.

—Qué más te da lo que yo sienta —trato de bromear.

Pero él me observa completamente serio, a la espera de una respuesta.

—Me lo has puesto muy difícil durante todos estos años —le soy sincera, y me muero de vergüenza por abrirle mi corazón—. No es que no te tenga aprecio, es solo que...

—¿Solo que?

—Te burlas constantemente de mí.

Sonríe de una manera enigmática. Lo observo sin entender a qué viene esa sonrisa. No lo niega, pero tampoco dice nada.

—¿No tienes nada que decir al respecto? —quiero saber.

—Uhm... tengo mucho que decir al respecto. Pero tú eres lo suficiente lista para hacerte una idea. ¿Por qué crees que lo hago?

—No lo sé. Dímelo tú —digo, negándome a ponerle palabras a sus sentimientos.

—Por la misma razón por la que te besé anoche.

Se me escapa el aire cuando lo dice. Max detiene el coche y apaga el motor.

—Ya hemos llegado —dice, y abre la puerta—. Aitana, ¿piensas quedarte ahí?

—¡No! —respondo impresionada, y salgo a trompicones del coche.

Vale, creo que cuando todo esto termine Max y yo tenemos una conversación pendiente...

\*\*\*

Menos mal, la inauguración ha sido todo un éxito. La joyería está desbordada de gente y Pilar no deja de sonreír. El catering de mi hermana es una pasada, y las piezas artesanales de Pilar son preciosas. Nunca lo habría imaginado, pero resulta que Max y yo formamos un gran equipo.

—Sabía que no era un error confiar en ti —me dice Pilar, cuando consigue quedarse a solas.

—Tus joyas lo merecen. En serio, me vas a ver por aquí muy a menudo.

—Tienes mucho talento, Tana. Más del que tú te crees. ¡Y eres tan joven! —exclama con un deje de nostalgia—. En tus manos está lo que pienses hacer con él...

Gucci saca la cabeza por la abertura del bolso. Observa a Pilar con recelo, pero ella le sonríe y me tiende un paquetito envuelto.

—Solo es un detalle, pero espero que te guste. Lo he hecho con todo mi cariño.

Rasgo el envoltorio.

—¡Qué bonito! —exclamo fascinada.

Es un precioso collar de cuentas plateadas sobre una correa celeste. Incluso tiene un lazo enorme con una chapita en la que se lee Gucci.

—¡Es precioso! —digo, y se lo coloco a Gucci alrededor del cuello. El perro deja escapar un ladrido de aprobación y mueve el rabo de pura felicidad.

—Es tan presumido como su dueña.

Pilar se da la vuelta para charlar con unos clientes. Observo satisfecha

todo lo que hay a mi alrededor. A lo lejos, veo que Max me está mirando con una expresión indescifrable. No sé lo que me impulsa a caminar hacia él, pero siento como si un imán nos atrajese.

—¿Me estabas mirando? —bromeo, con una seguridad que no siento.

—Sí —responde muy tranquilo, con las manos metidas en los bolsillos.

—Ah.

Mis mejillas se ruborizan y bebo un poco de champán.

—Has hecho un buen trabajo.

—Los dos hemos hecho un buen trabajo —lo corrijo entusiasmada—.

La verdad es que trabajar contigo ha estado bien. Y... gracias por tener en cuenta mis ideas.

Max se encoge de hombros.

—Es evidente que hice bien.

—Tú que conoces muy bien a Malena, ¿qué podría regalarle? —la pregunta lleva un doble sentido implícito. Lo sé, soy lo peor.

—¿Sabes por qué se llama amigo invisible? —se burla.

—Tú la conoces mejor que yo... ya me entiendes.

Max arruga la frente.

—No, no te entiendo.

Dejo la copa de champán sobre una mesita y me atuso el pelo con vergüenza.

—Ya sabes, que vosotros dos... —hago un gesto con las manos.

—¿Me estás preguntando si estamos saliendo juntos?

—¿Yo? No, para nada. No es asunto mío si estáis liados.

—¿Es una pregunta o una afirmación?

Se acerca más a mí. Pego la espalda contra la puerta que tengo detrás y respiro con dificultad. Me va a dar algo. Sus ojos verdes se clavan en los míos. Ya no hay diversión... sino algo mucho más profundo e íntimo que me consume.

—Ay... Max...

Aparto la mirada, pero él sostiene mi barbilla y me obliga a mirarlo.

—Pensé que me conocías mejor.

—¿Eso es un sí o un no?

—No soy la clase de hombre que besa a una mujer cuando no está soltero. Aitana, ¿por quién me tomas?

Mi corazón acelera el ritmo y creo que se me va a salir del pecho. Ay, me muero. Su mano se coloca en mi nuca y comienza a acariciarme el pelo.

Se me escapa un suspiro de placer y él sonríe con suficiencia. En cualquier otro momento abofetearía esa sonrisa de egocéntrico, pero es que ahora me muero de ganas de besarlo. Y por la forma en que me mira, él lo sabe.

—No lo sé —respondo, con un hilo de voz—. Llevas toda la vida desconcertándome...

—Vaya, creí que te lo había dejado claro.

Agacha la cabeza y se acerca peligrosamente a mis labios. Me da un beso en la barbilla que me deja atontada y con muchísimas ganas de más. Y él, por supuesto, lo sabe.

—Solo beso a una mujer cuando me gusta de verdad. Y si ayer te besé en el coche fue porque...

Gucci saca la cabeza y comienza a ladrarle como un desquiciado.

—Rata celosa, esto no es para todos los públicos —gruñe Max, y con una mano abre la puerta que hay detrás de mí.

Me empuja dentro del baño, me arrebató el bolso y deja a Gucci encima del inodoro.

—¿Qué haces? —pregunto asustada.

—Terminar lo que empezamos en el coche, por supuesto.

Cierro los ojos cuando me atrae por la cintura y me besa con ferocidad. Me tiemblan las piernas y me agarro a sus hombros. Max entierra una mano en mi pelo y murmura algo que no llego a entender. Me deshago en sus brazos como un flan y dejo que él lleve la iniciativa. Que me bese profundamente. Que me empuje contra la pared. Que me bese una y otra vez hasta que yo pierdo el sentido.

Gucci comienza a ladrar como un desquiciado, pero Max se ríe contra mi boca y sacude la cabeza.

—Me parece que te quiere en exclusiva para él...

—Es un pelín celoso...

—No me digas —dice, y sus ojos verdes me miran con un deseo que me vuelve loca—. Tiene razones para estarlo.

Antes de que pueda responderle, Max vuelve a besarme. Esta vez sin prisas, deleitándose en mis labios con una delicadeza que me aturde. Lame mi labio inferior mientras sus manos se cuelan por dentro de mi blusa. Noto calor entre mis muslos y sé que estoy completamente perdida.

—Tócame —me ordena con un gruñido.

Lo palpo a tientas y casi con miedo. Dios, es una roca. Él sonríe de lado porque sabe que me gusta más de lo que estoy dispuesta a admitir. Me agarra

una pierna y la coloca entorno a su cadera. Ahogo un gemido cuando noto el bulto de sus pantalones contra mi vientre.

—Joder, Aitana...

Sostiene mi rostro y me mira de una forma extraña y dolorosa antes de volver a besarme. Y entonces Gucci consigue escapar del bolso y comienza a gruñirle como un pequeño demonio mientras le muerde los pantalones.

—¡Oye! —se queja Max, y suelta un alarido cuando lo muerde—. Pequeño mamón, ¡suéltame!

Me agacho para quitárselo de encima y me cuesta bastante trabajo. Lo cojo en brazos cuando lo consigo e intento aplacar a la fierecilla. Gucci le enseña los dientes a Max cuando intenta acercarse a mí, así que él retrocede con cara de circunstancia.

—Lo entiendo, es tuya —pone las manos en alto. Me aguanto una carcajada—. ¿Crees que puedes prestármela durante los próximos diez minutos?

—¡Ey! ¿Yo no tengo nada que decir al respecto?

—Sí, que te mueres de ganas porque vuelva a besarte.

Antes de que pueda gritarle lo engreído que es, Max hace caso omiso a los gruñidos del perro y vuelve a besarme. Gucci se revuelve entre nosotros y le mordisquea los botones de la camisa.

—¿Está ocupado? —grita una voz femenina.

Me apartó de Max bastante sofocada. Madre mía, no me puedo creer que estemos haciendo esto en un baño. Max suspira, molesto por la interrupción.

—Eh, ¡un momento! Enseguida salgo —digo, acalorada por lo que acaba de suceder.

Max me agarra del brazo antes de que pueda largarme. Me besa el cuello y luego va dejando besos cortos hasta llegar al lóbulo de mi oreja. Dios, me derrite que haga eso.

—Necesitamos acabar esto. Cuanto antes.

—No me voy a acostar con mi jefe —le digo, recobrando la poca entereza que me queda.

Y luego está el Dr. Amor... ¿qué hago con él? Le prometí que nos conoceríamos el sábado de la semana que viene.

—No me vengas con esas. Me importa una mierda ser tu jefe. Aitana, ¿qué te pasa?

—Que... que esto no está bien —musito agobiada, y meto a Gucci dentro del bolso—. Porque estoy conociendo a otra persona.

Pone una mano encima de la puerta para que no la abra. Parece furioso y desconcertado.

—¿Es algún juego para ponerme celoso?

—No —respondo irritada—. Has tardado demasiado, Maximiliano.

Max deja de sostener la puerta y retrocede. Me mira confundido, hasta que al final asiente de mala gana.

—¿Esto es porque te rechacé cuando tenías doce años?

—¡Ni se te ocurra recordármelo! —le grito dolida.

Abro la puerta y escapo de allí.

—Aitana, ¡espera!

Pero ya es demasiado tarde, porque me pierdo entre la gente y consigo salir de la joyería. Ay, ¿qué acabo de hacer? Creo que me va a dar un infarto.

## 22. ¡¡Llama a la politsiya!!

Menos mal que después de lo sucedido en el baño vino el fin de semana, porque si no, no sé qué habría sido de mí. Aprovecho el sábado y el domingo para mantener la mente ocupada con el ruso. Tengo tantos amigos rusos con los que hablo por Skype que les he tenido que dar a cada uno un día de la semana. Los lunes son para Sergei, los martes para Iryna, los miércoles hago triplete con Vladimir y Alissa, los jueves charlo con una encantadora octogenaria llamada Ekaterina, los viernes son para Boris, los sábados hablo con Dimitri y los domingos para Sasha.

Pensé que hablar ruso en un mes y medio sería completamente imposible, pero ahora tengo algo de esperanza. La verdad es que he hecho grandes progresos en estas tres semanas. Alterno mis charlas diarias por Skype con el visionado de las películas y las series rusas (a las que me he convertido en una adicta), la lectura de libros de gramática, el diccionario y el uso de un montón de aplicaciones para aprender ruso que me he descargado. Vaya, que si al final termino hablando ruso con fluidez lo mismo me da por publicar un libro con el título: *Cómo aprender ruso en cuarenta y cinco días*.

Como me dijo Pilar: no dejes que nadie te subestime. Y resulta que no hay nada mejor que sentirse subestimado para dar el cien por cien.

Yes, I can. O como se diría en ruso; da mogu!

Además, he implicado a Javi en mi alocada idea para el anuncio de Urania. Me ha hecho cobrárselo en limpieza de baño, barrer el suelo y fregar los platos, pero estoy tan entusiasmada con la idea que me da igual convertirme en Cenicienta.

Y todo esto mantiene mi mente demasiado ocupada para pensar en Max... excepto en los momentos en los que se dispersa. O en el pánico que me da conocer al Dr. Amor. A los dos les he dejado las cosas claras, a pesar de que Max crea que lo he hecho porque me rechazó cuando tenía doce años. Menuda bobada, ¿rencorosa yo? Bah, puede que un poquitín.

—Así que rechazaste a Max porque en este momento no te viene bien...

Sí, reconozco que tener una visión masculina es de lo más práctica. Y resulta que ahora Javi se ha convertido en lo más parecido a un confidente.

—Piensa lo que quiera. Ese engréido cree que me tiene comiendo de la palma de su mano.

—¿Y no es así?

Lo fulmino con la mirada.

—No... —respondo con la boca pequeña—. Lo nuestro es solo físico. Con el Dr. Amor todo es más... íntimo. Conectamos, ¿vale? Necesito algo más que atracción. Qué básicos sois los tíos.

—Tú sí que eres básica. Estás coladita por Max. Antes te morías de celos porque él pudiera tener algo con Malena. Corrígeme si me equivoco, pero llevas enamorada de él desde que eras una cría. Y ahora te aterroriza la idea de que el sentimiento pueda ser recíproco.

—¿Qué? Eso no es... —me levanto del sofá hecha un manojo de nervios—. Sinceramente, no tengo tiempo para esto. Faltan cinco minutos para mi cita cibernética con Sasha.

—Tana, asúmelo de una vez...

—Paká!

—¡A mí no me insultes! —se queja.

Me ahorro explicarle que acabo de decirle adiós. Ay, sí es que ya soy toda una políglota...

Cinco minutos después estoy conectada con Sasha, un quinceañero que quiere venirse de intercambio a España para estudiar bachillerato. El pobre tenía la impresión de que aquí los toros van sueltos por las calles, a la paella se le echa chorizo y las mujeres siempre van vestidas de flamenca. Se ha llevado una gran decepción cuando le he contado la verdad, pero sigue entusiasmado de venir porque le he dicho que en Andalucía hace mucho sol, nos gusta la cerveza fresquita y las tapas.

—¿Y la siesta?

Suelto una carcajada. Vaya, qué pena que se nos conozca internacionalmente por eso.

—Qué va. Aquí se trabaja demasiado como para tener tiempo de echarse un ratito —le explico, para que se haga a la idea de que no somos unos flojos. Luego se lo traduzco al ruso y él pone cara de decepción. Me parece que quiere venir a España por la idea de fiesta y desenfreno que le habrán metido en la cabeza los de la agencia de viaje.

—U tebya yest' sobaka?

Acaba de preguntarme que si tengo perro porque Gucci se ha sentado encima del teclado del portátil. Max tiene razón, es un pelín celoso. Al pequeñín le encanta ser el centro de atención, pero tampoco puedo culparlo. No está acostumbrado a que tenga compañía masculina. Como ya dije en su

día, soy una sms: soltera muy selectiva . O lo que viene siendo lo mismo: no me como un mojón.

—Da! —respondo, y cojo a Gucci en brazos para mostrárselo a la webcam. Mi adorable chihuahua le enseña los dientes a Sasha. A veces pienso que debería llamarlo Guccinator—. ¿A que es adorable?

—Eto malen'kiy, no khuligan.

—Ah, pequeño pero matón. Sí, supongo que tienes razón.

Continúo hablando con Sasha, que alaba mi soltura con su idioma. Sonrío satisfecha y me doy cuenta de que cada vez lo hago mejor. Seguiré esforzándome para hacer de traductora y dejar a todos boquiabiertos (principalmente a Max). De repente, escucho un grito y veo que Sasha palidece del susto.

—¿Qué pasa? —le pregunto asustada—. ¿Va todo bien?

Dice algo de manera tan atropellada que no llego a entenderlo bien, y luego se levanta y sale corriendo. Ay, ¿le habrá pasado algo? ¿Qué ha sido ese grito?

Creo haber escuchado mamá y problemas... ¿o habrá sido intruso? Jolines, ahora no lo tengo del todo claro. Aguzo el oído cuando escucho un nuevo grito. Ay Dios, ¿y si han entrado a robar en su casa? ¿Y si los están atacando? Sasha me ha contado que vive con su madre en una zona bastante apartada. También me dijo que su vecino más cercano está a medio kilómetro. Y allí deben de ser... las once y media de la noche. Uf, ¿y si le ha pasado algo? ¡Qué hago!

—¡Javiiiiiiiiiiii! —me levanto hecha un basilisco y voy a su encuentro con el portátil.

Lo pillo con las manos en la masa; hincándole el diente a mi pavo con trufa. Lo sabía. Sabía que me robaba la comida a escondidas.

—Te lo puego explicag —dice, con la boca llena.

—¡No tengo tiempo para eso! A mi amigo Sasha le ha pasado algo —le digo aterrorizada, y las lágrimas comienzan a rodar por mis mejillas—. He escuchado un grito y luego ha bajado corriendo los escalones. Dios mío, creo que los están asesinando.

—¿Qué? —Javi consigue tragar y observa la pantalla del portátil. Solo se ve la silla en la que estaba sentado tirada en el suelo—. No sabes lo que ha

pasado. Lo mismo... que sé yo, su madre se ha resbalado mientras estaba en la ducha.

—¡He vuelto a escuchar otro grito! ¿Y si les pasa algo? —me temo lo peor, y me pongo a llorar a mares. Pobre Sasha, ¡es demasiado joven para morir! —. No tienen vecinos ni nadie que llame a la policía. ¿Y si no hago nada y mueren por mi culpa? ¡No me lo podría perdonar!

—Tana, tranquilízate. Estás a miles de kilómetros de distancia. Siento decirte que no puedes hacer nada por ellos.

—¡No me digas eso! ¡Tengo que hacer algo!

Me pongo a buscar en internet el número de la policía rusa. Javi me contempla con los ojos abiertos como platos y me quita el portátil de las manos.

—¿Te has vuelto loca?

—¡Devuélvemelo, tengo que salvar a Sasha! —le doy tal patada en la espinilla que Javi me deja el portátil encima de la encimera—. ¡Haz algo útil! ¡No te quedes ahí parado! Si tú fueras Sasha querrías que alguien al otro lado del mundo hiciera lo imposible para salvarte, ¿no tienes sentimientos?

Javi se queda tan cortado que saca el móvil de su bolsillo.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Llamar a Vladímir Putin?

—¡No lo sé! ¡Lo que sea!

—Ah, ¡de acuerdo! Maldita sea. Llamaré a la embajada.

Sigo buscando en internet el número de la policía y marco el primero que encuentro. Cuando me da la señal, respiro de manera entrecortada mientras que rezo para que Sasha aparezca en la pantalla. Ya han pasado más de diez minutos y no da señales de vida. Seguro que le ha pasado algo terrible. Puede que en estos momentos esté maniatado a una silla mientras torturan a su pobre madre, ¡qué horror!

—Politsiya? —pregunto, cuando me cogen el teléfono.

A mi lado, veo que Javi está hablando acaloradamente por teléfono y escucho retales de su conversación.

—¿Una broma? ¡No! Yo... quiero denunciar un crimen. ¿Qué dónde? Esto... el chico se llama Sasha y creemos que ha sufrido un accidente, o puede que hayan entrado en su casa. Vive en medio del bosque y... ¡eh!, ¡qué esto no es ninguna broma!

—Politsiya? —repito, y me salta una canción—. ¡No me pongáis en espera! ¡Camaradas! ¡Auxilio! ¡Es una emergencia!

—¿Tana? Privet!

Se me cae el móvil al suelo cuando vuelvo a ver a Sasha en la pantalla del portátil. Estoy tan aliviada que lloro de felicidad. Javi, con el teléfono todavía pegado a la oreja, pone cara de querer asesinarme lentamente. Cuando me explica lo que ha sucedido, me despido de él y me vuelvo hacia Javi, que aprieta los dientes.

—Su madre se ha cortado con un cuchillo. Por lo visto el corte es muy profundo y va a llevarla al médico, pero es tan mono que se ha tomado la molestia de avisarme antes de irse para que no me asuste. ¿Lo ves, Javi? Hay que ser bueno con las personas para que te pasen cosas buenas. Puede que un día, mientras hablo con Sasha, nos entren a robar y él sea el único que pueda dar la voz de alarma. Seguro que llama a la guardia civil si es necesario.

—¡Yo te matoooooo!

Salgo corriendo hacia mi habitación antes de que cumpla su palabra.

\*\*\*

Son las tantas de la madrugada, pero no puedo conciliar el sueño. Pienso en Max y en lo mucho que me gustaría volver a besarlo. Lo sé, soy un caso perdido. Pero también pienso en el Dr. Amor y en lo bien que me siento cuando hablo con él. Me lo imagino alto y muy atractivo, aunque tengo la sensación de que me gustará sea como sea. Llevamos todo el fin de semana hablando. O, mejor dicho, tonteando.

**Dr. Amor:** *me impresiona tu progreso con el ruso. ¿Tienes pensado aprender otro idioma cuando lo manejes?*

**Yo:** *no lo sé. No quiero tener que salvar a un inglés. Creo que a Javi le daría un infarto.*

**Dr. Amor:** *no lo conozco, pero seguro que te tiene cariño.*

**Yo:** *¿Don limpio? A ratos me quiere, y a ratos me odia. Dice que vivir conmigo es un suplicio.*

**Dr. Amor:** *pero tampoco se aburre ?? eso es un punto positivo.*

**Yo:** *ja, ja, ja. Si tú lo dices...*

**Dr. Amor:** *me cambiaría por él encantado. Así podría pasar más tiempo contigo.*

**Yo:** *no sabes lo que dices. Tengo que reconocer que Don limpio tiene un poquito de razón. Soy bastante desordenada y el otro día encontré mi crema hidratante en la lavadora. No tengo ni idea de cómo llegó allí.*

**Dr. Amor:** *...*

**Yo:** *¿y tú como eres?*

**Dr. Amor:** *no tan desordenado como tú.*

**Yo:** *¡eso no es difícil!*

**Dr. Amor:** *más aburrido de lo que parezco por Whatsapp.*

**Yo:** *no me lo creo. Tienes mucho sentido del humor. Venga, admítelo. Y mucho éxito entre las mujeres.*

**Dr. Amor:** *en este momento, la única mujer que me interesa es una a la que voy a conocer en persona este sábado.*

**Yo:** *ay... ¡lo sabía! ¡Eres un ligón! Solo me dices lo que quiero oír...*

**Dr. Amor:** *¿tú crees?*

**Yo:** *uhm... llámame ingenua, pero te voy a dar un voto de confianza.*

Seguimos chateando hasta que cae la noche y es él quien se despide. Voy a dejar el móvil sobre la mesita de noche, pero entonces me arrepiento y hago algo inesperado. Le escribo a Max. Ni siquiera sé por qué lo hago, pero siento la necesidad de saber cómo están las cosas entre nosotros.

**Yo:** *¿estás?*

Está despierto. Lo sé porque está en línea. Pero después de quince minutos, me doy por vencida. Es oficial. Está enfadado conmigo. Tampoco voy a culparlo por ello, pues en el fondo de mi corazón sé que tiene motivos para estarlo.



## 23. Cree en ti.

Ha llegado el día. Estoy nerviosa, expectante y muy asustada. Hoy Alfonso Ramos, el directivo de Urania, viene a Máxima para que le presentemos un proyecto que lo convenza. Antes todas las ideas pasarán por el despacho de Max y Malena para que ellos decidan cuál es la mejor. No soy quién para juzgar el resto de ideas, pero considero que la mía es, cuanto menos, muy diferente.

Respiro profundamente antes de cruzar la puerta de la oficina. Max pasa por mi lado sin ni siquiera mirarme. Es la primera vez que llego antes que él. Se le habrán pegado las sábanas.

—Buenos días —lo saludo.

—Tráeme un café cuando puedas —me dice, y se mete en su despacho.

Quizá no está de humor... o puede que siga resentido por cómo me marché del baño. Sea como sea, le llevo el café y lo dejo encima de su escritorio. Cuando ve que sigo allí, levanta la cabeza y me mira con cara de no haber dormido demasiado.

—¿Qué quieres, Aitana?

En su voz no hay rastro del hombre fogoso que me besó hace dos días. Y en sus ojos ni una pizca del deseo con el que me miraba. Solo hay frialdad y cansancio.

—Espero que hoy salga todo bien —le digo.

—Y yo.

—Y también espero que no tengas en cuenta lo que sucedió entre nosotros.

Su expresión pasa de la indiferencia al estupor. Y luego, a la ira.

—¿Me estás pidiendo que sea imparcial? Vaya, esto sí que no me lo esperaba.

—No te lo tomes a mal. Es solo que...

—Es solo que te encanta juzgar a las personas. Descuida, maldita sea. Si considero que tu idea es la mejor, el hecho de que el otro día me dejaras plantado no va a nublar mi buen juicio. ¿Algo más?

—Lo siento —balbuceo abochornada—. Ya sé que estás enfadado conmigo. ¿Podemos hacer borrón y cuenta nueva?

—Estoy ocupado. Gracias por venir a insultarme. Cierra al salir.

Me lanza una advertencia con la mirada cuando voy a abrir la boca, así

que me lo pienso mejor y salgo de su despacho. Estupendo, acabo de meter la pata hasta el fondo. Max tiene razón, ¿por qué siempre tengo que pensar lo peor de él? Vale, lleva toda la vida burlándose de mí. Pero desde que trabajo para él ha sido un buen jefe. Siento que me respeta, ¿por qué busco problemas donde no los hay?

Lo achaco a mi nerviosismo. Estoy hecha un flan y los minutos se convierten en horas. He trabajado mucho en este proyecto. Incluso Javi considera que es una gran idea, aunque me ha advertido que demasiado arriesgada. *Creo que tienes posibilidades, pero recuerda que todos tenemos prejuicios. No quiero que te hagas ilusiones.*

Uno por uno, todos los empleados de Máxima van entrando al despacho para exponer sus ideas. A veces oigo a Max y Malena discutir.

—Cálmate —le pide Max.

—Creo que vamos a necesitar un maldito milagro —se queja ella.

Me tiemblan las piernas cuando llega mi turno. Voy hacia su despacho con un creciente ataque de pánico. Ni siquiera encuentro mi voz. Malena me mira con desconfianza. Es evidente que cree que no estoy capacitada para este trabajo. Y Max lleva todo el día con un humor de perros. Trago con dificultad y abro la carpeta con las fotografías con las que Javi me ha echado un cable.

—Adelante —me ordena Malena.

—Sí, esto...

Se me caen todas las fotografías al suelo. Malena pone cara de sopor. Clava la vista en una de ellas y suelta un improperio.

—Pero ¿qué diantres es eso? ¿La Matanza de Texas?

Sacudo la cabeza y las recojo. Max me observa con curiosidad. Malena con cara de espanto.

—Aitana, cuando quieras —me pide Max.

—Sí, sí...

—No tenemos todo el día —gruñe Malena, perdiendo la poca paciencia que le queda.

—Déjala que se tome su tiempo —me defiende Max, y añade con suavidad—: Aitana, ahora eres tan importante como cualquiera de los trabaja aquí. No te preocupes. Cuéntanoslo y te daremos nuestra más sincera opinión.

Le ofrezco una mirada agradecida y él, por primera vez en todo el día, me obsequia con algo parecido a una sonrisa. Entonces ordeno las fotografías

en su escritorio, me enjugo la voz y no sé dónde encuentro la fuerza necesaria para decir:

—¿Ves la cara de asco con la que has mirado esa foto? —capto la atención de Malena—. Por eso es necesario que lancemos un mensaje completamente diferente...

Quince minutos después, he terminado mi exposición. Max y Malena me miran impresionados, lo cual no sé si es bueno o malo. Max se rasca la coronilla y parece confuso. Malena echa un último vistazo a las fotografías y luego me mira a mí.

—Uhm... no sé que decir, la verdad. Reconozco que ha sido inesperado. Y me siento muy confundida. No digo que tu idea sea mala, pero el mundo no está preparado para este tipo de mensaje —mira a Max con complicidad, que se limita a devolverle la mirada—. Esto contradice todo lo que aprendimos en la universidad.

Agacho la cabeza y me siento completamente derrotada.

—Sin lugar a dudas es arriesgado... —admite Max.

—No es... visualmente agradable. Seguro que lo censurarían en un montón de países. Entiendo que lo has hecho con tu mejor intención, pero este no es un anuncio para una ONG. Aquí vendemos productos, no principios. Por eso se llama publicidad —determina Malena.

Joder, eso es un no. Categórico y rotundo.

—Gracias, Aitana —concluye Max.

Asiento con el amago de una sonrisa educada, pero no puedo ocultar mi decepción. De verdad creía en mi idea. Ser políticamente correcto es un rollo. Ojalá los anuncios de televisión fueses más reales y honestos. Seguro que así la gente se sentiría más identificada y menos estafada.

Aun así, felicito a Lucía porque han escogido su propuesta. No puedo mentir y decir que lo importante es participar, pero me alegro por ella. Ahora todo el mundo verá lo mismo de siempre: mujeres haciendo el pino cuando tienen la menstruación. Lo sé, no puedo luchar contra el sistema. Debería haberlo asumido y seguir al rebaño.

Alfonso Ramos llega puntual y todos acudimos a la reunión. Nos saluda a todos y me guiña un ojo cuando se sienta. Malena es quien lleva la voz cantante, y luego le pide a Lucía que presente su idea. Después de diez minutos, todos nos quedamos expectantes ante la reacción de Alfonso.

—Sinceramente, no es lo que estamos buscando.

Max y Malena intercambian una mirada preocupada. Se forma un tenso silencio en la sala de reuniones y le ofrezco una sonrisa de compasión a Lucía. Ella solo ha hecho lo que le han pedido. Ha seguido las reglas del juego.

—Si nos da un poco más de tiempo, estoy convencida de que podemos ofrecerle algo que se ajuste a sus parámetros —intercede Malena.

—El problema no es que no se ajuste a nuestros parámetros, sino que sigue siendo más de lo mismo —la contradice Alfonso.

—Estoy convencida de que podemos ofrecerle lo que buscan —insiste ella con desesperación.

Alfonso comienza a levantarse de la silla.

—No ha escuchado nuestra segunda propuesta —le dice Max.

Alfonso lo mira con curiosidad.

—¿Tienen una segunda propuesta? En fin, ya que estoy aquí...

Veo que Malena pone cara de pavor y le hace un gesto a Max para que se calle, pero él no le hace ni caso.

—Sí, de hecho, es una idea completamente opuesta a la anterior. Mi socia y yo tenemos opiniones muy dispares al respecto, así que lo justo será que juzgue usted el resultado.

—Max, no habíamos quedado en eso... —gruñe malhumorada Malena.

Él la ignora deliberadamente. Alfonso se muestra cada vez más interesado.

—Por favor, Aitana, muéstrale al Señor Ramos tu propuesta —me pide Max.

Me quedo de piedra. Un segundo, ¿mi propuesta? ¿Lo dice en serio?

—Ah, la chica de los pastelitos. Esto se pone interesante... —Alfonso se frota las manos y me hace un gesto para que comience.

No sé ni por dónde empezar. Jolines, alguien podría haberme avisado de que tenía otra oportunidad. No me sale la voz. Alguien me ayuda a colocar las fotografías sobre la mesa. A Alfonso se le desencaja la expresión. Escucho los comentarios por lo bajini de mis compañeros. No... no soy capaz de empezar. Me siento tan pequeña que tengo ganas de echarme a llorar o salir corriendo. Me sudan las manos y estoy al borde de la taquicardia. Hasta que nuestras miradas se cruzan. Max me sonrío con confianza y me enseña el pulgar. Y eso es todo lo que necesito para saber que, allí dentro, al menos hay una persona que cree en mí.

—¡Mirad vuestras caras! —exclamo, y estoy tan nerviosa que me sale

algo parecido a un gallo. Me enjugo la voz y sigo como si nada—. Sí, lo sé. No estamos acostumbrados a ver este tipo de imágenes. La menstruación lleva siendo un tabú desde hace siglos. ¿O me equivoco? Para prueba, la expresión de desaprobación o repugnancia con la que habéis mirado algunas imágenes.

Son fotografías bastante realistas. Algunas las he encontrado en internet, y con otras me ha ayudado Javi. Fotografías con sangre. Fotografías que muestran una realidad que es completamente diferente a la que distorsionan los anuncios.

—Creo que algo estamos haciendo mal cuando una cosa tan natural como la sangre se convierte en algo que debemos censurar. Si vemos un partido de fútbol —y cojo una fotografía de dos conocidos futbolistas sangrando—, nadie se escandaliza porque lo emitan en televisión. Pero si vemos a una mujer menstruando, todos se llevan las manos a la cabeza y lo tachan de repugnante. Y yo os pregunto, ¿me podéis explicar qué diferencia hay entre estas dos imágenes?

En mi mano izquierda, la foto de los futbolistas. En mi mano derecha, la foto de unas sábanas manchadas de sangre.

—Incluso utilizamos metáforas para referirnos a la menstruación femenina: “estoy en esos días”, “ha venido a visitarme la señora de rojo”, “hay bandera roja”, “me ha visitado la amiga” ... ¡venga ya! ¿No me digáis que no habéis escuchado alguna de estas? —veo gestos de aprobación por todas partes, principalmente entre las mujeres—. Nadie se atreve a llamar a las cosas por su nombre, y sinceramente, no lo entiendo. Un proceso tan natural como la regla no debería ser estigmatizado. Sin embargo, se la asocia con efectos negativos. ¿A cuántas de vosotras os han dicho alguna vez: *seguro que te ha venido la regla*, si ese día estás de malhumor? ¡Ah, entonces sí que se atreven a llamarla por su nombre! Y todo por un proceso fisiológico por el que no deberíamos sentirnos culpables. Y eso, señoras y señores, hace que las mujeres nos sentamos inseguras por algo completamente normal.

Señalo las fotografías con eslóganes positivos, mujeres en la piscina, haciendo el pino...

—¡No! A las mujeres no nos apetece hacer el pino cuando tenemos la regla. Pero os aseguro que tampoco nos detiene para ir a trabajar. Somos mujeres fuertes y luchadoras que se levantan todos los días para dar lo mejor de sí, o ser profesionales, o ser madres... o lo que nos dé la gana. Tenemos que lanzar el mensaje correcto. Uno con el que todas las mujeres del mundo

se sientan identificadas. Todavía hay muchos países en los que escasean los productos de higiene femenina y la regla sigue siendo un tabú. Y en nuestras manos está hacer algo para cambiarlo. Y por eso, yo digo: *para todas esas mujeres que hacen del mundo un lugar mejor. No te prometemos unos días de color de rosa, pero llamamos a las cosas por su nombre. Urania.*

Respiro aceleradamente cuando termino mi discurso. Todos se quedan en estado de shock, asimilando lo que he dicho y lo que les he mostrado. Alfonso parece tan absorto que por un instante creo que me lo he cargado. Hasta que reacciona y, sorprendentemente, se levanta y comienza a aplaudirme.

—¡Brillante! —exclama entusiasmado—. Es reivindicativo y moderno. Dará que hablar.

—¿Lo dice en serio? —pregunto ilusionada.

—No te voy a engañar... a mí me ha parecido trasgresor y arriesgado. No soy quien tiene la última palabra, pero intentaré convencer al resto de directivos. Si lo consigo, os llamaré para firmar el contrato.

Creo que Malena está a punto de morirse de la impresión. Max, por el contrario, parece completamente tranquilo.

—Enhorabuena, señorita Guzmán. Y por supuesto, mis felicitaciones a ustedes dos por creer en el talento de su empleada y alentarla a ir más allá de las barreras sociales. Es evidente que esta chica es oro puro.

—Eh... sí, gracias, Señor Ramos —balbucea Malena.

Max estrecha su mano y lo acompaña hasta la puerta.

—Estaremos a la espera de su llamada —se despide de él.

—¡Muchas gracias por creer en mí! —le digo, y como no puedo evitar ser yo, voy corriendo hacia él y lo abrazo con todas mis fuerzas. Y luego le susurro al oído—: seguí mi intuición. Gracias por el consejo.

Alfonso me guiña un ojo antes de marcharse. Cuando me vuelvo hacia mis compañeros, todos están más incrédulos que otra cosa. De repente, Malena se levanta de su asiento y clava la vista en Max.

—No me gusta que tomes decisiones sin consultármelo. Somos un equipo —le recrimina.

—Si vamos a discutir, que no sea aquí —responde él con voz calmada.

Se batan un momento con la mirada, hasta que Malena se da la vuelta y clava sus ojos en mí. Me tiembla todo el cuerpo. Creo que ahora la va a pagar conmigo. Está furiosa porque Max le ha llevado la contraria.

—Quiero pedir un fuerte aplauso para Aitana. Rectificar es de sabios.

Me equivoqué contigo. Enhorabuena.

Estoy a punto de desmayarme de la impresión cuando todos me aplauden. Jolines, hasta se me saltan las lágrimas. ¡Lo he conseguido! ¡He impresionado a Maléfica! Quiero llorar de alegría. Quiero saltar. Quiero... ¡abrazarla!

—¡Gracias jefa! ¡Tus palabras me han llegado al corazón! —le digo, y la achucho con todas mis fuerzas.

Ella se queda completamente rígida.

—¡Quita! —me espeta irritada.

Pero estoy tan feliz que no se lo tengo en cuenta.

## 24. Malena.

Estoy flotando en una nube. Es la primera vez en mi vida que me siento tan bien conmigo misma. Lo primero que he hecho después de celebrarlo con mis compañeros es llamar a Javi. Es lo mínimo que se merece por haberme ayudado sin esperar nada a cambio.

—A veces pienso que tienes una flor en el culo... —bromea atónito—. No, en serio. Deberían hacer una película sobre tu vida. Una comedia sobre todos los líos en los que te metes y de los que, sorprendentemente, siempre sales airosa. Ahora en serio, te lo mereces. Es una idea cojonuda.

—No la habría conseguido sin ti. Por cierto, metí una tarjeta con tus datos de contacto en la carpeta que se llevó Alfonso. Te he hecho publicidad.

—Qué menos.

—¿A que cada día que pasa me quieres más?

Lo oigo reírse.

—Mientras no me obligues a llamar de nuevo a la embajada rusa...

Estoy a punto de salir de la oficina cuando paso por delante del despacho de Malena y escucho algo muy parecido al llanto. Mis pies se detienen por inercia. Un segundo, ¿Maléfica está llorando? Vale, debería caminar de puntillas hacia la salida. Sin embargo, asomo la cabeza por la puerta y compruebo que, efectivamente, está llorando como una magdalena.

Dios Santo, ¡Maléfica tiene sentimientos!

Ay... ¿y ahora qué? No debería meterme donde no me llaman, pero me da tanta penita que llamo a su puerta.

—¿Quién es? —grita como una energúmena.

Algunas cosas no cambian nunca...

—Yo... —digo con timidez—. ¿Estás bien?

—La que faltaba. ¿Te crees que estoy bien? No preguntes cosas evidentes.

—Lo siento, jefa.

—¡No me llames jefa!

—Vale. Uhm... ¿puedo pasar?

—Me da igual.

No me está echando, así que me armo de valor y entro en su despacho. Ver a Malena completamente derrumbada me impresiona mucho. Estoy acostumbrada a la pelirroja atractiva e imponente a la que todo el mundo

respeto.

—No hace falta que me cuentes nada. Yo suelo llorar... un montón —le cuento, y ella me mira con suspicacia entre los ojos anegados de lágrimas—. Pero cuando lo hago, reconozco que no me gusta estar sola. Últimamente me desahogo con Don limpio, que es mi compañero de piso. En serio, guardarse las cosas para una misma es nocivo para la salud.

—Seguro que lo leíste en un estudio —murmura con ironía.

Se me escapa la risa floja.

—Puedes desahogarte conmigo, o puedes mandarme al diablo. Lo que sea, lo entenderé.

—Maldita sea, ¿por qué tienes que ser así?

Parpadeo con inocencia.

—¿Cómo?

—¡Así de adorable! —se queja, con una mezcla de incredulidad y rendición.

—Yo no soy adorable —respondo enfurruñada—. Mi perro es adorable. Yo soy... yo.

—Eres... increíblemente exasperante —dice, haciendo un gesto enorme con las manos—. Pero también eres tozuda. Te has propuesto caerme bien y te da igual que te trate como el culo.

—Hombre, igual, igual...

—No, lo digo en serio. Haces que me sienta muy culpable. Le caes jodidamente bien a todo el mundo en esta oficina. Y, maldita sea, no puedo culparlos. Eres encantadoramente cursi y siempre llegas con esa sonrisa de idiota.

Vaya, no sé si eso es un cumplido.

—Riegas sus plantas, les traes el café, vas abrazando a todo el mundo... ¡el otro día te acordaste de felicitar a Patricia por su santo! ¿Quién demonios se acuerda de eso?

—Es bonito que te feliciten, ¿a que sí? El otro día leí en un estudio...

Me callo cuando me taladra con la mirada.

—Y hablas por los codos.

—Je, je... eso dicen.

—Montaste un circo en la oficina, pero todo el mundo se sintió bien gracias a ti. Yo soy incapaz de motivar de esa manera a mis empleados. Tengo dos carreras, hice un máster que me costó un ojo de la cara, y sin embargo...

—Vamos, no digas tonterías —la interrumpo muy seria—. ¿Pretendes que me crea que estás así de mal por mi culpa?

—Por tu culpa no. Eso no sería del todo justo. Me siento fatal porque soy una completa inútil. Gracias a ti hemos conseguido contentar a Alfonso, pero gracias a mí casi lo perdemos. Discutí con Max hace unas horas. Le dije que no podíamos tomar en serio tu propuesta. Él quería arriesgarse, pero yo me puse hecha una furia. Menos mal que no me hizo caso...

—Una mala decisión no te convierte en una mala jefa —la contradigo convencida—. Lo digo en serio. Aquí todos te respetan. ¡Tienes tu propia empresa! ¿Hola? Eres increíble.

—Soy una estafa.

—Ey... no digas eso. No necesitas que sea yo quien te levante el ánimo —le doy una palmadita en la mano. Ella no rehúye mi contacto, como de costumbre—. Eres una triunfadora. Lo sabes, ¿verdad?

—Eres buena persona, Tana. No me extraña que Max te contratase.

—Bueeeeno... —tomo una bocanada de aire y decido ser sincera. Es lo menos que se merece después de haberme abierto su corazón—. No te creas que soy tan buena. Creí que Max y tú estabais liados. Supuse que me veías como una intrusa y que por eso me tenías manía. Eso no habla muy bien de mí.

Malena parpadea atónita y luego se ríe. Lo hace hasta que sus lágrimas se evaporan. Vaya, no sabía que era tan buena contando chistes.

—¿Max y yo? Pff... menuda locura. Somos buenos amigos, eso es todo. Nunca lo he visto de esa forma, ni él a mí. No es mi tipo, qué quieres que te diga.

—Ah... ¿no?

Malena entorna los ojos.

—Vaya... así que no me equivocaba. Estás bastante pillada por él.

—¿Tanto se me nota? —me preocupo.

—Por favor... babeas por sus huesos cuando él no te mira. Chica, estás coladita por él. Admítelo. No pasa nada. Creo que él siente lo mismo por ti.

—Eso no es verdad.

Por primera vez, Malena me mira con amabilidad.

—Lo conozco bastante bien. Me molestaba que te hubiera enchufado porque estuvierais liado. Él es muy reservado para sus cosas... pero ahora lo que no entiendo es por qué ninguno de los dos da el primer paso. Qué sabré yo. Tampoco soy una experta en relaciones duraderas, así que...

—Cambiando de tema, ¿te apetece salir a tomar algo?

Zarandeo el bolso con Gucci roncando dentro.

—Siempre que no te importe tener compañía —añado.

Malena me mira dubitativa, pero al final se levanta y comienza a ponerse el abrigo.

—Jodidamente adorable, maldita seas. Sí, me apetece tomar algo. Pero el sitio lo elijo yo.

\*\*\*

Tres horas más tarde, llego tambaleándome a casa. Uy, creo que he bebido demasiado. Pero resulta que una cosa llevó a la otra, y para cuando quise darme cuenta, estaba demasiado piripi para decir cosas coherentes.

Para mi sorpresa, Malena se ha desmadrado tanto como yo. Entre chupito y chupito le he confesado que la llamaba Maléfica, y ella se ha partido de risa. Luego me ha confesado que ella me llamaba Aitonta, y entonces he sido yo la que se ha reído. Qué cosas tiene la vida, ¡al final voy a acabar siendo amiga de Maléfica! O Malena, ahora no lo tengo tan claro.

Después del quinto intento por meter la llave en la cerradura, la puerta se abre como por arte de magia. En la entrada aparece Javi con cara de sueño y frotándose los ojos.

—¿Celebrando la buena noticia? —intuye.

—Sep.

Me quita a Gucci de las manos.

—Pobre criaturita. Tu madre es una mala influencia —le dice al perro.

No lo contradigo. En este momento estoy demasiado borracha como para decir algo coherente. Y en algún momento de la noche, cuando estoy partiéndome de risa tumbada en la cama, marco el número de Max por aquello de no perder la costumbre y soltar verdades después de beber alcohol.

—¡Holaaaaaaaaaaaaa!

—¿Aitana? —dice con voz somnolienta—. ¿Sabes qué hora es?

—Ni idea. Cuando salí con Maléfica del pub ya era de noche, ja, ja, ja...

—¿Has estado de fiesta con Malena? —pregunta incrédulo.

—Sep —se me escapa la risa floja—. Es una tía cojonuda. Lo digo en serio. Está fatal juzgar a la gente.

—¿Dónde estás? ¿Sigues en la calle? Puedo ir a buscarte si...

—¡Nooooooooo! Ey, no estoy tan borracha. Bueno, puede que un poquito. Ya estoy en casa. Veo a dos Guccis, ¿estaré perdiendo la cabeza?

Lo oigo suspirar, no sé si de alivio o desesperación.

—Mira, acuéstate y mañana hablamos, ¿sí?

—¿De verdad ibas a venir a buscarme? Vaaaaaaaaaaya, Maximiliano, eso sí que no me lo esperaba, ji, ji, ji.

—Aitana...

—Te gusto, ¿a qué sí?

—Son las cuatro y media de la mañana, joder —responde malhumorado.

—Te gusto muchísimo. Y tú me gustas muchísimo. No debería haber salido corriendo del baño, porque la verdad es que me encanta que me beses. Podrías estar toda la vida besándome y a mí me parecería bien.

—Estás borracha.

—¡Sí! Los borrachos siempre dicen la verdad, ji, ji, ji.

Ahora sí que lo oigo reírse. Es una risa apagada. Parece agotado.

—Eres la mujer más exasperante que conozco.

—Tiene gracia. Malena opina lo mismo.

—A Malena no la besas y luego le dices que estás conociendo a otra persona —me dice en tono acusador.

—Malena no me rechazó cuando tenía doce años y lleva toda la vida tratándome como si fuera estúpida.

—Ah, ya empiezan a salir las verdades... —dice encantado—. No sabía que fueras tan rencorosa.

Me sobreviene una arcada. Ay, qué mal me siento. Es la última vez que mezclo tequila y ron.

—Ya... no me apetece seguir hablando contigo, ¡adiós!

—Lo mejor para la resaca es beber mucha agua. Cuídate.

Lo oigo reírse antes de que consiga colgar.



## 25. Me lo tengo merecido

Estoy muy pero que muy nerviosa. Vaya, que me subo por las paredes. Hoy es el día. Hoy voy a conocer al misterioso Dr. Amor. ¿Será guapo? ¿Tendrá tanto sentido del humor como chateando por Wahtsapp? Ay, estoy hecha un manojo de nervios. Por fin voy a saciar mi curiosidad de una vez por todas. En cuanto se me pase esta resaca del demonio...

La cabeza todavía me da vueltas. Estoy hecha papilla, literalmente. Eso me pasa por desmadrarme a lo grande. No es culpa mía, lo prometo. Yo solo quería que Malena se divirtiera un poco y dejase aparcada momentáneamente a la mujer estirada y gruñona. Y vaya si lo conseguí. No sé cuantos chupitos después, Malena estaba subida encima de la barra cantando a toda voz canciones de Abba. Ay, lo que engañan las apariencias...

Creo que se marchó con un morenazo de un infarto, pero yo estaba tan piripi que todo lo que recuerdo fue subirme a trompicones a un taxi. En fin, espero que mi jefa se lo haya pasado bien. Lo mismo hasta nos hacemos amigas, ¡qué vueltas da la vida!

—Buenos días.

Javi aparece en mi habitación con una bandeja en la que hay una jarra de zumo de naranja y un sándwich de pavo. Se me revuelve el estómago al ver la comida.

—Ay, me muero, Javi. Llévame al médico, por fa. O mejor, escribe mi última voluntad. Quiero que te quedes con Gucci y me prometas que lo cuidarás como un hijo. Mi falda de terciopelo roja es para Nati, y convence a Tessa para que no llame Manuela a la niña... así me moriré tranquila...

Pone los ojos en blanco y deja la bandeja sobre la mesita de noche.

—¿Tu especialidad es cogerte una cogorza de las gordas?

—Entre otras cosas...

—Bébetelo el zumo, anda —dice en plan madre—. Dicen que la vitamina c es buena para la resaca.

—Qué bueno eres... ¿cuándo te echarás novia? A los hombres también se os pasa el arroz, ¿no lo sabías?

—Estoy demasiado ocupado cuidando de ti.

Creo que el pobre aún no ha superado lo de mi hermana. Debe de ser un palo que la chica que te gusta haya rehecho su vida con un tiarrón como mi cuñado.

—Qué me quieres, Don limpio. Cuando ordene mi vida, te busco novia.

—Por Dios, ¡no!

—Pondré un anuncio en internet. Hombre muy limpio y ordenado busca buena mujer con la que formar una familia. Seguro que te llueven las ofertas.

—Eres lo peor. ¿Ni resacosa te callas?

—Ay... —me retuerzo de dolor cuando tengo otro retortijón de estómago—. Esto es el karma, lo presiento. La vida me está castigando por decir tantas mentiras...

—Eres la tía con más suerte del planeta. A Pinocho se lo comió una ballena, pero a ti solo te ha sentado mal el alcohol. Hoy conoces al misterioso Dr. Amor, ¿no?

—Sí —respondo con una mezcla de ilusión y pánico.

—Te echaré un ojo desde una mesa de la cafetería —se preocupa—. A lo mejor has quedado con un pervertido que piensa drogarte.

—¡Javi!

—O se lo digo a tu hermana. Lo que tú prefieras.

—Qué malo eres, ¡rubio tenías que ser!

Cuando se marcha, hago un considerable esfuerzo para tomar un sorbo de zumo. Necesito recuperar mis fuerzas si quiero enfrentarme a la posibilidad de que el Dr. Amor no sea ese hombre perfecto con el que me he ilusionado.

Y entonces recibo un mensaje de Max. Me froto el rostro y recuerdo nuestra conversación. Ay, me muero de la vergüenza. ¿Por qué tengo que decir verdades como puños cuando empino el codo? Le dije que me gustaba muchísimo y que se podría pasar toda la vida besándome.

Jolines.

—¿Qué hago, Gucci?

El perro se pone bocarriba para que le rasque la barriga. No, eso no me va a ser de ayuda en este momento. Me mordisqueo la uña del dedo pulgar. Lo sé, debería afrontar la situación. Pero...

No es justo. Precisamente cuando aparece una nueva ilusión en mi vida, cabe la posibilidad de que mis sentimientos por Max sean recíprocos. Llevo veinte años haciéndome a la idea de que él me ve como una cría. ¿Por qué tiene que suceder esto ahora? No estoy preparada. No quiero que Max tambalee los cimientos de mi mundo. Tengo miedo de que me haga daño.

Inspiro profundamente y leo su mensaje.

**Max:** ¿qué tal?

Ay, cuando le da la gana puede ser muy mono. Como ayer, que me aconsejó que bebiese mucha agua para la resaca. Incluso se ofreció a ir a buscarme a las cuatro de la mañana... eso debe de significar algo...

**Yo:** hecha polvo. Pero gracias por preguntar.

**Max:** te llamo.

¿Qué? ¡No! ¡Ni hablar! Lo último que necesito en este momento es hablar con él. Me muero de vergüenza. No puedo escuchar esa voz ronca y burlona sin que se me caigan las bragas. Y él lo sabe.

**Yo:** ¡no! ¡No me llames!

**Max:** ¿por qué?

**Yo:** porque me moriré de la vergüenza. En serio, deja las cosas como están. Al menos hasta que tenga el valor de mirarte a la cara y hablar sobre lo que te dije anoche.

**Max:** como quieras. Tú lo dijiste, los borrachos siempre dicen la verdad.

Ejem, esto... gracias por recordármelo, Max.

**Yo:** los borrachos son tontos. Por cierto, gracias por haber confiado en mí. Tenías razón: te juzgué mal.

**Max:** estamos en paz. Tienes buenas ideas. Tienes talento.

Guau. Se me encienden las mejillas. Menos mal que no lo tengo delante. Me gusta que él piense eso de mí.

**Yo:** harás que me ruborice, Maximiliano. ¿Dónde quedó el hombre que se burlaba de mí?

**Max:** lo cambié por “el hombre que prefiere besarte”. ¿Cuál de los dos te gusta más?

Vale, me acabo de quedar sin palabras. Esto no puede estar pasando. Justo ahora. Cuando queda menos de una hora para que conozca al Dr. Amor.

Porque llevo muchos años intentado sacar a Max de mi cabeza.

**Max:** *la he dejado sin palabras, ¿señorita listilla?*

**Yo:** *puede.*

**Max:** *o quizá está demasiado ocupada flirteando con ese otro hombre...*

Aprieto los dientes. No tiene derecho a sentirse celoso. No tiene derecho a hacerme sentir mal.

**Yo:** *eres lo peor, ¿vale?*

**Max:** *uno de los dos tiene que ser sincero.*

**Yo:** *y tú eliges justo este momento. Pues que sepas que me viene fatal.*

**Max:** *¿cómo?*

**Yo:** *qué me dejes.*

Lo sé. Soy toda una adulta. Para mi sorpresa, Max me llama por teléfono. Se me cae el móvil de las manos por culpa de la impresión. No pienso cogerlo. No me atrevo. Le cuelgo.

**Max:** *cógeme el teléfono.*

**Yo:** *no quiero.*

**Max:** *en serio, Aitana. No seas cría. Vamos a hablar.*

**Yo:** *no.*

**Yo:** *no.*

**Yo:** *y no.*

Vuelve a llamar. Le cuelgo de nuevo. Sé que si cojo ese teléfono flaquearé. No puedo dejar que me haga dudar en este momento.

**Max:** *CÓGEME EL MALDITO TELÉFONO.*

**Max:** *iré a tu casa si es necesario.*

**Yo:** *llamaré a la policía.*

Mis dedos teclean con rapidez. Estoy hecha una furia. Me siento resentida y expuesta.

**Yo:** *¡¡¡no puedes hacerme esto justo ahora!!! ¿por qué tienes que ser*

*así? Ya me había hecho a la idea de que lo nuestro era completamente imposible. Me lo has dejado claro durante todos estos años. Clarito como el agua. Te burlabas de mí, no me tomabas en serio, me tratabas como una cría... jolines, me fui haciendo a la idea. Ahora no puedes llegar y cambiarlo todo. Así que pienso ir a mi cita de esta tarde y ni tú ni nadie me lo va a impedir. Porque he conocido a un hombre increíble al que resulta que le gusto desde el principio. ¡Y PUNTO!*

Lo ha leído, pero no contesta. Respiro con dificultad. Ya está, lo he sacado de mi vida para siempre. Y de repente tengo muchísimas ganas de llorar. Sé que Max es demasiado orgulloso para perdonarme ese mensaje.

\*\*\*

Javi vigila “discretamente” desde una mesa al fondo de la cafetería. Lleva gafas de sol y una gorra calada hasta las orejas. Parece un policía de la secreta. Lo mato.

Me sudan las manos y estoy al borde de la taquicardia. Llevo cinco minutos esperando al Dr. Amor. Seguro que vendrá. Es la segunda coca cola que me bebo. Estoy hasta arriba de cafeína y cada vez más impaciente. Tiene que venir.

—Venga, no me hagas esto... —suplico, y tamborileo con los dedos en la mesa.

Quizá se ha perdido. Saco el móvil del bolso y le escribo un mensaje.

*Yo: hooooooooola. Te estoy esperando. No me dejes tirada, eh. Me muero de ganas de conocerte ??*

Lo ha leído. Lo sé por los dos palitos azules. Me sorprende cuando al cabo de varios minutos no recibo respuesta. Quizá está conduciendo. Sí, será eso. Muevo la pajita dentro del vaso de coca cola. Ya han pasado quince minutos. Se está haciendo de rogar...

Veinte minutos.

Mi manicura está hecha un desastre. No me queda ninguna uña que morder.

Treinta minutos.

Me doy cuenta de que Javi parece tan preocupado como yo. Le hago un gesto para que se tranquilice. Vendrá. Estoy convencida de que vendrá.

Cuarenta minutos.

Siento una punzada de decepción en el estómago.

Cincuenta minutos.

Esto no me puede estar pasando. Jolines, ¿dónde se ha metido?

Cincuenta y cinco minutos.

Me pican los ojos. Hago un puchero. Me quiero morir. No me lo puedo creer... me ha dado plantón.

Sesenta minutos.

Alguien me toca el hombro. Doy un respingo. Me vuelvo hacia el hombre con cara de esperanza. Intento que no se note mi decepción al ver que es Javi. Me ofrece una sonrisa compungida. Una lágrima silenciosa resbala por mi mejilla.

—Vamos a casa, Tana —me pide, rodeándome con un brazo—. Ese idiota no te merece.

\*\*\*

Tres horas después, tengo ganas de gritar y romper cosas. Llevo tres malditas horas llorando como una estúpida por un completo desconocido. Javi intenta consolarme, pero no lo consigue. Me siento utilizada. El Dr. Amor se ha burlado de mí. Soy... la tía más imbécil sobre la faz de la tierra. Era de esperar, ¿por qué me sorprende? En el fondo me lo tengo merecido.

—Me lo merezco.

—No digas eso —la voz de Javi tiembla de rabia—. Nadie se merece que la dejen plantada.

—Me lo he ganado por ser una ilusa y confiar en el primer tío que me hace un poco de caso. Tú me lo advertiste, pero me dio igual. Soy una completa idiota.

—Tana... venga, no te hagas esto. Deja el móvil.

Sacudo la cabeza y me salen más lágrimas. Le escribo un último mensaje al Dr. Amor.

***Yo:** eres el ser más rastreo y miserable sobre la faz de la tierra. Seguro que te lo has pasado en grande burlándote de mí. ¡Qué te den! Quedas bloqueado de mi Wahtsapp y de mi vida para siempre.*

Y añadido, por si no le ha quedado claro:

***Yo: ¡¡¡MENTIROSO DE MIERDA!!!***

Luego rompo a llorar y dejo que Javi me abrace mientras Gucci me lame. Definitivamente he ganado el premio al ser humano más patético del mundo.

## 26. Un domingo asqueroso

¿Hay algo peor que pasar un domingo curando las penas del corazón? He arruinado mis posibilidades con Max por culpa de un farsante. Lo sé, me lo tengo merecido. Me ilusioné con un completo desconocido porque me daba miedo afrontar mis sentimientos por Max. Ya está. Max no me lo perdonará en la vida y yo... sigo llorando a mares.

Es un domingo de helado, ganchitos y Netflix. De cantidades industriales de comida basura. De recibir la compasión de Javi y los mimos de Gucci. Un domingo asqueroso. Deprimente. Para olvidar.

No he vuelto a saber nada del Dr. Amor. Ni una explicación. Nada. Cero patatero.

Me acurruco en el sofá. Me hago un ovillo con mi decepción y mi tristeza. Y pienso, otra vez, que me lo tengo merecido. Esta vez no hay excusas que valgan. La culpa es solo mía.

## 27. Mi amigo invisible

El lunes es hora de volver a la normalidad. O de casi volver a la normalidad. Me paso todo el día manteniendo la mente ocupada en el trabajo para no pensar en todas las malas decisiones que he tomado en mi vida. Que son unas cuantas, por cierto.

Max pasa de mí. Normal, no me extraña. Aunque para ser completamente sincera, yo no hago el menor intento por entablar una conversación con él. Me paso todo el día como una autómatas, e incluso Malena me pregunta si me encuentro bien. Ni las diez clases de teatro me pueden ayudar ahora.

Hoy salimos de la oficina un par de horas antes de lo habitual. A las diez tenemos la cena de empresa y todos están entusiasmados con la idea. Todos excepto yo. Sé que no puedo faltar porque fui la que se empeñó en ello. No es que ahora me arrepienta, sino que estoy de un humor de perros que me impide ver la luz al final del túnel.

Metó el regalo de Malena dentro del bolso y termino de maquillarme. Es la primera vez que elijo la ropa con desgana. Normalmente me paso horas delante del armario, pero hoy cojo lo primero que veo; un vestido negro y unos zapatos de color nude.

—Hazlo por tus compañeros —me digo en voz alta, antes de salir por la puerta—. No se merecen verte con esta cara de mustia.

Fuerzo una sonrisa y voy a la cena de empresa.

\*\*\*

Después de una cena bastante agradable, comienza la ronda de regalos del amigo invisible. Cuando me toca a mí, le doy su regalo a Malena, que lo observa con una mezcla de curiosidad y diversión.

—Viniendo de ti me puedo esperar cualquier cosa.

Rasga el envoltorio y abre los ojos de par en par. No sé si es buena señal. No tenía ni idea de lo que podía regalarle hasta que de repente lo vi en una tienda de objetos vintage. Es un expendedor de chicles de estilo retro.

—¡Me encanta! —dice al fin.

Suspiro aliviada. La ronda de regalos es todo un éxito. Tanto la cena como el amigo invisible han servido para que todos hagan piña. Hasta que llega mi turno. No puedo disimular mi sorpresa cuando Max, visiblemente avergonzado, me tiende un paquete envuelto. Es muy voluminoso.

—Espero que te guste.

—Pesa mucho —musito con una sonrisa.

Es la primera vez que hablamos en toda la noche. Rasgo el papel con manos temblorosas. No sospechaba que él era mi amigo invisible. Cuando veo lo que es, no puedo disimular mi emoción. Solo alguien que me conociera muy bien podría haberme regalado algo así. Se me humedecen los ojos y me tiemblan los labios.

—Si no te gusta...

—Es... —sostengo la cúpula y la miro fascinada—. Max...

Es una rosa roja. Una rosa como la de Bella y la Bestia. Con su cúpula de cristal y sus pétalos caídos. Jolines, ¿cómo lo ha sabido? Es mi película favorita de Disney. De pequeña recitaba los diálogos de memoria. Es el regalo más bonito que me han hecho en la vida.

—Puedo descambiarlo. Tengo el ticket por alguna parte —dice abochornado, y se rasca la coronilla.

—¡Me gusta muchísimo! —admito emocionada—. Gracias, Max.

Su expresión de angustia se relaja por completo.

—Menos mal.

—Voy a por algo de beber.

Abrazo la cúpula y arrastro mis pies hacia la terraza porque no quiero que me vea llorar. Al observarla con mayor interés, veo que en la base de la cúpula hay grabado un mensaje:

“—La dejé ir.

—¿Qué cosa, por qué lo habéis hecho?

—Porque la amo. “

Es una de las frases de la película. Noto que una lágrima resbala por mi mejilla. Ay... Max. Cómo he podido ser tan tonta.

—¿Te encuentras bien? —pregunta la voz de Max a mi espalda.

Parpadeo muy deprisa para borrar mis lágrimas y me vuelvo hacia él. Max me mira de una forma que me traspasa. Sin diversión ni su habitual su chulería. Y por primera vez en todos estos años lo veo. Solo a él. Al hombre que se esconde detrás de esa coraza.

—Tu regalo es precioso —admito en un susurro.

—¿Y por eso lloras? —pregunta con suavidad.

Alarga un brazo para acariciarme la mejilla. Tiemblo de la cabeza a los pies porque me encanta que me toque.

—Lloro porque soy una idiota.

—Eso no me lo creo.

—Max... —me sorbo las lágrimas y dejo que él me acerque hacia su cuerpo. Y justo ahora, contra su pecho, siento que encajamos de una forma perfecta—. Será mejor que me dejes sola. Soy un completo desastre. Me ilusioné con un tipo al que conocí por Whatsapp y que me ha dado plantón.

—Menudo imbécil. Hay que serlo para renunciar a ti.

En lugar de apartarse de mí, me estrecha con más fuerza y me besa el cuello. Cierro los ojos y se me escapa un suspiro.

—Qué estás haciendo conmigo —murmuro sin comprender—. Deberías alejarte de mí. Sería lo justo. Acabo de decirte que pasé de ti por un completo desconocido.

—Uhm... sí. Mi orgullo está un poco dañado. —concede de mala gana, y me acaricia los hombros—. Pero sinceramente, estoy cansado de perder el tiempo contigo. Resulta que me gustas demasiado para dejarte escapar.

Lo miro boquiabierto. Max me estrecha por la cintura y me atrae hacia él.

—Ah, ¿sí? Porque en ese caso, quiero que sepas que es recíproco.

—¿Puedo besarte ya, o vas a salir corriendo?

Me muerdo el labio, lo agarro de la camisa y soy yo quien le planta un beso en los labios. Un beso tierno y cargado de demasiadas cosas por decir. Uno que se va caldeando. Que lentamente enciende la mecha hasta convertirla en una llama demasiado poderosa. Uno que nos arrastra hacia su coche, entre caricias y gemidos. Y no, ahora ya no voy a salir huyendo. Porque estoy justo donde quiero estar; en sus brazos.

\*\*\*

Max me desviste despacio. Deleitándose con la mirada en cada parte de mi cuerpo hasta calentarme la piel por completo. Me ruborizo cuando sus ojos se clavan en mi escote. Me besa la garganta y mi pulso se dispara. Me acaricia la espalda mientras sus manos encuentran el cierre de mi sujetador.

—Espera... —le pido asustada—. ¿Y si no te gusto?

—No digas tonterías.

—Vi cómo me miraste el día que me pillaste sin camiseta.

Deja de forcejear con mi sujetador y clava los ojos en mí. De repente está muy interesado en escuchar lo que tengo que decirle.

—¿Y cómo te miré?

—Con indiferencia.

Max se aparta de mí, se frota el rostro con las manos y deja escapar una carcajada. Sacude la cabeza y vuelve a mirarme, esta vez con una ternura que me desarma.

—Ay... Aitana, te aseguro que indiferencia es lo único que no siento cuando te miro. Y mucho menos cuando te tengo cerca.

—¿De verdad? —pregunto, recobrando mi autoestima.

—Joder, y tanto.

Me agarra la mano y la lleva hasta su erección. Apoya su frente contra la mía y noto su vulnerabilidad y su deseo. Tiene tantas ganas como yo.

—Te miré como un bobo que se muere por tus huesos. Que está loco por ti. Que lleva años suspirando por algo que cree prohibido. Si quieres sigo, pero prefiero pasar a la parte práctica.

Entonces soy yo quien se quita el sujetador. Cuando cae al suelo, Max me devora con la mirada como si fuese un lobo hambriento. Le tiemblan las manos cuando me toca. A trompicones y con muchas ganas. Erizándome la piel con cada beso y caricia. Mimando mi piel hasta límites insospechados.

Dejo la vergüenza a un lado y comienzo a desvestirlo. Le desabrocho la camisa con dedos temblorosos y él me besa los nudillos. Luego entierra la cabeza en mis pechos y los besa poco a poco. Sin que a mí me importe que sean pequeños porque en su boca me parecen perfectos.

—Ay... —gimo, cuando se mete un pezón en la boca.

Me empuja hacia la cama mientras se quita los pantalones. Lo observo con los ojos muy abiertos y la boca seca. Porque es el hombre más impresionante que he visto en mi vida. Le acaricio la hilera de vello castaño que se pierde bajo sus calzoncillos y él aprieta los dientes.

—Jolines... es que estás buenísimo...

—Aitana... —gruñe con voz ronca.

Se abalanza sobre mí y sus manos vuelven a estar por todas partes. No sé si me quita la ropa que me falta o la destroza, pero a mí me da igual. Porque me sobra tanta tela que me duele todo el cuerpo. Me retuerzo de deseo cuando Max me separa las piernas y entierra una mano entre mis muslos.

—Tengo tantas ganas de ti... joder, ni te lo imaginas.

—Hazme lo que quieras —le pido sofocada.

—Me falta noche para hacerte lo que quiero —me advierte, metiendo la mano por dentro de mis bragas.

Sollozo de placer cuando sus dedos me acarician. Cuando me penetra y

mis caderas se arquean como respuesta. La sensación es tan intensa que clavo las uñas en las sábanas y suelto un grito. Me está torturando de una manera deliciosa. Llevándome al límite una y otra vez.

—Max... por favor...

—Haz dicho que haga lo que quiera...

—Me vas a matar...

Alargo un brazo para acariciarle la polla. La palpo por encima de los pantalones y lo escucho gruñir.

—Eso es hacer trampa —se queja sin apartarse.

Nos masturbamos el uno al otro hasta que nos quedamos sin aliento. Max se quita los calzoncillos y se pone un preservativo. Con una mano me agarra las muñecas por encima de la cabeza y con la otra se agarra la polla. Estoy tan húmeda que lo recibo encantada cuando se entierra en mi interior. Mis piernas rodean su cintura mientras él me penetra con el ritmo perfecto.

—Ah... joder... —murmura con voz ronca, y entierra la cabeza en mi pelo.

Le muerdo el hombro y él a mi el cuello. Los dos nos volvemos locos. De algo mucho más profundo y peligroso que el sexo. Hasta que llego a la cima y me dejo ir. Max se corre con un gruñido y se deja caer sobre mí. Luego rueda hacia un lado para no aplastarme y estira un brazo para acariciarme el vientre.

—Tenías razón... —digo jadeando—. Lo tuyo no es indiferencia. Lo tuyo es...

—No te callas ni después del sexo, ¿no?

—No sería yo.

—Cierto.

Oigo su risa ahogada contra el colchón. Se vuelve hacia mí. En su expresión hay tantas emociones que no logro descifrarlas todas. Me mira y sonrío. Una de esas sonrisas de medio lado que me vuelven jodidamente loca.

—Estás sonriendo.

—Qué observadora —responde, sin dejar de sonreír.

Alarga un brazo y me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja. Se apoya sobre los codos y, acto seguido, me besa con delicadeza en la frente. Ahora soy yo quien sonrío como una boba.

—Después de lo otro esto me sabe a poco...

—Tranquila, en cuanto me recupere pasamos a la segunda parte.

Debo de estar completamente coladita por él, porque siento como mi

corazón da saltitos de alegría.

—Encantador para las mujeres... —recuerdo lo que me dijo, y me muerdo el labio—. ¿Esto se lo haces a todas?

Max entrelaza nuestros dedos y me mira a los ojos.

—No.

—Dime la verdad —le pido, entre ilusionada y completamente aterrorizada por mis sentimientos.

—A ti te hago el amor, Aitana.

Me deshago como el caramelo caliente. Cuando creo que no puede ser más perfecto, añade:

—Todas las veces que quieras. Si me permites la sugerencia, durante el resto de nuestras vidas.

No sé qué responder, porque entonces él vuelve a besarme de esa forma tan jodidamente perfecta.

## 28. En las nubes

Sí, en las nubes. Y si me apuras, en el cielo. Eso es lo que siento cuando estoy con Max. Porque los siguientes días son una sucesión de sexo desenfrenado en cualquier parte. En su despacho o en la sala de la fotocopidora. Donde nos pillen las ganas, que por lo visto nos sobran. Creo que todos en la oficina se han dado cuenta de que entre nosotros hay algo más que una relación laboral, pero nadie dice nada. Excepto Malena, que me sonrío con complicidad y suelta alguna que otra broma de vez en cuando.

Algunos días me quedo a dormir en su casa, o él en la mía. A Javi le gusta Max. Dice que es un buen tío y que por fin voy por el buen camino. Han hecho buenas migas.

Obviamente, no le he contado lo de mi secretillo con el ruso. Entre otras cosas porque ya lo hablo con una soltura increíble. Tampoco hay que pasarse con la sinceridad, ¿no? Supongo que algún día se lo terminaré confesando, pero por ahora no me atrevo. Todo me parece demasiado perfecto como para estropearlo.

Estamos tirados en el sofá de su casa. Acaba de hacer palomitas y estamos viendo Vaiana en la tele. Se merece que lo canonicen, porque sé que solo lo hace para verme feliz. Soy una chica Disney y él lo sabe.

Cuando veo que sigue con el tobillo vendando, frunzo el ceño. Me preocupa que no se lo haya curado del todo. Me dijo que se hizo un esguince hace un par de semanas.

—Deberías ir al médico. Un esguince mal curado no es ninguna tontería —le advierto.

Noto que se tensa. A lo mejor es de esos hombres a los que les da pánico ir al médico.

—No es nada, de verdad —me tranquiliza.

—Uhm...

Cierro los ojos cuando él me masajea el cuello.

—Ay... qué bien me conoces.

—Demasiado —tuerce una sonrisa—. ¿Te acuerdas de aquella vez en la que me obligaste a ver la Bella y la Bestia porque decías que hasta un bruto como yo podía tener remedio?

—No —respondo, porque es la verdad—. ¿Cuándo fue eso?

—Tenías seis años.

—¿Entonces ya te sacaba de tus casillas? —pregunto de broma, y me vuelvo hacia él.

—Más o menos. Ahí adopté la pose de hermano mayor.

—Yo... nunca te he visto como un hermano mayor —le confieso avergonzada—. Me dolió en el alma que me rechazaras. Ya sé que solo tenía doce años y que para ti sería una tontería, pero entonces me hice a la idea de que tú nunca me verías con los mismos ojos.

—Estaba aterrorizado.

—Qué dices.

—Tenía dieciocho años, Aitana. Me dio rabia que me pudieras ver como algo más que tu hermano mayor. Y luego... cuando pasaron los años y te convertiste en toda una mujer... —deja escapar un profundo suspiro—. Comprendí que no era rabia, sino miedo. Llevaba toda la vida pensando que estabas prohibida.

—¿Prohibida? —repito incrédula.

—Tu padre es mi padrino. Te conocí siendo una niña, te saco seis años... no sé, llámame loco. Pensé que los demás no lo entenderían. Que tu padre montaría en cólera y me sacaría a patadas de su casa.

No tenía ni idea de que ese fuera uno de sus miedos. En realidad lo entiendo, porque tiene toda la lógica del mundo. Max es de la familia y me saca seis años. Ahora no es algo importante, pero en su momento se podría haber malinterpretado.

—Tenemos que contárselo. Cuando llegue el momento. Pero te aseguro que a mi padre le hará mucha ilusión. Y a Tessa, y a mamá... siempre me han dejado caer que estoy coladita por ti.

—¿Tú crees? —pregunta esperanzado.

—Sí. Papá te tiene en un pedestal. Vamos, Max. Sabes de sobra que él estará encantado de que salgamos juntos.

Me abraza con fuerza.

—Eso espero, porque ahora no estoy dispuesto a dejarte marchar.

—Ay... Maximiliano...

Me acurruco sobre su pecho. Ni él va a dejarme marchar ni yo pienso largarme a ninguna parte. Creo que es la primera vez que estamos de acuerdo en algo.

—No me lames Maximiliano, mocosa.

Me parto de la risa cuando él empieza a hacerme cosquillas.

---

En la cena de navidad no hace falta que nadie diga nada. Creo que mi

familia nos conoce demasiado bien, porque en cuanto ven que no nos lanzamos pullitas, papá me lleva hasta la cocina y me suelta a bocajarro:

—¿Qué diantres os pasa?

—Papá, ¿a qué te refieres?

—A ti y a Max.

Me retuerzo las manos con nerviosismo. En el fondo sí que me da un pelín de miedo lo que todos puedan pensar. Pero, cuando creo que voy a tener que afrontar esta conversación sola, Max aparece en la cocina y se coloca a mi lado.

—Adolfo —dice muy serio, pero evidentemente afectado—. Tu hija y yo... nos estamos conociendo.

Mi padre nos mira de manera alternativa, como si acabaran de contarle un chiste.

—Ya os conocéis —dice ofuscado.

—Papá, que estamos juntos —voy directa al grano—, que Max y yo...

—¡Piluca! —exclama mi padre, y creo que acaba de perder la cabeza—. ¡Piluca!

Max y yo nos miramos de reojo. No entendemos nada. Mi madre viene corriendo.

—Adolfo, ¿por qué gritas? Te hace falta un sonotone. Estoy harta de decírtelo, pero estás de un tonto con eso de no aceptar los años que tienes...

—¡Qué sonotone ni qué leches! —le dice mi padre—. Tu hija y Max, que por fin han visto la luz. Ya creí que me moría sin verlos juntos. ¡Qué alegría! ¡Es la mejor noticia que me podías dar esta navidad! ¿Cuándo os casáis?

Max y yo ponemos cara de circunstancia. Mi madre se queda boquiabierta. Creo que es la primera vez en la vida que no tiene nada que decir.

—Mamá, ¿estás bien?

—¡Descorcha una botella de champán! —reacciona al final—. Sois lentos, pero es evidente que estáis hechos el uno para el otro.

Solo entonces Max y yo respiramos aliviados.



## 29. El Dr. Amor ataca de nuevo

No resisto la tentación ahora que Max se ha quedado dormido. Estoy demasiado preocupada por ese esguince que sigue sin curarse del todo. Es demasiado tozudo para ir al médico. Qué hombre. Decido echarle un vistazo porque está roncando como un tronco.

Voy desenrollando la venda que tiene en el tobillo. Él murmura algo en sueños y me quedo paralizada. Ya le he pedido varias veces que me lo enseñe, pero siempre se muestra reacio y cambia de tema. Creo que tiene miedo a que lo obligue a ir al médico, porque si no, no me lo explico. Cuando consigo quitarle la venda, frunzo el ceño. Es un tobillo completamente normal, sin hinchazón ni un bulto sospechoso. Excepto por...

—Un momento... —digo en voz alta, y sostengo el pie en alto. Creo haber visto el borde de una mancha. Cuando veo lo que es, abro los ojos de par en par. Tiene un tatuaje en el talón de Aquiles. Menuda sorpresa.

Ahora sí que no entiendo nada. No tiene ningún esguince, ¿por qué ha querido ocultarme su tatuaje? Me gustan los tatuajes. El suyo es muy bonito. Un ancla rodeada por una enredadera de flores. Me gusta.

Me siento en el borde de la cama. Y, justo en ese instante, mi cerebro hace click. Me froto la cara. He visto ese tatuaje antes, pero ¿dónde? Sí, sé que lo he visto. Los engranajes de mi cerebro funcionan a toda velocidad. Tengo que hacer memoria. ¿Dónde? ¿Dónde? ¿Dón...?

—¡No! —me levanto hecha una furia—. ¡No! ¡No! ¡No!

Corro hacia mi bolso y me tropiezo con mi propia ropa desperdigada en el suelo. Lo encuentro colgado del pomo de la puerta. Rebusco en su interior con una creciente ansiedad. No puede ser. Debe de ser un error. Él no me haría esto. Cuando encuentro el móvil, lo desbloqueo con manos temblorosas y respiro profundamente antes de buscar el whatsapp del Dr. Amor. Tengo que estar equivocada. Por favor... esto no...

Se me cae el móvil al suelo. Es su ancla. Su maldito tatuaje. El mismo tatuaje que me enseñó el Dr. Amor. Sacudo la cabeza con incredulidad y me agacho para recoger el móvil. No entiendo nada.

Esto... no... puede... ser... verdad...

Max sigue roncando en la cama. Ni me lo pienso. Llamo al número del Dr. Amor esperando que una voz masculina me conteste al otro lado. Que esto no sea más que una maldita coincidencia. Uno de esos tatuajes que se

copian por internet. Pero, de repente, escucho el sonido de un móvil. Me quedo momentáneamente paralizada, hasta que reacciono. Camino como un perro de presa por toda la habitación. Abro los cajones de su mesita de noche, revuelvo la ropa de su armario y, en el bolsillo de uno de sus pantalones, encuentro el teléfono móvil.

El teléfono móvil del Dr. Amor.

Me estoy mareando.

Es él. ¡Max es el maldito Dr. Amor!

Tengo ganas de vomitar. Tengo ganas de gritar. Tengo ganas de...

Lo destapo de un tirón. Max abre los ojos de par en par y suelta una maldición.

—Aitana, ¿qué...?

Entonces echa un vistazo a su tobillo. Se le cambia la expresión. Traga con dificultad y busca mi mirada. Sostengo su otro teléfono en la mano. Tiemblo de impotencia y de rabia. Quiero matarlo.

—Joder... —se levanta de un salto—. Aitana, te lo puedo explicar.

—¡Qué me puedes explicar qué! —le chillo como una completa histérica, y le tiro el móvil a la cara. Max lo esquivo de puro milagro—. ¡Llevas todo el tiempo jugando conmigo!

Da un paso en mi dirección, pero le lanzo tal mirada asesina que se detiene.

—¡Ni te me acerques!

—Aitana, por favor...

—Apuesto a que te has divertido de lo lindo a mi costa... —murmullo llena de rabia y dolor—. ¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué demonios me dejaste tirada? ¿O debería llamarte Dr. Amor? ¡No, no me toques! ¡No te atrevas a tocarme!

Max pone las manos en alto. Me alejo de él. Recojo toda mi ropa, que está desperdigada por el suelo. Me siento desnuda, pero no precisamente por la falta de ropa. Vulnerable. Débil. Utilizada.

—¿Cómo has podido ser tan retorcido? —ahora mi voz es un susurro quebrado—. Lo sabías todo, desde el principio. Lo de las cámaras de seguridad, el coche...

Sacudo la cabeza sin dar crédito. Max no se atreve a mirarme. Me siento como un trozo de carne al que han utilizado.

—Eres... un cabrón retorcido y sin sentimientos.

—Aitana, mi vida, por favor...

—Me has estado manipulando todo este tiempo. ¿Quién eres, Max? ¿O debería llamarte Dr. Amor?

—Aitana, joder... mírame a los ojos y déjame que te lo explique.

Termino de vestirme y voy hacia la salida.

—Vete a la mierda.

—¡Espera! —me persigue desesperado. Me agarra del brazo y le doy un empujón.

—¡No me toques! ¡No quiero volver a saber nada de ti!

## 30. No me llames.

Falto cuatro días seguidos al trabajo. Llamo a Malena y le digo que estoy enferma. Soy incapaz de entrar en detalles, pero ella sospecha que no le estoy siendo sincera y me pregunta:

—Cielo, si tiene que ver con Max...

—Por favor, no me pidas que te lo explique.

—No hace falta. Max ha llegado hoy al trabajo con un aspecto lamentable. Es la primera vez que lo veo con una camisa arrugada. Por no hablar de su malhumor. Ha hecho llorar a la pobre Patricia porque se ha equivocado con su café. Ni siquiera recuerda lo que es una maquinilla de afeitar.

Intento que sus palabras no me afecten, pero no lo consigo del todo. Lo que le suceda a Max debería resbalarme, pero soy incapaz de pasar página. Porque me duele en el alma y lo quiero.

—Tana, ¿sigues ahí?

Mi respuesta es un sí muy bajito.

—Ojalá que lo solucionéis. Sea lo que sea. Nunca lo había visto tan hecho polvo... solo quería que lo supieras. Tómate los días que necesites. Pero el cliente ruso llega en una semana, ¿cuento contigo?

—Por supuesto —respondo, porque no voy a dejarlos tirados.

Malena no se lo merece. Max puede que sí, pero esa es otra historia.

Me despido de ella tras prometerle una decena de veces que me encuentro bien, lo cual es una completa mentira. Me encuentro como una mierda. No entiendo nada. Max es el Dr. Amor. Todo este tiempo he estado enamorada de la misma persona.

¿Por qué lo ha hecho?

Es un maldito embustero de la peor calaña. Conoce todos mis secretos. Lo del ruso, el coche, las cámaras de vigilancia... absolutamente todo. Pero eso no es lo que me duele, sino la forma en la que me ha utilizado. Por el amor de Dios, me rompió el corazón cuando me dio plantón. Y luego se acostó conmigo como si no fuera la misma persona.

¡Lo odio!

Javi no sabe ni qué decirme. Al final se lo he tenido que contar, porque Max no para de llamarme. Ayer se presentó en mi casa y le advertí a Javi que si le abría la puerta dejaría de hablarle para los restos. No quiero que me

llame, ni que me escriba, ni que me busque. Quiero que desaparezca de mi vida. Pero Max sigue intentándolo todos los días. Pese a mis negativas.

—Es que no sé ni qué decirte —admite Javi—. A lo mejor deberías hablar con él.

—Ni muerta.

—Para que te dé una explicación. No por él, sino por ti. Es lo mínimo que mereces, Tana.

—No quiero volver a verlo ni en pintura. Respirar el mismo aire que él me resulta imposible. Me siento tan jodidamente utilizada que...

—Lo siento —dice apenado, y abre los brazos para que pueda llenarle la camisa de lágrimas—. Creí que era un buen tío.



## 31. El ruso

Hoy es el día. Voy a tener que enfrentarme a Max sí o sí, pero pretendo obsequiarlo con mi indiferencia. Es lo mínimo que se merece. Al menos le demostraré que he sido capaz de aprender ruso. Me llevaré ese gusto, y luego me largaré de su empresa con la cabeza bien alta. Me gusta trabajar en Máxima. Le he cogido mucho cariño a Malena y al resto de mis compañeros, y sé que es recíproco. Pero no puedo seguir trabajando con Max. Eso es del todo imposible.

Cruzo la puerta de la oficina y voy directa hacia el despacho de Malena. En cuanto me ve llegar, rodea su escritorio y me da un fuerte abrazo. Esta vez soy yo quien no la corresponde. Sé que esta no es la “adorable” Tana a la que está acostumbrada, pero estos días han sido una porquería.

—No voy a preguntarte qué tal estás —me estudia con consternación—. Ni voy a mencionar a Max, te lo prometo.

Escuchar su nombre en boca de otra persona hace que me enerve.

—Da igual. En serio, puedo ser profesional.

—Bien. El ruso llegará en quince minutos. Se llama Sergei y habla un poco de español.

—Qué casualidad. Tengo un amigo que también se llama así.

Doy vueltas por su despacho. Estoy un poco nerviosa, a pesar de que estoy convencida de que voy a hacerlo bien. Me he empleado a fondo. Parecía imposible, pero lo he conseguido. Hablo ruso. Al menos esta aventura me ha traído algo bueno.

—Malena, necesito que... —la voz de Max se apaga en cuanto me ve.

Acaba de entrar en el despacho de Malena. Joder, no lo reconozco. Su aspecto es desaliñado y va sin afeitado. Nos miramos. Hay sombras grises bajo sus ojos. Me cruzo de brazos y me mantengo impasible. Max me mira completamente devastado.

—Hola, Aitana.

Aitana. Puf, tengo ganas de echarme a llorar. Me habría acostumbrado a que me llamase así. Lo habría hecho si no hubiera descubierto que es un maldito mentiroso.

—Hola —lo saludo con frialdad.

Va a decir algo más, pero Malena se interpone entre nosotros.

—Vamos a ser profesionales, ¿de acuerdo? Y luego, si os parece bien,

zanjáis vuestras diferencias. Max, vamos a la sala de reuniones. Tana, ve a la entrada a recibir a Sergei.

Intento no mirar a Max cuando paso por su lado, pero no lo consigo. Nuestras miradas se encuentran una última vez y a mí se me parte el alma. Porque estoy completamente enamorada de él. Porque me ha hecho mucho daño.

\*\*\*

—¿Sergei?

Alucino. Esto no puede ser. Es Sergei... en carne y hueso. Mi amigo de Kiev. El de los dientes separados y la nariz torcida. ¡El mismo con el que he aprendido a hablar ruso!

Sergei se queda tan impactado como yo. Acto seguido, deja el maletín en el suelo y me da un abrazo de oso. Es tan grande como parecía en el ordenador. Madre mía, ¡qué fuerte! Sergei es el ruso para el que tengo que hacer de traductora.

—Tana... ¿tú que hacer aquí? —pregunta desconcertado.

Su español ha mejorado, pero no es tan bueno como mi ruso. Así que hago aquello para lo que me han contratado y le respondo en un perfecto ruso:

—Trabajo aquí. Seré tu traductora.

—¡Increíble!

Los dos nos reímos. Lo agarro del brazo y lo llevo hacia la sala de reuniones, mientras le prometo que después tendremos tiempo para tomarnos un café y ponernos al día.

—Más guapa en persona —me dice, antes de entrar.

—Tú como siempre, sin perder el tiempo —empujo la puerta y lo invito a pasar—. Sergei, estos son Malena y Max.

—Ah, un placer. Qué pelirroja tan guapa. Qué hombre tan barbudo —me dice en ruso.

—¿Qué ha dicho? —se interesa Malena.

—Que... está encantado de conoceros —miento—. ¿Comenzamos?

Treinta minutos después, la reunión ha sido todo un éxito. En parte porque Sergei es mi amigo y creo que eso le ha afectado un poquito en su toma de decisiones. Y en parte porque se ha quedado prendado de Malena, y puede que a mí ya no me considere tan guapa. Resulta que tiene una cadena de confiterías en Rusia y quiere abrir su primera confitería en España. Ha oído hablar de Máxima y está entusiasmado porque la empresa se encargue

de la publicidad.

—Tana es la mejor. Tienen mucha suerte de... —me pregunta en ruso que cómo se dice una palabra y yo se lo explico—. Ah, ¡contar con ella! Buena amiga. Mucha paciencia.

—¿Os conocéis? —pregunta atónita Malena.

—Sí, hablamos a menudo por Skype. Aprendí ruso gracias a él... entre otros amigos —confieso, porque estoy harta de mentiras.

Max y yo nos miramos. Sé lo que está pensando, pero me da igual.

—Vaya... —murmura Malena—. Nunca dejarás de sorprenderme.

Después de la reunión, cumplo mi palabra y me tomo un café con Sergei. Está tan impresionado por mi dominio del ruso que me invita a su país. Y cuando acepto, me hace una propuesta que me deja con dos palmos de narices:

—Mi empresa tiene un convenio de prácticas con una universidad española. Contratamos a estudiantes para que pasen un año entero estudiando en una universidad de Rusia mientras hacen las prácticas en la empresa. Y me encantaría contar contigo.

—¿Lo dices en serio?

—Por supuesto. ¡Sergei nunca miente! Y menos a su mejor amiga española. Ya sé que te lo tienes que pensar... es una decisión muy importante.

—Yo... sí, me lo tengo que pensar.

—La beca cubre la estancia y la comida. Es una buena oferta. Eres joven.

—Te diré algo en unos días —le prometo.



## 32. La verdad

Acabo de tomar una decisión. Ni yo me lo creo, pero ya está hecho. Me ha llevado cinco días, pero estoy completamente convencida de que hago lo correcto. Lo sé porque no me mueve el despecho. Ni la necesidad de alejarme de Max. Lo hago porque ahora que sé que tengo talento quiero formarme. Soy joven y es una buena oportunidad, así que he decidido matricularme en Publicidad y relaciones públicas. Pasaré un año en Rusia, perfeccionando mi idioma y estudiando una carrera. Y luego... ¡quién sabe lo que me deparará la vida!

—Hola.

Me sobresalto cuando escucho su voz. Estoy en mi habitación, haciendo la maleta. Dentro de tres días me voy a pasar el fin de semana a Kiev con Sergei. Me ha prometido enseñarme la ciudad. Necesito un cambio de aires y quiero conocer Rusia antes de instalarme allí.

—¿Qué... haces aquí? ¿Quién te ha dejado entrar?

Max sigue teniendo el mismo aspecto. Desaliñado y barbudo. Alguien debería ordenarle que se afeite.

—Ha sido Javi. Después de suplicárselo unas cincuenta veces. No te enfades con él. La culpa es solo mía. Necesitaba verte antes de que te fueras. No puedo dejarte ir sin más. Lo siento, pero no puedo.

—Muy bien, pues ya me has visto...

—Joder, Aitana —masculla molesto—. Deja que diga lo que he venido a decir. Y luego, si quieres, me echas a patadas. Solo te pido unos minutos. Por favor.

Me tiemblan las piernas. Sé que debería escucharlo. Necesito que me lo explique. Y una parte de mí se muere por volver a esos días en los que todo era maravilloso entre nosotros. Me apoyo en la pared y me hago la dura.

—Di lo que tengas que decir.

—Te quiero.

Dos palabras. Dos palabras que hacen que mi mundo se tambalee por completo. Me pican los ojos. Veo que él también tiene la mirada vidriosa.

—¿Eso fue antes o después de que te convirtieras en el Dr. Amor? —pregunto, como si su confesión no se me hubiera clavado en el alma.

—Mucho antes, Aitana. Por Dios, muchísimo antes. Cuando te obligué a trabajar para mí porque quería pasar todo el tiempo posible a tu lado.

Mi corazón se salta un latido. Me abrazo a mí misma. Esto no me lo esperaba.

—Utilizaste al Dr. Amor. ¿Para qué? ¿No habría sido más sencillo contarme la verdad?

—Para entenderte. Y porque me moría de miedo ante la posibilidad de que tú no sintieras lo mismo que yo.

—Me declaré cuando tenía doce años...

—Con doce años eras una cría. ¿Cómo iba a saber yo que tus sentimientos no habían cambiado durante todo este tiempo? ¿De verdad no puedes entenderlo? Y luego fuiste creciendo... y me di cuenta de que estaba completamente loco por ti. Para cuando quise darme cuenta de mis sentimientos no tenía ni la menor idea de cómo acercarme a ti. Tú tampoco me ponías las cosas fáciles, ¿o me equivoco?

No sé qué decir. Puede que tenga razón, pero estoy demasiado dolida como para admitirlo. Me limito a quedarme en silencio, así que él continúa.

—Sí, me burlaba de ti. Pero... joder, tú me tratabas como un maldito intruso. Estaba dolido. Creí que ya se te había pasado aquel encaprichamiento infantil y que ya no sentías nada por mí. Que justo cuando yo me atrevía a ponerle nombre a mis sentimientos tú decidías que no me amabas.

—Siempre te quise... —admito en un susurro, y me doy cuenta de que estoy llorando. Me sorbo las lágrimas—. Siempre te he querido.

—No lo sabía. Te lo prometo. Albergaba la esperanza de que los dos sintiéramos lo mismo, pero me aterrorizaba la idea de confesarte mis sentimientos y que tú me rechazaras. O de que las cosas no volvieran a ser iguales entre nosotros y ya no pudieras mirarme a la cara. Quizá te provocaba para que tú fueses más valiente que yo. No lo sé, Aitana. La única verdad es que estaba completamente loco por ti. Y lo sigo estando.

—¿Por qué no me lo dijiste cuando te escribí aquel mensaje? Me hiciste creer que me había equivocado de número. Jolines, ¡me declaré! ¿Qué más pruebas necesitabas?

—Tengo dos números. El del trabajo, y el personal. Y, venga ya, con todo mi respeto, fue la peor declaración de amor de la historia. ¿Qué querías que pensara? Decías que te volvía loca y al mismo tiempo no parabas de insultarme. ¡Qué bonito! Reconozco que cuando leí tu mensaje no supe ni que pensar. Entendí que te atraía físicamente, pero que ahí se acababa todo. Y yo quería más. Dios. Lo quería todo contigo. Así que aproveché la situación cuando al día siguiente me escribiste muy arrepentida. Pensé que si fingía ser

otra persona a lo mejor te abrirías conmigo.

—Lo hice. Es injusto —logro farfullar—. ¿Tienes idea de cómo me siento?

—No pretendía herir tus sentimientos. Te lo juro. Tan solo quería averiguar si de verdad sentías algo por mí. Sí, soy un maldito cobarde.

—¡Me dejaste plantada! Bueno... el “Dr. Amor” me dejó plantada y me rompió el corazón —le recuerdo con resentimiento.

—Te estabas empezando a enamorar de él. Me acojoné, joder. Pensé que te estaba perdiendo por culpa de mi maldito alter ego, y no sabía cómo solucionarlo. Así que decidí eliminarlo de tu vida para tener alguna posibilidad...

—Ya... te lo quistaste de en medio para que yo cayera rendida a tus pies. Qué bonito. Eliminar a la competencia...

—Lo sé. Muy ruin por mi parte... —admite, y tuerce una sonrisa—. ¿Sabes que somos la misma persona, no?

—Ni me lo recuerdes. Deberías habérmelo contado cuando nos acostamos.

—Supuse que te pondrías hecha una furia. Más o menos justo como estás ahora.

—No, Max. Me siento como una estúpida. Tú lo sabías absolutamente todo. Madre mía, qué vergüenza. Te rayé el coche... conoces los detalles...

—Eh... sí. Eres una pésima conductora, pero eso ya lo sabía. El arreglo me costó un ojo de la cara. Te pasaría la factura... pero lo puedo dejar estar si... me perdonas.

Menudo morro tiene. Y, en parte, he de reconocer que esa es una de las cosas que más me gusta de él.

—Te odio.

—No es verdad, Aitana.

—Sí que lo es —insisto, aferrándome a un enfado que me está abandonando.

—Me quieres, pero ahora estás demasiado enfadada como para admitirlo.

—Eres... ¡lo peor! Maldito presuntuoso. ¿Alguna vez dejarás de ser tan chulo?

—Jamás —dice con una sonrisa canalla—. Porque entonces no te gustaría tanto.

—Me voy a ir a Rusia. Ya lo sabes.

—Lo sé. Te mereces esta oportunidad. Tienes talento. Esa es otra de las razones por las que me burlaba de ti. Me fastidiaba mucho ver como lo desaprovechabas con tu larga lista de aficiones frustradas...

—No me puedes pedir que me quede aquí —le advierto, y hablo totalmente en serio.

—Si te lo pidiera sería el hombre más egoísta del mundo. No, Aitana. Lo que te ofrezco es una relación a distancia, o lo que sea que tú quieras si con eso no me apartas de tu vida. En España, en Rusia o en Pekín. Joder, todo lo que quiero es estar a tu lado. Te quiero, maldita sea. Puede que haya tardado demasiado tiempo en confesártelo, pero te aseguro que mi amor es lo suficiente grande para solventar todos estos años de estupidez masculina. Al menos dime qué tengo que hacer para que me perdones.

—Nada.

—¿No puedo hacer nada? —se sulfura—. Joder, eres la mujer más exasperante del mundo, ¿lo sabías? Porque si tengo que ponerme de rodillas... maldita sea, estos pantalones son nuevos...

Ante mi asombro, comienza a arrodillarse. Max, mi queridísimo egocéntrico. Está dispuesto a dejar el orgullo a un lado porque me ama.

—Nada, egocéntrico insoportable. Porque, para ser sincera, que ya estoy harta de mentiras, te perdoné hace bastante tiempo.

—¿En serio? —pregunta, con una mezcla de emoción e incredulidad.

—Sí.

—Qué bonito, Aitana. ¡Te habrá encantado ver cómo me arrastro! —se queja en plan melodramático.

Sonrío de oreja a oreja.

—Uhm... sí, un poquito.

—Cría del demonio...

—Ven aquí, Maximiliano.

Hace lo que le digo. Aunque se haga el duro, ahora sé que está completamente enamorado de mí.

—No me llames Maximiliano —gruñe molesto, y me agarra de la cintura.

—Te llamo como me da la gana, Dr. Amor.

—Siempre y cuando me dejes llamarte Aitana... —concede, mirándome la boca con deseo.

—Me puedo acostumbrar... —murmuro, y me derrito cuando me besa el cuello.

—Reconócelo, estás loquita por mis huesos.

—Ay, eres lo peor... —digo, y enrolló las manos alrededor de su cuello  
—. Pero te quiero.

Y nos besamos. Porque sí, ya sea en España o en Rusia, tengo clarísimo que esta vez no voy a salir huyendo.

## Epílogo

### ***1 año más tarde...***

Me ha encantado estar en Rusia, pero seamos sinceros, después de trescientos sesenta y cinco días ya empiezo a echar de menos España. El puchero de mi madre, el sol, a mi familia, y, sobre todo, a mi egocéntrico favorito.

No voy a negar que mantener una relación a distancia ha sido muy complicado. Max ha venido a visitarme siempre que ha podido, y se las apañaba para sorprenderme con una visita sorpresa cuando la nostalgia se apoderaba de mí. Es el mejor novio del mundo, y creo que esto nos ha fortalecido como pareja.

Cuando las puertas del aeropuerto se abren, lo busco desesperadamente con la mirada. ¿Dónde se habrá metido? Como me haya dado plantón lo mato.

—¿Me buscabas?

Me vuelvo hacia el hombre de mi vida. El mismo que me ha soportado durante un año y se acostaba a las tantas de la madrugada hablando conmigo por Skype.

—¡Max! —me arrojo a sus brazos y lo beso con muchísimas ganas.

—Te he echado de menos —dice, abrazándome con fuerza.

—Nos vimos hace dos semanas —le recuerdo su última visita.

—Demasiado tiempo —se queja, y me aprieta contra su pecho—. Menos mal que ya estás aquí. Esto de tener una relación a distancia me estaba matando.

—¿Preparado para aguantarme las veinticuatro horas del día?

Sonríe de medio lado.

—Por supuesto.

Cuando va a besarme, Gucci saca la cabeza del bolso y le ladra como si quisiera asesinarlo. Max pone los ojos en blanco. Da igual que lo consienta con chucherías y le regale peluches, porque Gucci aún no lleva del todo bien lo de tener competencia masculina.

—Hola, pequeña rata. Gracias por cuidármela en Rusia, pero ahora tendremos que compartirla.

Me besa con cariño, anhelo y ternura. A pesar de los ladridos de Gucci. Porque nos queremos y eso es lo único que importa.



## Sobre mí

No soy muy amiga de las redes sociales (no tengo twitter, Instagram, página de fb... en definitiva, ¡qué soy un bicho raro!), pero si te ha gustado este libro o quieres enviarme un mensaje, puedes escribirme al siguiente email: [beccadevereuxautora@gmail.com](mailto:beccadevereuxautora@gmail.com) ¡te responderé lo antes posible! Además, te avisaré de las próximas publicaciones.

Si es la primera vez que lees algo mío, puedes encontrar la historia de Tessa y Héctor en Amazon: “Querido plan b”. La historia de Nati también está publicada bajo el título de: “¿Por qué no?” Si ya las has leído y te has quedado con ganas de más, me complace anunciarte que muy pronto estará disponible la historia de Javi.

Espero que esta historia te haya hecho pasar un rato muy agradable.

¡No olvides dejar tu opinión en Amazon! Gracias por leerme.

